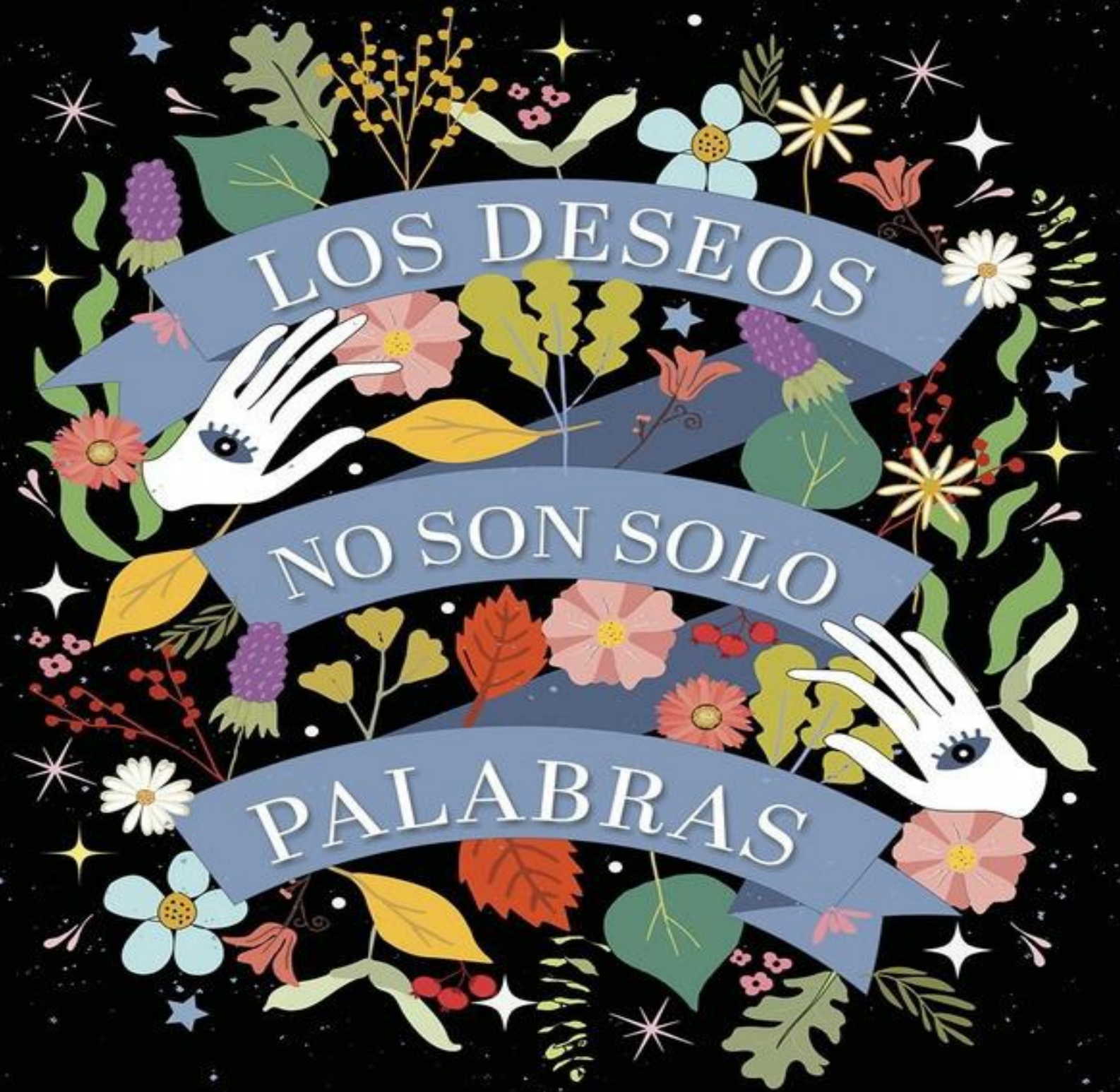
MARIA ESTEVEZ



Una novela inspirada en la vida de
Adriana Abascal

Crecer junto a una bruja anima a la protagonista a dejar su Veracruz natal y a embarcarse en una odisea que la llevará primero a Ciudad de México y luego a media docena de países diferentes. De la noche a la mañana, con diecisiete años y una maleta, deja todo lo que conoce para convertirse en la mujer más bella de su país. Su espíritu libre le permitirá conquistar a los hombres más poderosos del planeta, aunque es su pasión por el mundo oculto lo que realmente convierte su historia en inolvidable. El *glamour*, el lujo, el arte y la amistad son experiencias que irán transformándola sin perder la esencia de sus raíces. Las memorias falsas de una celebridad: reina, bruja, esposa, madre, acostumbrada a transitar por sus perfecciones e imperfecciones. El viaje personal de un icono internacional que abre su corazón y su espíritu para contar cómo aprendió a tomar el control de su vida con la ayuda de sus fantasmas. La protagonista cumplirá sus sueños y, finalmente, encontrará el significado del amor en el lugar más inesperado. Como dice ella: los deseos no se cuentan, se construyen.

Adriana Abascal representa indiscutiblemente un símbolo de estilo, elegancia y *glamour*. Ex *Miss* México, ahora reconocida internacionalmente como icono de la moda, modelo, presentadora de televisión y empresaria, Adriana encarna perfectamente la fusión sin esfuerzo de sofisticación europea y pasión latina. Como fundadora y directora creativa, Adriana utiliza sus habilidades empresariales innatas y su visión para inspirar a las mujeres compartiendo a través de Skorpios una parte de su estilo de vida aspiracional.

Nacida bajo el signo zodiacal de Escorpio en el México mágico, Adriana se crio entre su ciudad natal de Veracruz, Estados Unidos y Europa. Políglota y viajera incansable, Adriana siempre está buscando inspiración e innovación llamativas. Ha aparecido en las portadas de *Vogue, Vanity Fair, Marie Claire, AD, Telva, Harper's Bazaar, Elie* y *Hola*, por nombrar solo algunas.

Filántropa entusiasta y consciente del medio ambiente, Adriana no se toma a la ligera sus responsabilidades sociales y ecológicas y está utilizando a Skorpios como un vehículo para brindar empleo a mujeres de comunidades desfavorecidas en su amado México.

Como figura de sofisticación para una sociedad de élite, la embajadora de Valentino para España y América Latina es un miembro indiscutible de la *jet set* internacional. Adriana Abascal es una devota madre de tres hijos, una reconocida coleccionista de arte contemporáneo y ahora una emprendedora en la industria de la moda.

María Estévez

Los deseos no son solo palabras

Título original: *Los deseos no son solo palabras*
María Estévez, 2022

Revisión: 1.0

16/05/2022

A mis padres

Largo espectro de plata conmovida
el viento de la noche suspirando,
abrió con mano gris mi vieja herida
y se alejó; yo estaba deseando.

FEDERICO GARCÍA LORCA

1

Mi nombre es Julia Terán, voy a cumplir cuarenta años en unos días, siempre me he creído bruja porque nací con una marca lunar en la espalda, una mancha escondida con la que no termino de estar en paz. No me gusta el desorden, ni la impuntualidad ni el ruido. He vivido en México y en Estados Unidos, pero ahora me mudo a Francia. Viajo ansiosa. Cargada de excitación, con ese aturdimiento de abandonar una ciudad que se fue enroscando en mí como una digna prisión. En mi mudanza decidí qué llevar y qué dejar, alquilé un flete, inscribí a las niñas en el colegio, justifiqué la decisión ante la familia porque el Hombre de Metal había decidido también irse a vivir a Francia. Excusas mínimas que me liberaban ante mi hermano y mi cuñada. Siempre es la misma pesadilla un traslado.

Este es un viaje sin retorno, creo. Una decisión meditada. En la enorme transacción internacional que supone cargar con la casa a cuestas, lo que más me ha costado ha sido atravesar el umbral de la puerta de la que ha sido mi casa durante veinte años. Un acto doloroso. Y necesario. Sólita he podido romper el eslabón que me ataba para dejar atrás el sabor a viejo metal. Era su casa, nuestra casa, y, sin embargo, con él en ella me sentía acosada por sus paredes altas, por sus cortinas de seda, por los suelos de mármol.

Me pongo en camino esperanzada, aunque a medio plazo, tal vez, continúe el acoso, coletazos. No lo sé. Una cree que, dando gusto al demonio, este dormitará. Y ya ves, ni dormita ni se calma. Lucho, no me llames pendeja. Admitámoslo, soy el motor del demonio. Ni tú ni yo supimos adivinar que lo era.

En esta fila de gente para subir al avión con destino a París, asoman mis fantasmas, mis espíritus ambulantes. Hablo con Lucho, que aparece aquí a mi lado.

Cae el sol angelino a través de los ventanales de la sala de espera, es otro cálido atardecer de otoño en esta ciudad. Un temporal de emociones en una tarde plácida. ¿Te acuerdas cómo nos gustaba ir con la bicicleta a Malibú a ver los rayos caer en el Pacífico? No era tanto la muerte del sol como la oscuridad en que quedaba la playa lo que nos gustaba. «Cada atardecer es diferente, incluso la espesura de la noche es distinta», me decías, obligándome a ver cuando yo ya no quería. En París me espera el frío, ese que obliga a los pasajeros a cargar con sus abrigos en el brazo. Una peculiaridad geográfica. Un bulto más. Los aviones van y vienen en este enorme aeropuerto de Los Ángeles y me distraen, igual que los miles de personas caminando con prisa; unos con el ansia de despegar, otros con la tranquilidad nerviosa de aterrizar. A mí me encanta

despegar, me despeja sentir ese vacío en el estómago cuando la nave sube hacia el cielo.

Voy a celebrar la próxima semana mi cumpleaños, lo sabes, y lo voy a hacer por primera vez en la capital francesa. ¿Bruja? Sí, siempre lo fui. Cumpliré cuarenta y un años en Halloween, aunque supongo que no será ni la mitad de festivo, tenebroso y dulce que la celebración en Estados Unidos, y no digamos que en México, en mi país natal.

Empiezo a sentirme aturdida por el lorazepam y los dos vasos de *champagne* de la sala VIP. La azafata retrasa su llamada al primer grupo, eso me permite descansar viendo la caída del sol. Mirando los ventanales me parece oír a Timotea: «Julia, Julia».

¿Estaréis juntos?

Ella me dejó y no me dejó. Como tú.

Murió, pero no se fue. No del todo. Tampoco tú.

Se marchó como nos dejan los que deseamos que no se vayan, quedándose en espíritu. Es un fantasma a quien escucho en soledad, aunque otras veces, como en este instante, la presencia surge entre la muchedumbre. Veo a la azafata acercarse al micrófono de la puerta. Contengo la respiración esperando el momento de partir. Necesito sentarme antes de caer descontrolada por las pastillas. Creo que, sin vosotros, el placer de tomar decisiones sería menos placentero. «Primero tú, aunque te dé miedo. Tú das los pasos al andar; si son cortos o largos, rápidos o lentos. El demonio, que no te líe. Ese siempre gana, acecha en su siniestra caza. No te rindas al satanás de la complacencia». De hecho, volver a empezar es algo que hago con frecuencia. La incomodidad como una causa.

La gente se pone en pie al escuchar que embarcamos.

Deseo llegar, instalarme en París, deshacer las maletas, decorar mi nuevo apartamento con las obras de arte que acabo de comprar y convertirlo en un hogar. El sabor a metal entumece mi lengua, regresa haciéndome sentir culpable por haberlo amado. Pero sin él, no tendría a mis hijas, esas personitas que me incluyen en sus aplicaciones telefónicas. «Me voy porque a los veinte años todo el mundo te puede decir lo que tienes que hacer. Ahora, a los cuarenta, sé realmente lo que quiero y no voy a permitir que nadie me diga cómo vivir», le dije a mi hermano al despedirme. «Excusas a débito», me contestó. Dejar atrás a una parte de mi familia trunca una parte de mis ilusiones por emprender la marcha.

Nos llaman a los viajeros de los primeros asientos. Embarco rápido, acomodo mi bolso al sentarme y me acurruco. Pido un *whisky* a la azafata mientras una extraña escarcha me abrasa la piel sin apenas darme cuenta.

2

El primer recuerdo de Timotea siempre me estremece. Fue poco antes de cumplir los siete años. Entonces estaba obsesionada con imitar a mi hermano en todo lo que hacía. Esa mañana lo vi escapar por el jardín y lo seguí a escondidas por el camino de atrás; trepó sigiloso a uno de los árboles más apartados de la casa para que nadie lo viera, le gustaba irse solo, subió con tanta destreza que en tres zancadas había alcanzado las ramas más altas. Decidí hacer lo mismo, sin pensar que tal vez mi agilidad para trepar no era la suya. Tenaz, me dejé llevar por el primer impulso, pero el salto quedó corto.

Repetí.

La segunda tentativa fue también un conato; cuando mis manos alcanzaron las primeras ramas de la jacarandá y, desesperada, busqué con mis pies mojados abrazarme a ellas, quedé colgada hasta que, cansada, me di por vencida.

En el tercer intento logré alzarme hasta la mitad del árbol.

Me confié sin miedo hasta que el sol de la mañana me deslumbró y dudé; la caída fue inevitable, de espaldas, con la cabeza rebotando firmemente contra el suelo húmedo. Tuve tiempo, mientras caía, de ver correr a Timotea.

Mi nana caminaba siempre despacio porque tenía una pierna más larga que la otra y le molestaba correr con sus alzas, pero esa vez lo hizo y a punto estuvo de agarrarme; creo que adivinó mi caída antes de que sucediera. Incapaz de ayudarme, se asustó cuando mi cabeza botó como fruta madura sobre la tierra.

Ese es mi primer recuerdo imborrable de Timotea. Su rostro aterrorizado mirándome mientras caía.

Luego, al volver en mí, descubrí su ira, una ira escapando de un nerviosismo que no permitió que la saboteara; cuando habló, lo hizo templada, con la intención de detonar sensatez en mi cabeza, que sobrevivía a mí sin sustancia:

—Si vas a comportarte como un animal, sé uno. Aprende a subir al árbol sin lastimarte, con agilidad y decisión, como las ardillas, sin rasgarte las rodillas ni dar tanto que hablar.

Su regaño, entre el dolor y el miedo, lo dirigió luego a mi hermano, furiosa porque no tuviera cabeza para pensar que yo buscaba seguirlo siempre. ¿Qué iba a hacer aquel cabrillo de ocho años a quien nuestro padre animaba a ser indomable? Yo también quería que mi padre me declarara su admiración abiertamente al relatar mis aventuras. Pero mis aventuras eran

silenciadas, borradas de un manotazo.

—Niña, ¿has perdido la cabeza? ¡Responde! —Timotea me zarandeó, asustada de que la caída hubiese afectado a mis sentidos.

Su sacudida me sobresaltó.

—¡Vamos! —dijo con firmeza. Yo casi no podía moverme—. ¡Espera! Túmbate bocabajo, voy a prepararte un bálsamo. —En la cocina agarró el comal y se puso a mezclar plantas, especias y aceites. Regresó con un ungüento negro que apestaba—. No te muevas.

Me levantó la camisa y extendió aquella pasta por mi espalda. Recuerdo el calor y luego el frío, la sensación de alivio al mitigarse el dolor.

Desde ese día se empeñó en enseñarme la templanza. Quería atenuar mi temperamento en favor de mi seguridad física, aunque yo, arrogante, la desafié unas cuantas veces cada día. Aprender a tener paciencia me ayudó a controlar los impulsos caprichosos de la infancia.

Después de mi caída, encontré una nota de mi padre en mi habitación pidiéndome que me acercara a su despacho. Mi padre jamás había entrado en mi cuarto. Pensé que por fin iba a felicitarme. Sin embargo, al cruzar la puerta me pidió cerrarla con una mirada diabólica. Estaba furioso.

—He estado escuchando habladurías indecentes sobre ti. ¿Te has subido a la jacarandá con vestido y te has dejado caer? Te has dejado manosear con un ungüento por la cocinera en lugar de llamar a tu madre, o a mí. No quiero que estés en boca de los trabajadores de la casa y no quiero oír hablar de tus locas aventuras. A partir de ahora vas a comportarte como una señorita. No pago tu educación para desprestigiar el nombre de la familia. Te prohíbo comportarte como un macho.

Me asustaron sus palabras, su actitud desafiante, su ira, su deseo de herirme. Exigió una respuesta que no tuvo. En parte, porque era obtusa, y en parte, por sorpresa, no dije nada. Me quedé mirándolo mientras me llamaba estúpida y vulgar.

—Pasmarote, defiéndete. Di algo.

Sabía que, si hablaba, la reprimenda sería peor y mantuve la cabeza tragando palabras que he preferido olvidar.

Para César, mi hermano, guardaba cada sonrisa, cada aliento de orgullo, tirándose a los pies de su favorito con singular indignidad. Yo guardaba silencio ante esa desigualdad manifiesta dentro de mi casa y me preguntaba si, en el exterior de aquel hogar, sería lo mismo para las otras niñas.

Según cuenta mi madre, mi nana se obsesionó conmigo desde que entró a trabajar en la casa, cuando yo todavía era una bebé. Mis dos hermanos nunca le interesaron, solo yo, y siempre lo demostró, me consta que lo suyo era tan indisimulado como mi padre ante mi hermano. Ella mostraba su predilección sin ningún tipo de pudor. Mi padre, hasta que me casé, siguió excluyéndonos a mi hermana y a mí de sus afectos, como si no existiéramos.

Ambos consideraban importante decir la verdad, su verdad, pero si bien mi padre lo hacía hiriendo, Timotea iba y venía en círculos, enseñada en las costumbres de los sirvientes, que no incluyen el lenguaje directo en sus modismos. Para ella, hablar era un arte complicado donde lo importante era saber decir «no» sin hacerle sentir mal a quien le negabas algo.

En mi catorce cumpleaños me pidió que la acompañara a su casa en Catemaco. Debíamos porfiar con mis padres para que me dejaran ir con ella. Su maestría en la cocina resultó ser

efectiva para nuestra escapada. Ante la negativa de ellos, decidió enfermarlos con una crema de calabacín preparada a fuego lento. Sus recetas guardaban medidas exquisitas. La indigestión familiar fue de tal calado con aquel delicado platillo que se volvió urticaria a los dos días, y el médico de la familia, que era mi padre, decidió que podía ser contagioso. Orgulloso de su sabiduría, y sin atribuir en ningún momento su repentina enfermedad a la mano oscura de su cocinera, dio con la receta de la recuperación en el descanso.

Como yo era la única sana, se recomendó que saliera de allí. Llamaron a mis tías, pero las tres prefirieron no invitarme ante el temor de un nuevo ciclo de contagios en sus casas, así que me dejaron ir con Timotea a Catemaco con la condición de que un chófer estuviera a cargo de nuestro viaje.

Me emocioné ante la posibilidad de visitar ese pueblo mágico y extraño del que tanto había oído hablar en mis tardes de tertulia con mi nana. Desde el momento que llegamos al pueblo, ella decidió guardarme con cuidado, atenta a cada paso que daba. Asustada de que pudiera perderme, no me dejaba cruzar ni la puerta de la cocina porque no quería que nadie supiera que yo estaba allí. Antes de nuestra partida al bosque, motivo por el cual habíamos ido a Catemaco, y tras una tormenta de las que arrancan el hipo, tan típicas de aquella época del año, me sentó en una silla.

—Julia, te he traído a mi pueblo porque he decidido que es el momento de tu iniciación. Mi niña, sé cómo te busca el diablo porque conozco tus poderes, y necesito protegerte. La Timotea sabe cómo protegerte —repitió. Empujándome contra el respaldo de la silla me dijo—: Niña, presta atención. Vamos a hacer la hoguera del sacrificio para ordenar las piedras que he recogido en tu favor durante el año.

Continuó explicándome cómo iba a formar una rueda con esas trece piedras, una por cada ciclo; los ciclos de la luna, los ciclos de la mujer. Mi iniciación. Sus hogueras, decía, eran una liturgia destinada a retirar el velo entre los mundos de Ashún.

Nos pusimos a ensayar el baile; dos pasos hacia delante, dos al lado izquierdo, uno hacia atrás, así se bailaba ante el fuego.

Cuando me entró la risa, me regañó:

—Julia, esto no es un juego, vamos a invocar un conjuro contra el diablo, este baile despierta a los espíritus. Siempre van a ir contigo. Ponte las botas de agua. Ya sale la luna nueva de octubre. El mes de mi niña.

Yo no era suya, pero me protegía como suya y la luna esa noche surgía en conjunción con el sol.

—Debemos ponernos en marcha. Debemos llamar a los espíritus, sacarlos de su sueño. Necesitas que los muertos te velen. A ti el demonio te busca, y la Timotea no va a dejar que te lleve —me dijo, articulando otra plegaria preparada para esa fase de la luna.

Timotea vivía preocupada por el demonio, decía que el demonio me buscaba, que me buscaría toda mi vida. «Yo guardo a mi niña del demonio. Ese no puede conmigo», repetía a cada hora del día.

—Vamos a comenzar a sanar tu destino. ¿Sabes, Julia? La vida es un viaje con estaciones en las que nos bajamos y nos quedamos un tiempo. Unas estaciones son más coloridas que otras, más ruidosas, engañan nuestros sentidos. Una vez que aprendes, vuelve al camino, porque ese camino siempre espera. Disfruta del paisaje, recuerda lo que aprendiste en la última parada y mira hacia la próxima. Invita a tus fantasmas a acompañarte, pero no les hagas caso.

Timotea me contó también, con nerviosismo, que en aquel momento se sentía como su primera vez ante la hoguera, en su iniciación, cuando en un bosque junto a su madre levantaron un fuego destinado a terminar con su padrastro. Nunca supo si fueron los espíritus de las llamas o el último vasito de licor de agave que bebió, pero su súbita muerte dejó un color de metal en la punta de la lengua del muerto.

Los médicos le encontraron una úlcera del tamaño de un melón en el intestino y dieron por natural su fallecimiento. Satisfecha, su madre salió libre ante las autoridades, aunque el juicio popular fue diferente.

En Heroica, donde vivían entonces, no hubo paz para ellas; las señalaban por la calle, escupían a su paso y los últimos días en su choza fueron un infierno, hasta que ardió pasto de la ira de sus vecinos. Muchos de ellos, familiares y amigos del esposo incinerado antes de tiempo.

Acabaron las dos viviendo en el bosque de Catemaco, a casi trescientos kilómetros de Heroica. Llegaron a Coatzacoalcos primero, pero no les gustó y regresaron caminando hasta donde se encontraban ahora, creyendo en la fuerza de la naturaleza tanto como en el poder del miedo.

—Julia, los hombres y las mujeres con miedo son creados por el demonio.

3

Al salir de Catemaco, camino a la hoguera, nos encontramos con Xusta, la dueña de la última choza en el sendero que conduce al bosque. Timotea la miró sin saludar y habló bajito, colgando sus palabras en el aire como ropa sobre un alambre.

—Nos conocemos desde hace tiempo. Desde cuando los mosquitos nos picaban a las dos, pero ya ni los mosquitos se acercan a nosotras.

Ambas parecían resistir el envite del tiempo, sabedoras de que resistir a la densa humedad de aquel lugar era una gran virtud.

—«Allí va la Timotea por la salida del pueblo. A nada bueno», dirá Xusta a sus vecinas —me adivinó Timotea, consciente de que Xusta vigilaba su ida y su regreso—. Xusta es del gusto de los policías del pueblo. La gente se pica con los habladores, y en Veracruz hay miedo a las calladas. Se entretienen en sus naderías. Así se olvidan de sus problemas —siguió hablando al viento Timotea camino del altar—. Xusta acompaña su luto con un matapecados para defenderse. Trabajó muchos años en una casa de Veracruz, hasta que su marido apareció borracho una tarde exigiendo que le subieran su semana. Lo molió a palos cuando la echaron del trabajo y luego él, borracho, se los devolvió a ella. Se llevaban a golpes. El matapecados era del marido.

»Nosotras, de jóvenes, flirteamos con muchachos en las húmedas noches de Catemaco, pobladas de moscos insoportables, pero a Xusta siempre le dio miedo mi madre y, cuando fui a trabajar a Veracruz, se casó con su marido y él le prohibió volver a hablar con las brujas. Así nos llamaba el holgazán: las Brujas, como si mi madre y yo fuéramos una.

Al final del camino empedrado que sale del pueblo, Timotea escupió sobre la primera piedra que encontró, decía que escupir la protegía de caer. Tomamos el sendero de la derecha. Había llovido mucho y la arcilla roja estaba muy embarrada. Pasamos junto a un escuálido arroyo para seguir por su ribera sobre la piedra resbalosa. Me agarré a su brazo.

Mientras caminábamos, recordé la cara de mi padre, su expresión dura, cuadrada, con esos ojos rayados, heredados por César, «dos topos humanos», les decía Timotea. Mi padre se habría enfadado de conocer nuestra escapada. Ellos sabían que ella los llamaba topos. Era valiente por criticarlos, yo también lo sabía.

Nos detuvimos en un claro donde la luz de la luna parecía cobrar vida. Una bienvenida a nuestro fuego. Los grillos saltaban de cuando en cuando, pensé en los mayas y en cómo

encerraban a aquellas criaturas cantoras en jaulas para disfrutar su música, no sé por qué lo pensé. Las piedras que cargaba Timotea eran pesadas, no muy grandes; tuvimos necesidad de levantar otras para la base del fuego, sobre ellas pusimos maderas y trece piedras del tamaño de mi mano a mi alrededor. El olor de la arcilla alcanzó al viento, que lo sembró en esa noche brillante de luna acompasada por el canto de los grillos.

Fue hermoso sentarse frente aquella insensatez de Timotea. Me dio unas hierbas.

—Átalas y hazme pequeños hatillos para alegrar a los espíritus. A ellos les gusta este bálsamo de hojas secas.

No sé cuánto tiempo estuvimos frente al fuego, pero me entumí. La noche calmó a los grillos, el fuego cobró fuerza y Timotea regresó a ese ser poseído por la sabiduría de la naturaleza. De haberme perdido en aquel bosque sola, estaría asustada; sin embargo, con ella a mi lado, el miedo era excitante, tanto que no deseaba iniciar el camino de vuelta.

Oímos pasos, primero perdidos, después cercanos, sentimos el peligro acechar. Una respiración se acercaba con los pasos. Me puse detrás de Timotea mientras el miedo arreciaba; ella agarró un palo.

—¿Quién anda ahí?

De la maleza salió Xusta, a quien reconocí por su matapecados. Iba apoyándose en él y, aún a cierta distancia, nos avisó:

—Cuídate del pueblo y de sus hombres porque saben que has traído a la niña —dijo. Se sentó en el suelo, parecía agotada de su ajetreado paseo.

Centrada en su liturgia, Timotea destapó un extraño objeto que llevaba envuelto en una manta y lo elevó hacia el cielo. Era una daga. La puso sobre las llamas mientras murmuraba el nombre escrito en un papel: «Julia, Julia, Julia», repitió tres veces echándolo al fuego. A los pocos segundos quedaron las cenizas, sobre las que esparció sal.

Caminó hacia atrás sin volver la espalda a la hoguera. Cerró los ojos y avanzó hacia delante; un paso, dos, yo sentía mis huesos húmedos. Sonámbula o tal vez en trance, Timotea permanecía con los ojos en el fuego, metió la mano en la cesta y sacó una gallina con la cabeza tapada, volvió a elevar el *athame* y los rayos de la luna iluminaron el frío acero de la daga.

—*Yandere*, Julia —gritó al decapitar al animal.

El cuerpo de la gallina, libre de la cabeza, caminó hacia el fuego. Si el cuerpo ardía, quedaría tranquilo el demonio.

Al terminar, Timotea se hincó en el suelo arcilloso rezando una plegaria contra Satanás en una extraña lengua.

Xusta bajó la cabeza repitiendo esa plegaria.

Hice lo mismo sobre el lodo rojo, aunque mis palabras no eran las suyas e inventaba, como hace cualquiera que trata de repetir una canción en un idioma que desconoce. El fuego creció de pronto hasta alcanzar la altura de las copas de los árboles; las llamas aumentaban con los rezos hasta formar una alargada espiral azul. Los espíritus se esparcieron por el camino para que nosotras pudiéramos volver sin miedo.

Unas semanas después, ya de regreso en casa, Timotea me esperaba en la cocina con un delantal blanco.

—Mira lo que te he traído.

A mí nunca me ha interesado cocinar, hasta el día de hoy soy una reprochable cocinera,

aunque de la mano de Timotea iba a aprender a preparar ungüentos. Para eso sí que tengo mano.

Aquel delantal abría la puerta a su universo. Un mundo donde las hierbas y los aceites auguraban poderes terrenales. Lo ató a mi uniforme con imperdibles y me dio un taburete para alcanzar la mesa; allí esperaban la amargura, la dulzura y ese picante tan deseado que buscamos en el devenir de la vida.

De un cajón sacó una tela doblada en cuatro; al abrirla, descubrió unas hojas secas. Sus ágiles manos llenaron en un santiamén una olla con agua y la puso al fuego. Luego, secándose, me miró y me dijo:

—Todo preparado. ¿Qué te gustaría pedir?

Me quedé pensando brevemente y respondí con rapidez a la pregunta:

—Quiero que me dejen jugar en la calle con mis amigos, como a mi hermano.

—No no no. Los deseos no se piden así. Los deseos no son solo palabras, mucho menos un capricho formulado en una frase. Los deseos se codician, se encienden, se sienten, se entretienen, se cuecen en la sangre, se mascullan y se mueven en la olla.

»Tus pensamientos acabarán siendo tus actos, no puedes hablar golpeando las palabras, como hacen los gachupines. Tienes que mover el agua, ir echando en círculos cada pensamiento, limpiarlo y ansiarlo con pausa hasta convertirlo en realidad. Es un ritual simple, pero exige dedicación.

»Cuando hables, piensa siempre lo que dices y cómo lo dices. En círculos, mira, así, cómo muevo el agua con la madera, así se habla, eso te da tiempo. Una frase golpeada lo único que consigue es una reacción opuesta. Mira cómo habla tu abuela española y mira cómo se ponen tus tías. Una agresión solo provoca otra agresión. Hazte escuchar al abrigo de las ansiedades, cocinando las palabras en el fuego a la medida del apetito que tengas.

Yo la miraba mover el agua sin entender qué me decía, sin saber la realidad que se abría ante mí. Extasiada con su voz, llegué a quemarme con el vapor. Fui echando las hierbas extendidas cuidadosamente sobre la tela, vertiendo mis antojos en ellas, componiendo con calma el réquiem de Timotea. Ya no deseaba ser como mi hermano, sino convertirme en alguien tan poderoso como ella.

Así fue como, moldeando cada frase con infusiones, aceites y hierbas, aprendí a cambiar mi existencia. Convertí en travesura diaria el robo del café de mi madre, y cada mañana lo rebajaba con achicoria. Yo estaba preocupada por su salud y supe por Timotea que esa fruta favorecía la circulación del corazón. Cuando mi madre bajaba de su habitación, ya tenía su humeante «café» en la cafetera. Le añadía a la achicoria dos cucharadas de canela y azúcar para que no adivinara mis tretas en favor de su salud. Sin mi madre, no hubiera podido sobrevivir en aquella casa, y la cuidaba tanto por mí como por ella. Es cierto que lo hacía por egoísmo, porque temía que su destino fuera el mío. Necesitaba escapar de allí antes de verme casada con un hombre que yo no había elegido. Una fruta inmadura podrida antes de caer.

—Hay dos clases de palmito, uno es de la mata de coyol y otro de palma, y los dos se comen. Este palmito lo recolectan cuando ven que la mata de la palma o la de coyol tiene palmito, entonces lo sacan y lo traen. Hay veces que hay matas de palmas y de coyol y no tienen palmito, pues nada más lo cortan, y no tiene palmito; y por donde hay más mata de palma es rumbo al camino del cerrito.

Timotea me enseñó a partir el coyol conociendo mi obsesión por no comer azúcar, obsesión

que me acompaña hoy desde mi infancia.

Se sentaba a enseñarme con paciencia lo que aprendió en su comunidad indígena, cómo ellos supieron usar la naturaleza antes que nosotros. El coyol, del que tanto se hablaba esos días por la falta de combustible en la ciudad, lo usaban para encender lámparas y para sanar.

—Aprende del coyol, mi niña, porque sana los dolores de cabeza, limpia heridas y baja la hinchazón de la tripa.

En esas tardes, me esperaban cuencos de guisantes para pelar, otra de mis rutinas; los encontraba sobre la mesa junto a mi delantal al llegar del colegio. Sacarlos de la vaina era un ejercicio.

—Tienes que adivinar lo que he comprado para ti. Es algo que te ayudará a sacar a la *iztlacatini* que traes dentro.

Me soltaba palabras en náhuatl cuando lo que quería decir no lo encontraba en castellano.

—¿Un cuaderno para escribir? —dije.

—No. Ya te he dicho que no hables sin pensar. Por hoy, ya no tienes derecho a más preguntas. Mañana puedes hacerme otra.

Sabía de mi carácter impaciente.

Seguí pelando guisantes con más urgencia. Medio enfadada por ese juego trampa en el que había caído. Codiciaba tener el regalo entre mis manos. Trataba de figurar cuál sería desgranando vaina a vaina, contando uno por uno cada grano, depositándolos en el cuenco con cuidadosa impotencia. Timotea me dijo:

—Tengo una amiga a quien el marido guardaba prisionera en su casa porque no quería que nadie la viera. Ni siquiera ella podía verse. Sus hermanas iban a buscarla porque no sabían nada de ella. No sabían si el marido le daba de beber, si podía asearse, si comía.

»Una noche mi amiga soñó con escapar. Se imaginó en casa de su madre, sentada junto al fuego de la chimenea, pelando guisantes en la cocina. Así hizo durante una semana, noche tras noche soñaba con escapar, y el séptimo día tocó en la puerta de la casa de su hermana casada con un policía. La sacaron de allí y la llevaron con su madre. ¿Sabes lo primero que hizo cuando llegó?

—No —dije intrigadísima.

—Sentarse a pelar guisantes. —Escupió a la mesa y empezó a reírse a carcajadas.

Me enfadé con ella porque pensaba que se burlaba de mí. Solté las vainas de mi falda y di un manotazo al cuenco, dejando que los granos corrieran en todas direcciones.

—Lo vas a barrer tú. No tiene ninguna gracia —dije, marchándome enfurecida. Pensando que aquel cuento inútil solo tenía como fin mofarse de mí.

Timotea sacó la escoba y se puso a barrer los guisantes. La escuché llamarme atontada, ilusa, idiota incluso.

El resto de la tarde la pasé en mi cuarto, ofuscada de rabia. Me tumbé en la cama, me levanté, me puse a leer tratando de ocupar mi mente en cualquier cosa que no fueran Timotea y su tonta historia.

Cuando al día siguiente volví del colegio, me apoyé contra la puerta, los brazos y las piernas cruzadas, esperando sus palabras. Allí estuve, de pie, contemplándola desplumar un pollo mientras me decía a mí misma que no le iba a ir a preguntar. Timotea sabía que aquella niña apoyada en la puerta de su cocina la esperaba; yo era demasiado obvia para aquella mujer de

tantas vidas. Me ignoró.

Sintiendo un brote de orgullo, escapé a mi cuarto escaleras arriba. Creo que incluso llegué a meter la cabeza entre las almohadas gritando de ansiedad con el aire atravesando mis pulmones. Sentía la almohada, pero no podía moverme. Como si estuviera cataléptica.

Escuché el paso extraño y calmado de Timotea. Su pierna buena golpeando el suelo, su pierna mala arrastrando. Una sincronía con principio y fin. Su pierna buena golpeando el suelo, su pierna mala arrastrando. Su cadera sufría, había nacido así, malformada, consecuencia del vendaje que se hizo su madre durante el embarazo para ocultar su preñez. Cuando la empezaron a llamar bruja. Llamó a la puerta de mi habitación.

—He venido a contarte el cuento del cuervo y el loro. A los dos los dejaron sin comer durante varios días. Una tarde su dueño les dio una nuez y les dijo: «Abridla y comeréis». El cuervo la llevó con su pico hasta las montañas, donde una cabra solía correr. Dejó la nuez en el suelo y esperó tranquilamente en una rama. Cuando pasó la cabra, pisó la nuez y el cuervo se la comió. El loro murió de hambre repitiendo: «Abridla y comeréis».

Me acerqué a la ventana pretendiendo no interesarme en su historia, pero allí, en las ramas de la jacarandá, descansaban los dos loros de mi padre. Me volví y le dije:

—¿Cómo puedo entender tu historia?

—Ya estás entendiendo, apacigua tu ira y usa la cabeza. A veces, las tentaciones nos ciegan y no nos sirve de nada repetir las cosas. Repetir no te dejará entender. Escúchate antes de hablar.

Dije que no iba a darle una respuesta, que me dejara pensar. Ella aceptó; de hecho, me ofreció otra pista:

—Está dentro de ti; si te miras, lo verás.

Esa noche escribí en mi cuaderno las tres pistas: la mujer que soñaba escapar, el ingenio de saber escuchar y ese mirarse a uno mismo. Por mucho que daba vueltas, no descubría cuál podría ser el regalo. Cansada, me puse a jugar con mis muñecas. Las enfrentaba para que hablaran entre sí mientras yo dirigía sus diálogos y sus encuentros. Al poner una frente a la otra, se me ocurrió. Espera, igual que la mujer atrapada, soñar con mi regalo.

Lo hice durante tres noches, evitando en esos días encontrarme con Timotea. Al cuarto, fui a buscarla a la cocina.

—Ya sé lo que me has comprado.

—A ver, ¿qué es? —dijo curiosa.

—Un espejo —contesté arrogante.

—Muy bien. Ya eres una niña menos impaciente que hace una semana y puede que menos boba. Aunque eso todavía no lo sé.

Se marchó a la despensa y sacó un paquete envuelto en un trapo. Al abrirlo, descubrí un espejo ovalado con un mango de madera decorado con incrustaciones de pequeñas piedras.

—Son amatistas, para protegerte. Este espejo te enseñará a mirar. Aprenderás que lo que quieres surge de ti. Mírate mucho, aprende a verte como te ven los demás.

Pude apreciar cierto rechinar de orgullo en sus palabras.

4

Ser un ama doméstica nunca formó parte de las cualidades de Timotea y, aun así, no podíamos vivir sin ella. Nos acompañaba incluso cuando íbamos de compras al centro.

Mi madre, aliviada de uno de sus largos ataques de melancolía, decidió organizar una tarde de compras en la ciudad. Ir de compras era un evento excitante porque mi padre, agarrado, intentaba enseñarnos el valor de la frugalidad predicando la rígida idea de que privarnos de caprichos fortalecía el carácter. Según él, debíamos gastar en lo realmente necesario. Nunca supe si su necesidad de sacrificio respondía a una falta de recursos o a una obsesiva tacañería que, por otra parte, olvidaba cuando se trataba de comprar jaulas y juguetes para los dos loros que vivían en la jacarandá.

Esa tarde fuimos a por un par de zapatos; los únicos que yo tenía, heredados de César, habían pasado ya tres veces por el zapatero para cambios de suela. Nos aventuramos por el centro mi hermana, mi madre, Timotea y yo. Caminamos derecho por la avenida Cortés hacia el malecón y cruzamos el bulevar, muy cerca de los Faros, donde había una tienda de zapatos en la que mi madre pensaba que tendrían mi número.

—Mira, ¿ves allí esa isla? Es la isla de los sacrificios —dijo Timotea, señalando un islote entre la costa y el horizonte—. Allí llevaban a los muertos poseídos por espíritus. Había que abrirles el cuerpo, los brazos, los muslos, las arterias para sacarlos. A los gachupines les daba miedo la isla, por eso la llamaron la isla de los Sacrificios. Son tan *atlacamachtilli* esos españolitos.

Mi madre convenció a mi padre de la urgencia de unos zapatos, y él, que detestaba verme con aquel gastado calzado masculino, aceptó añadiendo a su generosa oferta otros para mi hermana Lucía. Así que nos fuimos a las cuatro con la intención de merendar en el Café del Portal, en la calle Independencia, donde hacían unas conchas deliciosas.

Mi madre era de gustos caros e insistía en ir a lugares de alcurnia. Al llegar y descalzarme en la zapatería de señoras, me sorprendió la cara de horror de la dependienta. Se levantó y fue hacia su jefe, que vino a mí con endemoniada rapidez.

—Una niña con un número 40. Esto es lo nunca visto en Veracruz —gritó el hombre a mi madre con voz chillona.

Era una zapatería pretenciosa, donde se amontonaban las cajas en un destartalado interior que la dependienta chismosa aparentaba ordenar cada tarde. Pero cada día estaba más cansada de

hacerlo y las cajas más antiguas se habían ido perdiendo hacia dentro.

—Deje que vaya a ver si encuentro un par —dijo la voz chillona.

Fue el primer aviso. La dependienta cuchicheaba con otra clienta sin importarle que la oyéramos; alcancé a escuchar «es una jirafa», y una oleada de vergüenza me llevó a cruzar las rodillas para esconder mis pies.

La clienta se acercó con curiosidad y sin disimulo.

—Debería ir a una zapatería con sección masculina, tal vez allí encuentre algo. —Y, a modo de consuelo, le dijo a mi madre—: Desde luego, es una niña muy alta.

La Jirafa me acompañó desde esa tarde por lo largo y ancho de Veracruz, y porque mi hermana, arpía mayor entre cualquier colección de ellas, se encargó de repetir la historia en el colegio, entre mis tías, en casa… Ella, con dos números menos, disfrutaba mi vergüenza con alegría. Salí a por un par de zapatos siendo Julia y regresé siendo una friki. Es cierto que poco a poco me fui curtiendo ante las lenguas de aquellos seres mediocres con vidas mediocres en una ciudad mediocre.

¿Cómo no iba a tener Veracruz una isla de sacrificios?

Y me lo repetía Timotea:

—Veracruz no es lugar para ti, mi niña. El demonio se pasea por sus calles. Te quiere cazar, pero yo no le voy a dejar que te atrape.

Con ella, las tardes de los viernes iba sigilosa a las cabañas de los santeros. Allí la veía buscar amuletos, aceites y polvos, pero sobre todo plantas: la achicoria para la indigestión, la buganvilla para la tos… El armario apotecario de mi nana era un cajón sin fondo. Me gustaban esos paseos a escondidas de mi padre, un médico de mucha alcurnia de origen español. Mi madre conocía nuestras escapadas, pero ella, casada por obligación demasiado joven con aquel hombre iracundo, admiraba los modos de Timotea.

A mi nana le gustaba arreglar cada contratiempo con conjuros y maleficios, con una especie, con una flor, con un musgo o con una rama de árbol. Guardaba un altar en su habitación; con su san Pancracio junto al perejil, con sus piedras y su incienso. No existía sin sus ofrendas. Velas, aguas, plumas. Siempre acudía al altar si necesitaba algo o para dar gracias. La Virgen de Guadalupe convivía con amuletos y aceites, cada estampa acompañada por un manojo de hierbas.

—Vas a ser tan poderosa —repetía, cambiando el agua a vasos asentados frente a velas siempre encendidas para cuidar a los espíritus.

Y cuando regresaba del colegio contando mis escenas escolares:

—Mi niña, aprende del temor de los otros. Solo yo te protejo, mi niña.

O me sacudía con una rama para limpiarme de los males:

—Mi niña, esa es la culpa de tu padre. Si le digo que no me gustan estos zapatones, se ofende. —Y me quitaba mi grueso calzado, comprado en la misma zapatería donde César compraba los suyos—. Tu padre está obsesionado cuidando sus loros y sus pájaros y el jardín.

—Gasta más en los loros que en sus hijas —le respondí yo huraña.

Con el cerrojo echado para no dejar entrar a nadie en su cocina, repetía:

—Mi niña, tu padre prefiere a sus loros, halcones, perros, gatos y canarios antes que a sus hijas. Es un hombre raro al que la gente escucha embobada por esa medicina que no sirve. Su medicina no sirve. Ya ve usted, si yo sé más. Un modelo fuera, pero acá dentro, mi niña, dentro

mando yo.

Timotea era luz en la oscuridad de mi hogar. Con ella aprendí ese exquisito ejercicio de ponerme el mundo por montera mientras merendaba una manzana. Creía en el poder del deseo, en no tener miedo a lo que asusta a otros, a ese mundo que no puede tocarse.

Le gustaba preparar deliciosos pasteles de chaya y manzana, porque sabía que era mi fruta favorita. A nadie más le gustaban en mi casa. El resto prefería algo más tradicional con mucho azúcar, tres leches o chocolate, pero a mí me encanta la amarga acidez de la chaya.

—Este pastel de cumpleaños estará muy amargo, mi niña —me dijo Timotea el día que cumplí quince.

—¡No me importa! —grité—. Quiero un pastel de chaya sin azúcar.

—Muy bien, mi niña. Solo te advierto que te lo vas a comer. Tampoco voy a consentir caprichos al tran tran.

Sonreí, estaba graciosa Timotea apoyada sobre su pierna de madera, los brazos en jarra y un medio regaño. Claro que iba a comerme ese pastel que llevamos de regalo mi madre, mi hermana y yo a casa de mis tías. Las hermanas de mi madre, dos mujeres mucho mayores que ella, estaban casadas con dos abogados que eran hermanos. También estaba mi tía Tere, la mujer del hermano de mi padre.

Mi padre, hombre soltero de mal carácter, pidió la mano de mi madre a través de su abogado, casado con una hermana de mi madre. Ella no quería casarse, apenas había cumplido los dieciocho y estaba saliendo con un joven de su edad que había conocido en el colegio. Enamorada y feliz, se vio apartada por sus hermanas y cuñados porque, al morir mi abuelo, alguien debía de hacerse cargo de ella y ninguno quería. La pena de mi madre fue que sus padres murieron antes de su diecinueve cumpleaños. La casaron deprisa y corriendo con un hombre mayor a quien desconocía y que siempre la trató con desinterés. Su amor de juventud desapareció con la llegada de sus hijos, que la hicieron explotar con otro tipo de amor.

Su historia, que yo chismorreaba con Timotea, me hacía temer a mis tías; mujeres inexpresivas que habían condenado a mi madre a una existencia infame junto a mi padre.

—Qué linda está Lucía —decían las dos casadas con los abogados; la otra, tía Tere, nos miraba sin hablar, como si ella fuera mejor en aquel apartamento antiguo y siniestro.

La tía Tere siempre se quedaba con los guantes puestos, temerosa de coger algún tipo de infección en casa de sus concuñadas. Rodeada de sus voces de cotorra, pensaba en las palabras de Timotea: «A las mujeres de Veracruz les asusta tanto el silencio que nunca paran de hablar. Si alguna vez callan, se mueren». Y bien que me hubiera gustado que callaran.

—Julia, siempre tan alta. Qué vamos a hacer con ella, así no la casamos. Me han dicho que la llaman la Jirafa —dijo Tere, dejando escapar su voz por primera vez en aquella tertulia tan familiar.

Mi madre llevó el pastel de chaya de mi cumpleaños. Me cantaron una canción, me felicitaron. Me regalaron un rosario y una vela. Algo haría Timotea con ello. Les dimos el pastel.

—¿De chaya? ¡Qué asco! —dijo Lucía, rechazando su plato.

Solo mi madre y Tere comieron. Si a la tía Tere le gustó o no, jamás lo supe. Habló y comió casi al mismo tiempo, temerosa de que aquel pastel sin azúcar pudiera callarla si hablaba sin dejar de tragar. Vi sus dientes masticar la chaya, la fruta amarga caída antes de tiempo. Germinará en ella una buena indigestión por comer tan rápido, iba a terminar entre sus tripas

como el dolor en mí de la caja de zapatos en la tienda.

Mi madre empujaba a Lucía hacia ellas escondiéndome a su lado, y Lucía se deshacía de su mano viendo mi rostro ruborizarse cuando me acosaban.

—El otro día me dijo Luis que te vio andando por el malecón. ¿Qué hacías en el malecón, Julia? —preguntó Tere con chaya entre los dientes.

A mí se me olvidaba lo pequeña que era Veracruz y lo grande que era mi familia. Mis escapadas acababan siempre en boca de alguien.

—Fui acompañando a César a un recado —dije.

—Eso no es cierto —intervino Lucía—. Fuiste a comprar algo para la Timotea.

Esa era mi hermana. Mi madre cambió la conversación, explicando que fue ella quien hizo el pedido. La verdad era que me marché sola a coger piedras a la playa. Piedra de luna para proteger a los viajeros nocturnos mientras observaba la isla de los espíritus. Y, por supuesto, un talismán para favorecer el amor. ¿Acaso era eso lo que buscaba? Siento aún la piedra en el bolsillo; después de tantos años la sigo llevando conmigo.

Hubiera agarrado a Lucía por el cuello hasta que su lengua saliera inerte de aquella maldita boca. Cuando nos fuimos, mi madre me preguntó:

—Julia, ¿qué quieres hacer? Es tu cumpleaños y hay que celebrarlo.

—Vamos a la feria —dije emocionada—. Quiero ir a la feria —repetí.

—Bueno, por un día que nos saltemos las órdenes de tu padre… —dijo mi madre.

—Se va a enfadar papá —dijo Lucía.

—No, si no se entera —contestó mi madre con tierna ingenuidad.

Pasamos el resto de la tarde comiendo nubes de algodón, subiendo y bajando de los coches de choque, riéndonos, y hasta mi hermana se me antojó dulce.

5

Aparqué junto a un edificio de ladrillo rojo, del tiempo de la prohibición, de cuando este barrio estuvo tomado por otras mafias, antes de que fuera judío, y mucho antes de que los latinos poblaran sus calles. Da pena que hoy esté tan gentrificado. Dejé el coche en la parte trasera de The Good Housekeeper, el bar del cuñado de mi hermano. Un bar con un nombre que me hace sonreír. Es verdad, Lucho, este año he sonreído poco porque mi divorcio me tiene deprimida. Ya me conoces. Sí, también haber cumplido treinta y nueve años me ha dejado triste.

The Good Housekeeper es acogedor. Y este invierno me lo parece especialmente. Allí me escapé para encontrarme con Will. Me gusta la limpieza del local, el diseño de sus mesas bajitas, sus calentadores artificiales en el patio. Su ladrillo en la pared.

Es un bar a medio camino entre un café español y un *pub* inglés; su larga barra con sillas altas, sus muros de color negro decorados con cientos de fotos antiguas del barrio: hombres sobre barriles, mujeres paseando por calles sin asfaltar, imágenes de los primeros años de Hollywood. Uno se puede pasar una tarde imaginándose vidas borradas que pasaron por el mismo lugar.

Tras la barra siempre encuentras a Will Daré, mi concuñado. Alto, robusto para sus treinta años mal llevados por los excesos, los hombros anchos, la cara amable afeitada con precisión y un gran sentido del humor. Sería el marido perfecto si quisiera casarse; no le gusta el sexo, pero en todo lo demás coincidimos. Ese mes de noviembre una extraña ola de frío en California ahuyentaba a los clientes.

—Hola, Julia. ¿Quieres algo de beber?

Le pedí un Martini y una *pizza* de espinacas con base de coliflor. Apuré la copa.

—¿Quieres otra? Es la *Happy hour*.

Cayó el segundo Martini y al tercero invitó él. Salí a la puerta a fumar, con el estómago prendido de intuición, presintiendo catástrofe. Fumar contribuye a calmar ese repiqueteo, este vagabundear tan doméstico de cargar con mis fantasmas a cuestas. Suspiré dejando escapar el humor por mi boca.

El rápido efecto de la bebida me obligó a llamar a un Uber para ir a casa de mi hermano en Glassell Park.

Apenas llegué a la puerta, recibí el olor a canela y aceite de salvia de la piel de Mo, un aroma familiar que se vio interrumpido por su voz.

—Ven, ven. Respira un momento. Pareces tensa. Llevas una temporada muy complicada,

Julia.

Mi cuñada es una mujer perspicaz que trabaja leyendo las cartas del tarot por Instagram bajo el nombre de El Oráculo de Los Ángeles.

En su página de Internet se presenta como una gitana moderna, con su foto y una frase robada a la heroína de *La tentación de San Antonio*: «No soy una mujer, soy el mundo». Mo desapareció en el interior de la casa al recibir la llamada de un cliente y me dejó en su desordenada cocina.

Esperé a mi hermano. Cuando se esconde de mí, lo hace sin disimular, o bien porque está hablando con nuestra hermana, con quien apenas tengo relación, o bien con la residencia donde teníamos a mi padre. Cuando empezó con el alzhéimer, lo primero que pidió mi hermana fue verse liberada de su carga. No podía, dijo, porque tenía una hija que atender y un trabajo que la absorbía. «Vivir en Veracruz no me obliga a responsabilizarme».

César consiguió traerlo a Los Ángeles, a una residencia donde lo atienden a costa de mi bolsillo. Solo lo acompañé una vez de visita y me impactó encontrarme con aquel hombre duro babeando.

—¿No crees que ha llegado el momento de perdonarlo? ¿No lo ves? —me imploró César.

—Si estuviera sano, seguiría igual. Ha olvidado su maldad, pero la lleva dentro —le contesté asqueada mientras mi hermano limpiaba con un pañuelo cargado de cariño la saliva que escapaba de la boca de mi padre.

Mo y César entraron; ella le obsequió a su marido un beso tierno en la frente. Es extraño el cálido amor de Mo, podría estar casada con cualquiera, y cualquiera mucho mejor. Es atractiva, inteligente, simpática, con una voz aterciopelada que da gusto escuchar, y no niego que César sea atractivo, lo es, pero un poco inútil. Un hombre atormentado, incapaz de tomar una decisión por sí mismo.

Ella y yo nos conocimos en Ciudad de México, en los pasillos de una famosa productora de televisión, en uno de los primeros *castings* a los que acudí cuando apenas contaba dieciocho años y lucía el título de Señorita Veracruz. Mo tenía veinte y mostraba esa alegría que la caracteriza. Una verdadera rareza en el vertedero de gatas que la productora había convertido en su *casting*. Las dos fuimos queriendo un papel en una telenovela, pero la selección, amañada por la productora, nos dejó fuera a las dos. Mo cambió su sueño de ser modelo y actriz por una beca en UCLA para estudiar artes ocultas.

Admiraba a mi hermano, según decía, por no seguir el patrón de los mexicanos: indulgentes con sus amantes, mentirosos con sus esposas y fieles solo a sus madres. César era un hombre honesto, en eso estábamos las dos de acuerdo.

A veces, cuando Mo decía que no le gustaba la seducción y la devoción al amor, me miraba y yo sentía que me juzgaba. Decía que ella y yo habíamos crecido en un país álgido de misoginia social e intelectual. Sabía que no decía con libertad lo que pensaba, que se guardaba sentimientos en sus silencios, cuestionaba mi dependencia como si yo fuera una hieródula. Sé vestirme, moverme, hablar, desear; el arquetipo de mujer que castra a los hombres. En mi opinión, tanto las mujeres seguras de su sexualidad como las célibes buscan independencia.

Ella no es una mujer, sino el mundo, y yo también.

De no haber aparecido Mo, César se habría marchado a Veracruz a cuidar de mi padre renunciando a su vida. Con ella, él se liberó, y yo tenía con quién hablar de joyas y perfumes,

aunque matizando su significado dentro de un contexto de magia, porque enseguida surgía su desaprobación si hablaba con frivolidad, fundamentado en su abotonado pudor.

Las dos convivíamos en un escenario espiritual e interpretamos el mismo personaje desde perspectivas completamente enfrentadas. Aquel antagonismo ha sido un triunfo para nuestra amistad. Ella controla mis demonios escorada en una encopetada espiritualidad.

Físicamente, a Mo le gusta vestirse de forma andrógina, la mera insinuación de su sexualidad la incomoda. Jamás me he atrevido a preguntar si en su vida ocurrió algo que la obligó a esconderse dentro de sus ropas. Yo soy lo opuesto. Enfatizo en tres dimensiones. Soy descarada, pero elegante. Mi sexualidad, uno de mis talentos, la escondo para la intimidad. Para los momentos en que el ardor surge sin complejos, sin ataduras, libre de juicios.

Me despedí de ellos con urgencia, obligada como estaba a visitar a mi abogada. Al llegar a su portal, descubrí una jardinera de salvia escondida en una esquina al borde de las escaleras. La planta que salva siempre es tentadora. De un tirón, me llevé un manojo de hojas que puse dentro de un pañuelo en mi bolso. Es extraño encontrar salvia al azar, mucho más en mi burbuja angelina. De hecho, recordaba haber subido y bajado las escaleras de aquel edificio sin ver la planta.

Había elegido a aquella nueva abogada hacía unos meses, justo después de Navidad. Apareció por recomendación de una amiga. Cuando la conocí, me pareció agresiva; de hecho, tenía fama de serlo. Sin embargo, tuvo la paciencia de templar mis nervios, mis accesos de impaciencia cuando le explicaba cómo mi marido había congelado las cuentas conjuntas del banco y me encontraba viviendo de mis ahorros personales. Ella me ayudó a entender mi nueva situación familiar, los trámites necesarios en los primeros envites del divorcio. Le costó, pero me convenció para aceptar las condiciones de mi exmarido si no quería verme en un tribunal familiar haciendo concesiones a la custodia de mis hijas. Lo hice, pero el precio fue demasiado alto.

Hoy dudo de su talento profesional, creo que me dejé llevar por su imagen, porque tuvo el valor de firmar varios panfletos feministas contra la clase política de la ciudad que la llamaba la Alborotadora. Tenía su bufete en el este de Los Ángeles, en un edificio de renta baja y habitado por muchos armenios, pero decorado con un diseño moderno y minimalista que me agradó. Nos entendimos porque las dos decíamos lo que pensábamos con franqueza. Era una mujer muy distinta al equipo que maneja y controla mis negocios.

Las dos somos mujeres a quienes no les gusta que les retuerzan el colmillo.

Me avisó que perdería la compensación económica por mis hijas y el pago de su colegiatura si mi ex era capaz de declararse insolvente. Y lo hizo, no sé ni cómo le creyeron. Un hombre que vuela en avión privado, es consejero de varias empresas, tiene millones en valores de bolsa, y el juez lo declara insolvente para pagar el colegio y el mantenimiento de sus hijas. Es el mundo al revés. Yo no podía creerlo.

—La salvia es sanadora —escuché decir a una mujer a mis espaldas.

Al volverme, descubrí su tez morena, tenía una fregona en la mano y un mandil de cuadros. Me sentí descubierta mientras sacudía la tierra de mis manos en el suelo aún húmedo. La miré. Llevaba el pelo recogido, estirando su cara gris alargada, arrugada, los ojos de un brillante eterno, las cejas altas, las manos rojas por el cloro.

—Es cierto, por eso tomé prestadas unas hojas. Espero que no le importe.

—No —contestó, apoyándose en el palo de la fregona—. Llévatela. Solo tiene valor si se

regala.

Salí de allí menos afligida gracias a la maceta de salvia. Con el ajetreo de la planta, olvidé mirar el teléfono, donde se amontonaban los mensajes de mi exmarido.

La deriva de nuestra relación torpedeaba mi vida; mis cambios de humor, mis inseguridades, mi economía… El Hombre de Metal siempre ha metido los dedos allí donde pincha. He perdido una fortuna por su culpa, porque el régimen de derechos compartidos se los pasa por el forro y no hay forma de condenarlo. En otro tiempo, solo aquellas mujeres capaces de controlar la naturaleza entendían lo que significaba la independencia. Ellas eran las únicas que dominaban a los hombres. Hechiceras y prostitutas siempre han sido las más temidas de la historia.

Por eso le supliqué a Mo que concertara una visita a la botánica del doctor Pedro. Está ubicada en la calle César Chávez, dentro de un edificio con muros desconchados. El Profesor apareció.

—Tenemos cita para una visita. Venimos a pedir el favor de la maestra, profesor. Están a punto de dar las doce, usted notificó no esperar —dijo Mo.

—Vengan por aquí, el porvenir les ha debido abrir la puerta —dijo el Profesor, a quien seguimos detrás de una cortina roja.

Una calavera vestida de novia nos dio la bienvenida.

En ese cuchitril cerrado y sin ventilación me resultaba imposible controlar la sudoración. Una mesa, un par de sillas, un altar con sus velas obligó a que Mo y yo nos quedáramos de pie, con César sentado frente al Profesor.

—Lo que le pida a la flaquita, se lo dará. Si le pide que se lleve la vida de alguien, pues lo hará. Sus favores no se condicionan.

El Profesor hablaba de la Santa Muerte de corrido, bajito. Pareciera que había un entendimiento entre mis deseos y sus palabras.

—La devoción por la Niña Blanca nos ha traído hasta ti. Aquí te ofrezco un rosario en este martes primero del mes de noviembre. Dame ojos para poder ver, dame manos para poder hacer. Somos humildes y solicitamos amparo —soltó Mo.

El Profesor sacó un estuche de debajo del altar, cogió un collar de cuentas negras y se lo puso al cuello.

—Señora, consagro estas velas con miel e incienso para informar el camino de estos fieles. No los abandones en sus deseos. Yo me encargaré de poner a prueba su humildad.

Encendió tres velas, y temí por nuestras vidas. El local era demasiado pequeño para encender velas.

—Te invocamos, Santa, hazte presente…, temida y adorada —seguía el Profesor.

Cerré los ojos sin poder respirar. El aire se volvió denso, imposible de mantenerlo en los pulmones. Quise moverme, pero Mo me detuvo.

—Ahora, vamos a consultar el oráculo. Hay una mala vibra presente. El Emperador me habla de una mente alterada. ¿Eres tú? —Sus ojos cayeron en mí.

—Supongo que sí —dijo Mo.

—La discreción es parte del oráculo, veamos qué más nos dice.

Dos hombres aparecieron por la cortina.

—Profesor, ¿está ocupado?

Dos tipos extraños con el pelo rapado, vestidos de negro. Uno de ellos llevaba el cuello

tatuado, el otro también llevaba grabada a tinta sobre sus manos el nombre de la Santa Muerte.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, el sabor a metal invadía mi lengua, seca por la falta de oxígeno.

—Necesito unos minutos —dijo el Profesor mientras aquellos hombres nos estudiaban con descaro.

Salieron, pero sus pasos no los alejaron demasiado.

Aquel lugar cerrado, donde el calor de las velas subía la temperatura, despertó mi ansiedad.

—Necesito aire. Me estoy ahogando —dije sin moverme.

—La Santa Muerte ha hablado. Necesitan una limpia. Dejen cada uno una prenda para que vaya el viernes al monte, al ritual de sanación —dijo el Profesor.

—No sé si puedo ir el viernes —contestó el ingenuo de mi hermano.

—Vamos, yo te lo pago —dije sin pensar que podía ofenderlo mientras él me miraba confundido e irritado.

Mo y el Profesor sonreían.

—No tienen que estar presentes. Una prenda de cada uno valdrá. Serían mil quinientos dólares por el trabajo.

Mo habló con pausa:

—Profesor, es mucha plata para una primera consulta con la flaquita. ¿No nos puede hacer precio?

Me quedé sorprendida de aquel tira y afloja de mi cuñada.

—Órale, mil entonces. Pero habrán de volver a consultarla. Lo hago porque eres devota de la Santa. De otro modo, sabes que no podría. No está bien tunear las limpias.

No llevábamos mil dólares en el bolso.

—Eso con un Venmo a mi teléfono se arregla.

Dicho y hecho, la transacción se hizo antes de salir del cuarto.

—Listo —dijo y, agarrando mi brazo, me señaló el corazón—. Usted no se preocupe. Ese mal que trae se lo vamos a mandar a quien se lo ha hecho a usted.

Al salir, los dos hombres esperaban en el estrecho pasillo, sin moverse. El Profesor dio una voz a su sicario:

—Eh, Salomón. Déjales pasar. Los envía la Santa, ya han pagado los paisanos.

Metí las manos en el bolsillo y continué mi paso hacia la puerta, tranquila, aunque solo en apariencia. Ya en la calle, César gritó furioso:

—¡Hay que ver! ¿Tenías que avergonzarme hasta delante del brujo? A veces, me sacas de mis casillas.

Mo nos empujó. Admiro la paciencia de aquella mujer, sus gestos y su amor consiguen limar nuestros desencuentros.

Le di un abrazo y llamé a un taxi. En el camino, las palabras de César volvían a oleadas, sin dolor. Dejaron de doler cuando los fantasmas llegaron a tirarle de los pies.

El Hombre de Metal me llamó, imparable en su deseo de destruirme ejerciendo presión con nuestras hijas. Es un artista de la tacañería. Un jubilado del poder al que la justicia debería echar el guante. Sé que se lleva comisiones de cada uno de sus trajines, aunque nunca me he atrevido a contratar a un detective para investigar sus amaños a espaldas de la legalidad. Lo mejor que puede pasarme es terminar mi sociedad con él. Estoy en el centro de un vicioso juego financiero,

donde soy muy consciente de que me está engañando. Todavía no he conseguido hacer frente a los jueces y me flaquean las fuerzas y la economía, podría aventurarme a descubrirlo…

¿Cómo puede volar en avión privado y declararse insolvente?

Su mayor premio son las grandes sumas de dinero que recibe de gente que confía en su labor y a la que ha traicionado. Es rico y celebrado; porque cuanto más rico eres, más se te celebra. Supongo que en estos casos la ignorancia es una bendición. No me engaño, temo las represalias de sus subordinados si decido sacar el polvo bajo la alfombra.

Así paso los días, hablando con Timotea, lo que otros consideran soliloquios. Mientras, mis hijas se acostumbran a su tácita presencia y yo gasto las reservas de mis lúgubres ahorros en abogados que me avisan de que voy a tener que desprenderme de mi casa.

Él se encuentra en hoteles de lujo con sabuesos del hampa. Gente que estafa a los demás por «la pasta», como le gusta definir al dinero. La mayoría de su patrimonio está escondido en paraísos fiscales que alguien debería investigar. Mi ex ha sido capaz de crear un plan para extorsionar a un famoso cantante, a nobles en el exilio, a caciques de la gran empresa. Mis abogados me han dado una fecha: octubre del año pasado, días antes de mi cumpleaños, cuando todavía estábamos casados, celebrando juntos. Fue entonces cuando de súbito congeló mis bienes. Posesiones que nunca fueron suyas.

Los abogados no han querido informarme por teléfono, de ahí que esté ahora en un vuelo a Nueva York, salpicándome pastillas de lorazepam que escondo en mi caja de Altoids.

«Llegará el momento en que dejes de ser útil a tu marido. ¿Y entonces? ¿Qué sucederá contigo?», fueron palabras de mi padre en uno de esos momentos de lucidez antes de perderse por completo en el alzhéimer.

6

Siempre he estado segura de que mi decidida huida de Veracruz no fue planeada, sino fruto de mis ansias por ser reconocida. Mi ambición chocó desde el principio con las tradiciones familiares, que hubieran preferido verme casada en la sociedad de la ciudad, con hijos y tardes compartidas de *bridge* hablando tranquilamente de cumpleaños o comuniones.

Tan pronto descubrió mi padre que su hija se había presentado a un concurso de belleza, montó en cólera e intentó detenerme por ser menor de edad.

—Bello es lo que se ama —le decía mi madre intentando convencerlo mientras Timotea, a su manera, trataba de castrar su poder haciéndome beber un té que me dejaba dormida durante horas.

Ella intentaba fingir una enfermedad con la que escapar a la ira paterna. Aquella falsa enfermedad preocupaba tanto a mi madre que obligó a mi padre a firmar los papeles de mi participación en el concurso. Ardido, él dejó de dirigirme la palabra y renegó de mí cuando la gente celebró mi triunfo. Tanta fue su inquina que ni siquiera vino a despedirme cuando salí de Veracruz. Durante esos difíciles meses solo me tomó en cuenta para agredirme verbalmente, para avisarme de que mi futuro iba a ser su vergüenza y que solo el olvido podría perdonarme.

En mis planes nunca estuvo quedarme en Veracruz. Mi ciudad quedó atrás cuando llené mi maleta con dos vestidos y un par de zapatos rumbo al DF. Mi padre deseaba verme regresar, a su manera me quería. Pero el destino es caprichoso y, en menos de un año, habría de ser la nueva Señorita México. La mujer más bella del país.

Aquella bofetada al orgullo familiar, al apellido en su conjunto, lo cargaba yo como una espada de Damocles; orgullosa y dolida.

—No todos estamos hechos para una ciudad pequeña —le dije a mi hermano cuando me llamó por teléfono pidiéndome que me comportara como una mujer educada, cansado de que mis tías y sus amigos comentaran mis romances, pasto continuo de las revistas y la televisión.

Mis agrias respuestas amargaron nuestra relación, hasta el punto de que mi madre, siempre callada, tuvo que esconderse para hablarme porque ni mi padre ni mi hermano me aceptaban. No la culpo. Mi marcha nos cambió a todos. Fui un desasosiego. El viento incontrolable de Veracruz se coló entre mis hermanos y yo, entre mi madre y ellos, entre mi padre y yo, entre cada uno de los miembros de la casa, y ya nadie, ni Timotea, pudo acomodarse a la vida mediocre de la ciudad.

Un 7 de septiembre dejé oficialmente Veracruz con destino a México sin haber cumplido los dieciocho años.

¿Cómo me atreví a participar en el concurso de belleza?

Esa aventura surgió paseando con mi nana; de hecho, siempre he pensado que mi relación contigo comenzó en el mismo momento en que andando con Timotea por la avenida Independiente vimos un cartel del anuncio *Miss* Señorita Veracruz. Fue ella quien me animó a presentarme.

—Eres la más guapa de la ciudad. Si ganas, puedes darles en la boca a los de por aquí. ¿Te imaginas que logras ser la mujer más bella del país? Nadie se atrevería a decir nada de ti.

—Creo que sería imprudente comprometerme sin hablarlo con mi madre —le contesté, molesta ante la actitud posesiva de mi nana.

Timotea intentaba animarme ante las críticas que vertían sobre mí las amigas de mi madre, acusándome de poca modestia y, lo que era peor, de frívola por rechazar sus convencionalismos.

—Van a seguir hablando y, con el concurso, tendrán un motivo real para criticarme. ¿Tú crees que los fantasmas permitirán mi éxito? —dije bromeando.

Me miró y despacio dijo:

—Mis espíritus ambulantes van contigo, te presentes o no te presentes. Están aquí, mirándonos, porque no tienen otra cosa que hacer con su tiempo que mirarnos. Ellos y yo libramos por ti la batalla contra el demonio.

Un sereno escalofrío me recorrió la espalda.

Al llegar a casa, se lo pregunté a mi madre. Me animó.

—Claro, hija, me parece una idea estupenda.

Mi padre se negó rotundo y se olvidó pronto. Ante su falta de interés, decidí presentarme, convencida de ganar. Era la más alta de las competidoras, la única con la fortaleza necesaria.

Desde que puse mi nombre en el papel, seguí una dieta estricta de ejercicio y alimentación para comerme la pasarela. Nadie tuvo ni la más remota posibilidad de superarme en Veracruz. Gané aquel trofeo cargado de sueños, cargado con los deseos de una muchacha convencida de conseguir un título que le pertenecía.

A Lucho lo conocí en Ciudad de México al poco de llegar, obligada por un contrato con el concurso de Señorita México. Como yo era menor, mi madre tenía que ir de chaperona. Estuvo cambiada, activa, divertida, sin males de espíritu, aunque le preocupaban los hombres pululando alrededor de las jóvenes bellezas llegadas de todos los puntos del país. A mí no tanto, y no por pecar de excesiva confianza, sino porque consideraba que no eran peores que mi propio padre. Por eso no los temía.

Ella tuvo la oportunidad de escapar de su encierro. Era un gorrión picando fuera de su nido mientras yo batía las alas del cuervo creado por Timotea. Lucho y yo nos encontramos en la primera cena a la que fui invitada, donde llegué escoltada por uno de los organizadores del certamen. Cada vez que me dejaba sola, me acorralaban sus amigos empresarios. Vampiros con sed de sangre joven. Lo vi de lejos. Con ojos que me llenaron por dentro, su fuego me quemó de inmediato. Sus poderosas pupilas negras me asediaban a distancia y me fijé en él. Hombre, si me fijé; alto, de hombros anchos, erguido dentro de aquel traje italiano a la medida, con una prominente mandíbula. Mentiría si dijera que desconocía quién era. Lo sabía porque lo había visto en las noticias. Lucho era un hombre importante en México. Un portento de los negocios.

De aspecto glorioso, protagonista de las revistas del corazón. Encontré en sus ojos una admiración que conseguía ruborizarme. Altanero, pasaba deprisa entre la gente.

Desaparecía, de vez en cuando, dentro de un reservado acotado. Manteniendo una actitud inaccesible que siempre le admiré.

Tardó un rato en acercarse a nuestro grupo, saludó transversal y los otros movieron la cabeza para devolver el gesto, sorprendidos de encontrarlo entre ellos, alcanzó mi brazo e, insolente, tiró de mí apartándome, dejando a los demás batiéndose en retirada al ver cómo ejercía su poder. Fueron soldaditos en estampida. Aquello me hizo reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Se han ido corriendo cuando te han visto llegar.

Y, ufano, sacó pecho:

—Más les vale a esos pendejos.

Amable, enérgico, me advirtió que, desde ese momento, tenía la posibilidad de elegir cualquier brazo.

—Tienes algo que me hechiza. Hubiera deseado guardar la distancia, pero estoy profundamente hipnotizado por tu persona, ¿acaso eres bruja? —preguntó endemoniado.

—Por supuesto. Soy bruja y de Veracruz —contesté.

—Si me lanzas hechizos, ¿debería echarte al fuego? —dijo en mi oído.

—Solo si eres tú quien prende la hoguera —repliqué.

Luego dijo algo que no pude oír. Rápido, evasivo, murmuró despacio que no era el momento, pero que estaba muy intrigado porque andaban sueltos los deseos. A mí, la intuición me dijo que no debía dejarlo marchar. Que el corazón estaba en el lugar correcto. Sus ojos estaban a mi altura y, aun así, lo perdí de vista como un relámpago. Tan rápido como llegó desapareció. Me atreví a preguntar a uno de sus amigos qué se ocultaba detrás de su fachada.

—Ya lo descubrirás. Se ha interesado por ti. Te buscará, no le gusta perder el tiempo —me advirtió.

Ciudad de México es una de las urbes más cosmopolitas del mundo, llegar allí me pareció entrar al paraíso. Era una mexicana en mitad de la jungla de asfalto, disfrutando del maravilloso mundo del anonimato. La dicha fue breve, tiempo para entender que una gran ciudad puede ser un paraíso y un infierno.

Llegué tarde a nuestra primera cita. Lucho se marchó al no encontrarme a tiempo y me dejó una nota: «La puntualidad muestra respeto hacia los demás. Si vuelves a ser impuntual, no quedaré contigo nunca más».

Regresé al apartamento completamente avergonzada. Me llamó.

—Paso a recogerte en media hora.

Bajé quince minutos antes de que apareciera su chófer, quien informó diligentemente que estaba allí a la hora acordada. Ahora lo pienso y me río. Era una niña aprendiendo lecciones. Fuimos a cenar y a bailar.

Un ejemplar soberbio con algunas canas sin impostura. Aposté alto sabiendo que, si salía indemne de aquella aventura nocturna, volverían las lenguas a destruir mi recién estrenada libertad.

A pesar de la diferencia de edad, estuvimos bailando toda la noche. Me dejó en casa a altas horas de la madrugada y, cuando llegamos, mi madre esperaba ansiosa en el balcón. Enfadado

conmigo por no decirle que estaba con mi madre, subió al apartamento a pedirle perdón. Era un hombre cuidadoso con los sentimientos, aunque en ocasiones habría de mostrar una intransigencia feroz. Mi madre se quedó confundida, no sabía que había quedado con aquel hombre poderoso, desconocido para ella y famoso para todo el mundo. Se mostró sumisa, entregando a su hija con una humildad que bordeaba lo indecente, pero lo hacía porque no sabía ser de otra forma. Cuando Lucho se marchó, me regañó a solas por no decirle la verdad.

Los siguientes días fueron un cúmulo de citas, de restaurantes de lujo, de conocer un México al que nunca había tenido acceso. Dos meses después, mi madre ya se había marchado, a Lucho le preocupó que yo estuviera sola en Ciudad de México. Fue entonces cuando me propuso ir de viaje a Los Ángeles.

—¿Tienes pasaporte? —preguntó directo.

—No, nunca me lo he sacado.

—¿Tus abuelos no son españoles?

—Sí, pero nunca me han llevado a España.

—Bueno pues, dame tus datos para que mi secretaria saque tu pasaporte. Quiero que me acompañes a Los Ángeles, allí tengo una casa.

Era impulsivo, con un lenguaje que articulaba a una velocidad endiablada; eficaz y acertado, en sus palabras existía la intencionalidad de cada uno de sus deseos.

—Quiero ir —dije sentándome en sus rodillas, abrazando su cuello como una niña, agasajando con mil besos su rostro.

Juguetón, se reía.

—Mira —dijo al regalarme una pulsera de oro con la imagen de una vulva—. Es un brazalete llamado Lilith que simboliza el poder de la mujer. Según la mitología, esta poderosa imagen puede salvar al universo. Es también el símbolo de la sensibilidad, la intuición y la protección. Me dijiste que eras una hechicera. Tengo muchas esperanzas puestas en ti, Julia. Ella fue esposa, feminista pionera, reina del infierno, aunque también representa la independencia y la libertad de existir.

El brazalete era precioso; una medalla de oro atada a una fina cadenita también de oro. De cerca, la imagen de una vulva rodeada de rayos. De lejos, la figura de la Virgen de Guadalupe. Esa maravilla todavía la llevo en mi muñeca.

Me invitó a irme para seguir con su trabajo.

—Dale tus datos a mi secretaria, por favor. El chófer te pasará a recoger en cuatro horas. Avisa a tus padres.

—¿Cómo vas a sacar un pasaporte en tres horas? ¿Tienes fotos mías?

—Tú no te preocupes por nada. Si necesito algo, te aviso.

Me fascinaba su poder, era casi mágico. Sabía, porque lo sabía, que la ausencia de cariño en mi infancia me animaba a colgarme de los brazos de Lucho. Un hombre mucho mayor en edad, pero no en espíritu.

Fui capaz de lanzarme a su lado a una aventura vertiginosa.

Desde el mismo día de su nacimiento, y no precisamente en México, conoció las ventajas del privilegio, asumiendo un futuro de responsabilidades familiares. En un país donde el patriarcado estaba tan arraigado, escondía su sensibilidad en soledad sabiendo que nadie podía escapar a su destino. Era hijo de un gran empresario, y eso, o lo tomas o lo dejas, así que decidió agarrar las

riendas del imperio y demostrar que sabía aprovechar las oportunidades. Competitivo y aguerrido, multiplicó los bienes hasta poner el mundo a sus pies. Que ese hombre me eligiera para ser su musa me maravillaba.

A solas, conmigo, era libre. Fue precioso quitarnos juntos la coraza. Recuerdo cómo lloró al confesar que había intentado alejarse de mí, porque era lo conveniente.

—Soy demasiado mayor para ti —llegó a decirme nervioso, lejos de esa imagen agresiva que había creado.

Le contesté lo que realmente sentía y sigo pensando:

—Si a ti y a mí no nos importa la diferencia de edad, al carajo con lo que digan los demás.

Utilicé un lenguaje que conocía. Se rindió cuando dijo que ninguna como yo.

—Eres inteligencia, deseo, diversión, belleza; siento contigo un profundo amor. Por eso me es imposible dejarte marchar.

En Los Ángeles, donde yo pensé que íbamos a estar unas semanas, terminamos quedándonos varios meses. Y se encargó de cambiarme. Me enseñó a cuidarme; desde una rutina de tratamientos cosméticos, que transformaron mi rostro y mi cuerpo, hasta cómo moverme, cómo vestir, comportarme; me enseñó a contestar con prudencia y seguridad. Aquella preparación me ayudó a conseguir primero el título de Señorita México y después, en el concurso de *Miss* Universo, a coronarme como la segunda mujer más atractiva del mundo.

7

Fue allí, durante el concurso, donde Lucho tomó la decisión de desaparecer de México para disfrutar conmigo el resto de su vida.

Llegamos por separado a Mérida, al concurso de *Miss* Universo, donde yo iba representando a México. Yo antes, para los ensayos preliminares y la promoción. Creo que su poder y la confianza que ejercía sobre mí contribuyeron a mi éxito. La verdadera belleza no conoce prejuicios, trasciende la raza, el género o cualquier atributo físico, no hay nada que pueda superar a la confianza personal. Me convertí en líder de un aquelarre de bellezas. Mujeres unidas alimentando fantasías que cargaban con un título. Para ser honesta, cualquiera de las chicas podría haberme superado, y si gané, fue por un pelo. Diosas proclives a las caídas, perseverantes, con un futuro abocado al éxito o al más dramático de los fracasos.

En Veracruz yo era conocida por mi altura, muchos me llamaban la Jirafa; la brutalidad de los comentarios me tejió una segunda piel, pero también me mostró un camino. Ya desde la infancia no seguía el paso marcado. Mi personalidad surgió andando a la defensiva, acostumbrada a la incomodidad. Timotea me enseñó que debía creer en mí y me regaló una sinfonía de tesoros en sus hechizos. Aprendí a calmar el dolor con ungüentos de miel, vinagre y arcilla. Contaba con la ayuda de espesos sortilegios que vaciaba en cuencos, preparados traídos por los vientos de Pandora que cargaba de habitación en habitación. El arduo trabajo entre la magia y la seguridad personal me convertiría en la segunda belleza del planeta. Sé que desde entonces formo parte de un símbolo dentro de los estándares de belleza de mi país, una suerte de orgullo nacional. Soy inspiración para muchas jóvenes y no me molesta si alguien me juzga o me menosprecia por ello.

Descubrí en esas tumultuosas semanas que una simple respuesta te separa de la corona.

Un breve discurso, una blanca sonrisa banal pueden conseguirte el favor de los jueces. La simpatía es una herramienta de empoderamiento y yo, por la preparación junto a Lucho, conocía el poder de una reflexión estudiada.

El peor momento, o el mejor, según se mire, fue ver a los otros padres orgullosos de sus hijas concursantes. Padres y madres pululaban por los pasillos. Nerviosos, corrían con sus gafetes colgando del cuello. Reconocía los apellidos de cada uno de ellos, siendo muchos el espejo futuro de sus hijas. Afligida por la ausencia de los míos, rompí a llorar al recibir el segundo premio. Mi padre no permitió a mi madre acompañarme. A mi lado, la ganadora del concurso

confundió mis lágrimas y me abrazó en una gloriosa hermandad. Ambas lo habíamos dado todo por la corona, ella tenía el triunfo y a sus padres. Yo estaba sola bajo una formidable tormenta tropical.

Después de mi reconocimiento, Lucho me adoptó frente al mundo. Fue en el fragor de la elección cuando me besó y los fotógrafos captaron el momento. La gente a nuestro alrededor murmuraba porque, por aquel entonces, él estaba sumido en un proceso de divorcio. Me vi reconocida como pareja de un hombre muy deseado. Me coroné en sus brazos y juro que me sentí la mujer más poderosa de la Tierra. En los brazos de Lucho olvidé a mi familia en Veracruz.

Fue una experiencia en la que mi ADN se unió al de México, un país siempre presente en mi vida; puedes llevarte a la niña del país, pero no puedes sacar a México de la niña. Al final, yo sigo soñando en mexicano, viendo las cosas con pasión, con el colorido, con la intensidad que nos caracteriza a los mexicanos. La caprichosa naturaleza mexicana, sus tormentas, sus colores y el dramatismo de las emociones van de mi mano.

Lucho no me soltó ese día.

—Eres mi reina, mi Lilith —dijo y me protegió.

Me enseñó a opinar, a buscar mi voz, a sonreír, a limar crispaciones ante las cámaras. Yo ponía cuencos cargados de intención en los hechizos que apostaba por las esquinas de las puertas, velas, piedras, invocando a los fantasmas de Timotea, a quienes rogaba que me acompañaran en un intento de no ser devorada por el siempre acechante demonio, y Lucho moldeaba mi confianza.

Me daba terror la resaca de esa abrasadora felicidad.

La doble vida de Lucho dejó pronto de serlo y nos abandonamos el uno en el otro. El mundo se nos hizo pequeño. Se nos podía ver en público, paseando en la Harley Davison que me regaló y con la que nos perdíamos por las carreteras de Los Ángeles, en Miami, en Nueva York. Los fotógrafos nos perseguían. Cansado, Lucho decidió comprar una mansión en Los Ángeles, en Bel Air, y allí nos fuimos a vivir. Un ejercicio de lujo y amor del que nunca me indigesté.

Salíamos en bici a diario hasta Malibú, jugábamos al tenis, buceábamos, practicábamos esquí, saltábamos en paracaídas, salíamos a cenar cada noche, nos dábamos masajes diarios, navegábamos por el Pacífico y, cuanto más me complacía, más calmaba él la ansiedad que siempre lo acompañaba.

Lucho me coronó con un amor sin pausas, alejándose de la presión sofocante de su trabajo, una presión que, en ocasiones, se producía a sí mismo. Era exigente conmigo. Quería una mujer preparada a su lado y me puso deberes. Me obligó a matricularme en clases de arte, de idiomas, de nutrición, de literatura, de filosofía. El ruido de fondo fue disminuyendo en los años que estuvimos juntos; él aprendía de mí a ser libre, intensamente libre, y yo, oculta en su estrategia, aprendí a madurar.

Me angustiaba cuando me dejaba para pasar tiempo en México, adonde me prohibió volver. Me quedaba en la casa con mis fantasmas, alborotada. Llena de celos hasta el momento en que regresaba y el amor nos volvía a envolver. Dos seres humanos absortos, ajenos al universo, con un amor de tal magnitud que nos obligó a rendirnos sin condiciones hasta el día que el demonio disfrazado de cáncer aparcó celoso en nuestra casa.

8

—¡Satán ha puesto la mano sobre mí! ¡Me ha atrapado! —le grité a Timotea, histérica, en mi llamada por teléfono al salir de la consulta del médico en Mount Sinai, donde se nos informó del cáncer de páncreas de Lucho—. Tres meses, tres meses de vida. ¿Qué voy a hacer? —gritaba y lloraba al mismo tiempo, agarrando con fuerza el auricular, escondida en mi estudio, lejos de la presencia de mi pareja, que enfrentaba su propia muerte con una resignación sorprendente.

Ante él, en la consulta del oncólogo, intenté guardar la compostura, aunque enseguida se dio cuenta Lucho de mi desazón porque fui incapaz de hacer una broma. En el coche estuve en silencio, aguantando hasta desahogarme con mi nana.

—No sé qué voy a hacer. Estoy asustada, siento que los fantasmas me han abandonado. Lucho sufre. El demonio lo ocupa todo. Me siento extraña.

—La muerte solo duele a los vivos. Su enfermedad ha venido a complicar las cosas, pero, mi niña, no te abandones en manos del demonio. Tu camino sigue. Deberás aprender a caminar con su amor dentro de ti —me contestó.

Lucho era un hombre de palabra, temido en los negocios, aunque vulnerable porque para la vida era demasiado predecible. Organizaba cada día hasta el mínimo detalle, preparado para cada contingencia, encontrando soluciones a situaciones inesperadas como si realmente las hubiera estado esperando. Era un hombre de Venus, admirador de la belleza. Me impresionaba su visión a largo plazo viviendo el presente con intensidad; por eso, cuando llegó la noticia del cáncer, se adaptó mejor que yo.

Fui injusta, le recriminé que había experimentado mucho más que yo, que debía aprender a vivir sin él. Fue particularmente devastador verme apartada de sus reuniones familiares, con sus hijos. Creó dos mundos: uno en México y otro conmigo. Al último se entregó sin dilación en cuanto se despidió de México. Se sentía orgulloso de mostrarse como un hombre atractivo y agresivo ante la gente, pero era una coraza, porque en la intimidad siempre fue sensible y filosófico. Su crecimiento personal en aquellos contados días fue inmensurable. La fe nos da poder, para bien o para mal.

Su muerte, a mi lado, la viví como una profecía. Uno debe ser consciente del poder de sus palabras; no solo en su propia vida, sino también del poder que esas palabras ejercen en las vidas de aquellas personas a quienes se destinan. Lucho me habló de construir mi futuro.

Se convirtió en un desbordante Pigmalión sobrado de frases destinadas a utilizar en

diferentes momentos que habrían de venir. Adivinó que mis palabras no tendrían poder una vez me abandonara. Nadie me escucharía sin una preparación, ¿por qué habrían de hacerlo? Mi estatus no era deseado. ¿Qué influencia podría tener yo? Sus fascinantes discursos eran una advertencia. Preciso en el uso de las palabras. Me fascinaron sus advertencias.

—Cuando converses, hazlo con serenidad, asegúrate de que te escuchen y no te olviden. Tu único valor es, *a priori*, el exotismo. Cualquier formalismo excesivo se convertirá en una decepción.

Éramos amantes enamorados, integrados dentro de la polaridad de la edad, afectos y deseos cargados de emociones reprimidas ante un presente vacío de futuro. El ejercicio y el apetito saludable fueron vitales para mi propia salud. El destino no es enemigo ni amigo, sino un compañero que hay que aceptar. Sin temor a tomar la iniciativa, me brindó una ilusión que aún aprecio hoy. Su reconocimiento me enseñó que el fracaso no estaba destinado para mí. ¿Estábamos felices? Al menos, en mi forma de entender la felicidad en aquellos momentos. Una felicidad peculiar acompañada por la insistente sorpresa.

9

Se me había pasado la hora maquillándome y el chófer, cansado de esperar, pidió a mi asistente que me diera prisa. Lucho detestaba esperar, y yo sabía que no le gustaba que llegara tarde. Ese era uno de mis extravagantes y diabólicos problemas, mi incapacidad para prepararme con el tiempo suficiente para acabar puntual. No importaba con cuánta antelación empezara, nunca nunca, terminaba a tiempo. Nadie me había exigido tanta puntualidad como Lucho, y más en aquellos días. Para él, la puntualidad se hizo imprescindible.

—Julia, el chófer dice que se marcha, necesita recoger a un cliente de Japón con el que me he citado en el Four Seasons. ¿Crees que estarás a tiempo?

—Dile que ya salgo, que no se vaya.

Fue inútil; cuando salí, el coche no estaba. Lucho no regresó hasta entrada la noche. Irritado, confundido, me reprendió:

—Julia, espero no haberme equivocado contigo. He renunciado a mi familia porque estoy enamorado, porque veo en ti a una mujer única. Han sido años maravillosos a tu lado, pero sigues sin respetarme al no considerar mi tiempo.

—Lo siento, no me di cuenta de la hora.

—¡Pendeja!, ¿no te das cuenta de que tiempo es lo que no tenemos? En Japón una impuntualidad puede acabar con un contrato firmado.

Me eché a llorar. Me abrazó.

—Perdóname, perdóname. Soy un imbécil por hablarte así. La puntualidad nos da orden, nos prepara para asumir responsabilidades. Da valor a nuestra palabra. Sé que te pido un acto de disciplina, pero es importante que lo adquieras porque vas a estar a cargo de mis últimos momentos, de todo aquello que deje a tu cuidado. Vas a tener que luchar sola una gran batalla y no quiero que fracases. Me preocupo por ti, te quiero.

—Es una vida a contrarreloj —me quejé.

—Exactamente, eso es lo que es. Por eso la vamos a cumplir de la forma más eficaz para organizar nuestro tiempo. Mi tiempo es el tuyo, demuéstrame tu interés.

Mis lágrimas no animaron a Lucho a confiar en mi puntualidad, debía librar esa guerra yo sola, respetándolo, demostrando que era digna de merecerla.

Empecé a organizar mis calendarios con los suyos, en paralelo, sin distracciones, coordinando cada minuto hasta descubrir las causas de mis demoras para corregirlas. Esa

planificación me ayudó a no olvidar mis tareas.

Desde entonces, mantengo una saludable productividad que se ha traducido en éxito. Ese tedioso organizar cada semana una agenda es ahora parte de mi triunfo, y me doy cuenta de lo que vale el tiempo. De que las palabras tienen valor. Cuanto más cumples lo que dices, más se te respeta.

Lo primero que hice fue adelantar los relojes de la casa. Descubrí uno en cada habitación, para mi sorpresa, porque hasta entonces no me había percatado de su presencia. Empecé a escuchar su tictac, como el que hacía la pierna de Timotea, un tictac con principio y fin, y buscaba ese mismo sonido en los relojes.

Aquel empezar y terminar se integró en mí, era algo común, lo escuchaba en las noches en vela, cuando dormir se hacía imposible. Cuando Lucho respiraba en sueños bajo el efecto de sus pastillas, me levantaba a limpiar. Durante el día descubría manchas en la moqueta, en los muebles. Me flagelaba limpiando yo misma esos errores domésticos, confundida por mi falta de cuidado. La visión de la suciedad me acompañaba, las motas de polvo aumentaban el sonido del tictac. Se hicieron ensordecedoras y, con un cubo lleno de jabón y una esponja, restregaba en la noche las manchas de manera incesante. Unas veces al ritmo del reloj, otras más deprisa, otras más despacio.

Sin sorprenderme, el sol comenzó a molestarme. Temerosa de las manchas en mi piel, manchas que descubrí en la piel de Lucho, me obsesioné en busca de las sombras. Sus rayos me abrumaban. El sol ardiente de Los Ángeles trataba de robar mis deseos; al cerrar los ojos podía ver las motas de suciedad que dejaban en mi piel creciendo sin ser vistas. Lucho, a mi lado, me preguntaba por qué me distraía, por qué tenía tanto miedo al sol. Yo le mentía, le decía que no era bueno para la piel, no podía revelar cuánto me comía las entrañas esa obsesión con la suciedad. Para él, la vitamina del sol era una fuente de energía.

A las dos de la madrugada de ese mismo día, ya estaba rodilla al suelo, quemada sobre la moqueta, buscando aliviar la angustia de una mácula recién descubierta. Tanto me afanaba que lograba una mancha aún más grande, y no fue hasta que una de las nuevas chicas que trabajaban en la casa se quejó de mi limpieza que Lucho sospechó de mi angustia. La despedí de inmediato y a él le rogué cambiar la moqueta. Intrigado, volvió a preguntarme si me encontraba bien.

—Claro —mentí.

—Deja de preocuparte por las tareas domésticas, eso lo arreglo yo.

Él no quería pensar en aquellos nimios detalles, ni mucho menos fantasear que su adorada Venus afloraba en las noches convertida en fregona purificadora. Debía esconder mis angustias, que yo atribuí a un diabólico sortilegio, y empecé a dormir en una habitación contigua para no molestar el leve descanso de Lucho.

En el salón, el mármol se volvió opaco ante mis ojos, mezclé un poco de vinagre con agua tibia y lo esparcí. Con un paño descontaminé ese suelo lleno de mugre. Aliviada, me duché, encendí el incienso de mi altar y recé una oración a la Santa, pero entonces detecté una mancha en el sofá. Lo acabábamos de comprar.

Esperé la llegada de la mañana y llamé a la diseñadora encargada de la decoración para quejarme de la calidad de aquel sofá. Me dijo que iría a verlo esa misma tarde. Fiel a su palabra, envió a un equipo para limpiarlo. Complacida, conseguí dormir un par de horas en las que soñé que el sol quemaba mi piel. Por la parte chamuscada empezó a brotar mala hierba. Yo intentaba

arrancarla, pero la mancha negra se iba extendiendo mientras las raíces se mantenían dentro de mí.

Me desperté sudando. Lucho dormía, aparentemente tranquilo, así que me levanté y fui a la cocina. Me puse unos guantes de goma, cogí un cubo de agua, una esponja y sacrifiqué el sofá. A las cinco de la madrugada me metí en la cama, agotada. Por la mañana no estaba el sofá. Lucho se había deshecho del mueble con la ayuda de su asistente.

Llamé a Mo, a quien revelé mi situación. Ella me recomendó lorazepam. Pastillas clandestinas acomodadas distraídamente en cajitas de metal para escoltar mis zozobras. Una microdosis de calma.

10

Mi Pigmalión se entregó a mi educación. Sentía que estaba en deuda conmigo por abandonarme antes de lo previsto. Me pregunto ahora cómo imaginó tanto dentro de mí, cómo fue capaz de conocer mi interior, cómo adivinó los pasos que me deparaba el futuro. Siempre me dijo que la felicidad del ser humano estaba relacionada con sus expectativas.

—Sería arrogante creer que el mundo se va a parar a tus pies. Eso te lo tienes que ganar —repetía cuando me mostraba orgullosa por algo.

No hay día en que no me sienta en deuda con él porque a su lado aprendí a sacar lo mejor de mí. Pero también después, cuando me dejó, continuó enseñándome.

Su padre muerto lo obsesionaba, por él sabía cuánto el fantasma de una persona puede permanecer en una vida impulsándola hacia delante. Era intuitivo, saltaba del abrazo al zarpazo de manera inmediata. Me dijo que quería marcharse de este mundo pensando que no se había equivocado.

—He sacrificado a mi familia por estar contigo, sé que hice lo correcto. No puedes defraudarme. Si, después de muerto, haces tonterías con tu vida, desde donde esté me sentiré muy decepcionado.

Le contesté que mi vida era una aglomeración de fantasmas. Que no esperara un alojamiento individual. Se rio.

—Solo necesito un jardín para acampar.

Él fue quien me advirtió de la importancia de la cultura, de entender y abrir ventanas a otros mundos gracias al idioma. De cultivarme y ser agradecida, generosa dando tanto como recibo, de no olvidar nunca mis raíces. A su lado tomé clases de inglés, francés y chino. Aprendí arte, a conversar, a escribir sobre mi tabla rasa sin dejar de lado lo aprendido junto a Timotea. Tardes con Octavio Paz o con David Hockney fueron agua fresca en la ciénaga en la que me encontraba.

Lucho fue mi Pigmalión, en todo el sentido de la palabra. Con él volví a descubrir México.

Me moldeó a su manera, la Venus insolente y perfecta a quien se respeta la naturaleza y se le da forma. Los diez años juntos fueron una brisa rápida en mi vida, desprendiéndome de la humedad de Veracruz antes de trasplantarme por el mundo. Junto a él, me convertí en ciudadana internacional, pero ojo, sin despreciar una célula de mis raíces mexicanas.

Soy una mexicana de hueso aprendiendo a ser de todos sitios, porque nada es más hermoso que aprender las tradiciones ajenas respetando su idiosincrasia, encontrando puntos comunes

donde mirarnos. Pensar abriendo el corazón y la mente fue una lección más de Lucho. Se convirtió en mi preparador personal; sumando, multiplicando, dividiendo en mí hasta mostrar de lo que era capaz. Su legado vive todavía. Sus expectativas afectan mi capacidad de superación. Me ayudó a entender la consistencia calibrando con talento, midiendo en su metamorfosear mi destino. Era su profecía.

Hay muchos estudios que llaman «el efecto Pigmalión» a un fenómeno psicológico donde las grandes expectativas personales de otro te ayudan a mejorar tu rendimiento personal. De esa idea nace la historia escrita por Ovidio sobre el mitológico escultor griego que se enamoró de su obra y luego, incapaz de encontrar el amor humano, pidió a Afrodita, la diosa del amor, que diera vida a su estatua. Cuando su Venus se hizo carne, se casaron y vivieron felices para siempre con sus hijos.

Nosotros tuvimos una felicidad limitada por su enfermedad. Su fijación fue darme la vida que creía yo merecía. Me dotaba de una inteligencia que en ocasiones me confundía. Me permitió dirigir una de sus empresas, dedicada al arte y al entretenimiento. Por su confianza alcancé el puesto, pero mi falta de preparación universitaria creó algunos encontronazos. Me animó a entregarme en la tarea de producir, de organizar, exigiéndome una superación diaria para lograr los objetivos que me marcaba.

Uno de los artistas multidisciplinares que trabajaba a sus órdenes se envalentonó conmigo en las oficinas de Los Ángeles. Él había perdido jerarquía con mi llegada, por lo que no tardó en regalarme un dardo directo la mañana que nos encontramos de frente por el pasillo.

—Y ahora te crees la dueña, ¿verdad?

Por aquel entonces, no tenía la capacidad de ahora para responder a los ataques. Lucho me regaló una frase esa misma noche.

—Si alguien vuelve a decirte algo, contéstale que eres la dueña del dueño.

No se demoró la ocasión, al susodicho ejecutivo le faltó tiempo para volver a verse conmigo, y le contesté tal cual había sido preparada:

—Soy la dueña del dueño, ¿hay algún problema?

Tuve la suficiente cabeza como para no enfrentarme en los elegantes despachos de la productora, lo cual agradeció mi pareja, que lo entendió como una postura conciliadora.

—Tienes madera para ser la mejor embajadora de México que haya conocido el mundo. Estoy seguro de que será así. Ninguna actriz está a la altura de tu inteligencia, de esa sabiduría tan tuya.

De verdad, pienso que su percepción multiplicó mis expectativas, me ayudó a creerme. El efecto de sus palabras demostró en qué medida mi realidad era negociable, yo era manipulada por Lucho a propósito. Logró enseñarme a pensar, a percibir mis propias capacidades influyendo en mí. Sus expectativas pueden ser el resultado de un pensamiento sesgado o irracional, pero tuvo el poder de afectarme y cambiar mi camino.

La profecía de Lucho alteró mi destino.

El mito de la mujer creada por el hombre es una de las fantasías más potentes, cierto: la creación de la mujer perfecta destinada como amante para el devoto creador. En el caso de Lucho, sabía que nos faltaba tiempo. Sus manos firmes, suaves, me abandonaron cuando yo empezaba. Sé cuánto disfrutó sus últimos años, nuestra entrega fue tal que cada día lo vivimos como si fueran dos.

Bucear se convirtió en una terapia, saltábamos al mar sin pensar en otra cosa. La mente distraída solo por los bosques marinos nos invitaba a un equilibrio perdido en un medio diferente. En las profundidades del océano reposábamos la ansiedad, olvidábamos las preocupaciones y desconectábamos de las rutinas.

—Esa sensación de ingravidez me relaja. Bucear es volar —decía Lucho cuando nos preparábamos en el barco.

A los dos, el submarinismo nos cambió. Un deporte placentero, donde estás haciendo ejercicio sin darte cuenta. En mi bautizo de inmersión me dijo:

—Oriéntate, Julia. Si aprendes a usar tu brújula, vas a mejorar tu capacidad de orientación espacial.

La inmersión es una actividad ideal para una pareja; en esos días de meditación, puestas de sol y océano rodeados de peces de colores, aprendimos a comunicarnos bajo el agua mediante gestos, señales y miradas que nos emocionaban y unían en las profundidades. Nos llenamos de una felicidad que necesitábamos ante la tristeza de la superficie.

También tuvimos nuestros enfrentamientos. Cuando nos excedíamos en el ritmo de inmersión, yo me quejaba:

—Vas a necesitar mucha energía…

Pero Lucho respondía mal ante mi preocupación.

—No seas pendeja, Julia. Esto me fortalece.

A pesar del tirón de orejas, yo insistía:

—Debes cuidarte.

—No me pinches, que eres muy lista —terminaba él sin permitirme responder.

En las tardes, más tranquilo, me buscaba.

—Perdóname. He sido muy brusco. Te preocupas por mí, pero lo que tengo es inevitable. Déjame disfrutar lo poco que me queda. Haz el esfuerzo conmigo.

Entonces me rompía. No lloraba en su presencia nunca. Buscaba el ánimo necesario en mi altar, al que acudía con velas y agua que cambiaba diariamente. Mi plegaria silenciosa no parecía llegar a ninguna parte, pero yo insistía.

Otras veces salíamos a pasear en moto. Yo conducía mi Harley por las calles de Los Ángeles. A Lucho le gustaba agarrarse a mi cintura, lo llevaba a cenar a Madeo, a comer *pizza* a Sunset Boulevard, a sentir el viento por esa arteria de la ciudad que va desde el océano hasta el centro.

En la noche nos sentábamos con palomitas a ver películas en la sala de cine que teníamos en casa.

Recibíamos muchas visitas y siempre me impactó cómo las mujeres se deshacían ante Lucho, me celaba de sus fantasías. Me molestaba que se imaginaran entre sus brazos. Los hombres lo envidiaban.

Yo sabía que era única y lo era por haber conseguido enamorarlo con esa admiración desmedida hacia mi persona. Hasta el último día, Lucho se arregló con dedicación por él y por mí, sin perder su lealtad al cuidado personal. Otra obsesión que sin duda he heredado en mis rutinas diarias. Sigo echando de menos el bullicio a su alrededor, el contar los pasos con la esperanza colgada del corazón.

11

Hasta el día en que el médico diagnosticó a Lucho su enfermedad, yo le había considerado un hombre inmortal, o casi inmortal, con su vigor y su valentía a la hora de enfrentar experiencias. Pero la muerte acechaba nuestra felicidad.

Nuestro día a día no cambió al principio, pero el tratamiento y los dolores lo limitaron. Decidimos refugiarnos solos, frente al mar. Me convertí en su enfermera. Los cuidados paliativos fueron el único recurso ante el soterrado avance de aquel funesto germen. Recuerdo pasar horas contándole historias de terror que le divertían, y en esas noches, cuando se quedaba dormido, yo me levantaba a poner en hora los relojes, a limpiar las esquinas, a cambiar velas y agua para mis plegarias. Hacía ronda durante el día revisando lo que debía purificar por la noche. Me acostumbré a dormir dos horas.

Entre las historias que más le gustaban, estaba aquella de la enterradora que limpiaba tumbas en el camposanto y afirmaba que de una de ellas se levantaba un hombre arrastrando, intentando caminar con esfuerzo hasta la entrada, y al llegar a la puerta desaparecía en la reja con un quejido de dolor. Decía Timotea que ese pobre no quería morir, que su miedo a la muerte lo obligó a una larga agonía, su alma se resistía a irse y vagaba en pena entre los mundos. Lucho, divertido, decía:

—A ese no le gusta la tierra que le han puesto encima y está incómodo.

Nos reíamos de la muerte ante ella. No era macabro, sino una forma de entender su presencia. Cada día pensábamos en una aventura para pasar el tiempo, queríamos disfrutarlo al máximo y me sentía honrada.

Vivir tan en el presente nos abocó a probar, a reír, a descansar, a encontrar la fuerza para seguir probando y riendo, nos poníamos metas para poder aguantar juntos cada nuevo ciclo de quimioterapia.

Lucho no se apagó. En las semanas previas a nuestro último viaje de pesca organizamos una cena en casa. Un gran evento al que invitamos a muchos de nuestros amigos: poderosos hombres y mujeres de negocios, actrices, actores, políticos de un lado y otro de la frontera. Dejó a mi cargo los detalles de aquella cena que solo él y yo sabíamos que era una despedida. Su confianza llenaba de admiración mi corazón entregado.

—Debemos empezar con la lista de invitados para la fiesta que vamos a organizar —me decía cuando me encontraba callada en la cocina.

La rutina era un arma para librar su siguiente batalla con la quimioterapia. Uno es capaz de encontrar una resistencia interior desconocida cuando se ve afectado por situaciones extremas, sin acertar a entender de dónde surge esa valentía, esa entereza.

Nadie de las doscientas personas invitadas supo que aquel evento era un adiós. Lucho apareció robusto y bronceado, disimulando ante su impecable exterior ese mortecino destrozo interior. Decidimos combinar nuestros atuendos; en blanco y negro, los dos a la medida, confeccionados en París y llevados en avión. Hicimos viajar desde Ciudad de México a tres de sus chefs favoritos; yo ya, en aquellos momentos, vivía obsesionada con una dieta baja en carbohidratos, comiendo solo proteínas y vegetales, por lo que decidí también contratar a una cocinera de Los Ángeles.

—Quiero dejarles con la boca abierta, que salgan asombrados y hablen de esa cena durante años. Debe ser inolvidable, eso quiero que digan cuando salgan. Vamos, que cuelgo de los huevos a quien no lo diga —me repetía Lucho por las mañanas cuando me veía con mi cuaderno y la agenda.

Impulsivo y obtuso, esas semanas previas fueron demoledoras e intensas. Obsesionado con la perfección, Lucho me sometía a cuestionarios diarios. Redacté menús, contraté decorados, flores, seguros ante eventualidades, encargué nuestro vestuario, repasé cada invitación, cada invitado, al fotógrafo, a los chefs… También investigué quién conocía a quién, sentando a amantes lejos de esposas, financieros enfrentados; averigüé la dieta de cada uno de ellos para no cometer errores, sus alergias, y así pasaba las horas entregada a una liturgia orquestada, antes de su partida.

Se hizo cotidiana esa forma de normalizar la anomalía previa a la muerte. Y lo pensé, incapaz de verbalizarlo. Sabía que echaría de menos aquellas horas con él riendo en la cocina, tomando expresos con corteza de limón todavía en pijama. Entendía que me abandonaba y no me sentía preparada. Luego meditábamos juntos, hacíamos ejercicio. Le miraba por el espejo ducharse, limpiar el vaho, peinarse. Esa cadencia personal; el afeitado, la colonia, el desodorante. La toalla en la cintura. Su pelo cano hacia atrás. Dolía admirarlo, amarlo entre la angustia, cada día era uno menos sin ese magnífico ejemplar ante mis ojos; por eso, cada tarde primero y luego con más frecuencia durante el día, me acercaba a mis vírgenes, a mi oráculo personal, a pedir por el milagro de un día más de esa rutina, y rezaba, pero no solo rezaba.

Repasé algunos hechizos de Timotea, tabulando si la magia podría ayudarnos.

Encontraba consuelo a la desazón del miedo que también me provocaba la fiesta, porque sabía que muchos de los invitados me despreciaban. Ellos, sin saber cómo rondaba la muerte, y yo pretendiendo una altivez que no sentía. De aquellos amigos que asistieron, más de uno se resiente veinte años después y me sigue despreciando por callar su estado, culpándome de la decisión de Lucho de despedirse a la francesa.

La fiesta fue un éxito brutal desde el preámbulo hasta la recogida; él estuvo impetuoso y yo responsable y glamurosa. Fue una velada bañada en champán, en joyas, en multitud, en desafío, y de una fundamental tristeza imposible de despegar de mi sonrisa.

Lucho acarició mi hombro cuando yo, con los zapatos de tacón colgando de la mano, despedía a la última pareja: Mo y César, únicos soldados de mi patrulla. Lo seguí. Llevaba una botella de agua fría para mis pies descalzos. Me ayudó a vaciar su contenido acariciando la piel. Sus dedos se divertían entre los míos, masajeando el cansancio.

—Soberbia, has estado soberbia. Te estoy tan agradecido por enseñarme a madurar, a crecer,

junto a una mujer como nunca supe.

Sus lágrimas caían sobre mis pies húmedos, besé su rostro, acaricié su cara. Nos abrazamos con ternura infinita. Allí, en el jardín, sobre la tierra húmeda fuimos el hechizo de los amantes. Desposeídos de esperanza, plantamos un presente de mimos, de caricias, de cariño. Tan íntimos en plena naturaleza que nos dio miedo hacer ruido por temor a despertar al diablo antes de tiempo.

Lucho se levantó temprano y se marchó, debía encontrarse con sus hijos, que habían llegado de México a pasar unos días. Yo me quedé esperándolo casi sin tiempo.

12

—Julia, no puedes estar pensando en lo que no tienes, anhelando éxito, oportunidades, una vida excitante. Tú eres quien debe construir ese reconocimiento. Enfoca en tu deseo y despégate del anhelo, identifica el objeto del deseo y haz un mapa de cómo conseguirlo escribiendo con sumo detalle lo que quieres —así me despidió Lucho, mi maestro, un compañero para quien era importante llenar su vida de belleza y conocimiento.

La belleza de observar un talento. Un ejercicio que pocos eligen, aun cuando es un trabajo muy simple, pocos se sientan a observar mientras el tiempo avanza preciso. Lo menciono porque tiene relación con Timotea, quien siempre me repetía lo importante que es mirar lo que no vemos.

Yo no quise ver lo importante que fue compartir mi vida con alguien que te importa y a quien le importas, con quien te diviertes y puedes salir a bailar, con quien envejecer sin perder un solo instante.

La noche previa a la gran despedida me preparé a conciencia, dándome el capricho de llenar la bañera con agua caliente y pétalos de rosa. Puse música y agarré una de las mejores botellas de vino de la bodega. Un lujo, un capricho ante una velada que me alteraba. Intenté meditar, pero solo pensaba en cómo mi vida iba a cambiar después de esos nueve años juntos tan concisos.

Una vez el agua quedó tibia, me sequé con la toalla y me puse uno de los pijamas de seda de Lucho. Me quedaba enorme. Olía a él, porque lo había usado la noche anterior. Le gustaba ponerse una colonia por la mañana y otra para irse a dormir. No pude evitar gemir de dolor. Tumbada en la cama, esperé a que llegase. Lucho tenía que atender una llamada desde Europa y no se acostaría hasta muy tarde.

Lo hacía demasiado a menudo, apenas dormía tres o cuatro horas los días que se dedicaba a trabajar, algo que ocurría cada vez con menos frecuencia porque su vigor se le escapaba. Poco a poco fui quedándome dormida, y en sueños me sentí asediada, perseguida por una turba de gente que no se dejaba ver. Me desperté sobresaltada, Lucho acababa de entrar en la habitación.

—Perdóname, corazón. Te he despertado.

—No importa, quería despertarme.

Él se abrazó a mí, me quitó el pijama, hicimos el amor y ambos lloramos cuando acabamos y el frío de la noche nos obligó a taparnos con el edredón.

Doscientos invitados habían sido testigos de nuestra última fiesta y, aunque ninguno conoció

el motivo de la invitación, sus hijos sí sospechaban. Después de su muerte, me cosieron a preguntas, me cuestionaron como si yo hubiera convencido a Lucho de no compartir con ellos su enfermedad.

La relación con su familia nunca fue fluida, entre ellos y yo existía un cristal que nos separaba. Sin entender realmente qué buscaban de mí, proyectaron sus anhelos dejándome la certeza de un desafío más grande del que yo podía enfrentar sola. Así me lo dejaron saber en Los Ángeles; amenazada, atacada y sola.

Muchos fueron los amigos a quienes pidieron que me abandonaran y muchos lo hicieron temerosos de las consecuencias.

Tras la muerte de Lucho, tuve meses de dolor, otros en los que me comporté como una yegua desbocada por las circunstancias, hasta que recibí la llamada de la muerte de Timotea. Si mis fantasmas quisieron poner bridas a la locura, lo consiguieron con esa llamada.

Llegué a Veracruz a media tarde con la idea de pasar apenas unas horas, con miedo a que los hijos de Lucho me metieran en la cárcel. Quería irme pronto, pero una tormenta me obligó a quedarme. No le conté a nadie mi visita, solo mi hermana lo sabía. Conociendo la muerte de Lucho y de Timotea y el mal tiempo en la ciudad, Lucía tuvo la delicadeza de enviarme una bandeja de chilaquiles, un pastel de chaya y una botella de tequila a mi casa, donde descubrí, sin sorpresa, que nadie la había estado cuidando.

Me impactó la podredumbre en los marcos de las puertas, la enorme cantidad de telas de arañas cargadas de mosquitos, escarabajos y hojas. El polvo hacía caminos dentro de las habitaciones, provocándome una retahíla de estornudos. Incapaz de atreverme a subir al piso de arriba, me quedé en la cocina. Aguantando la humedad hasta entumirme. Hoy la casa la mantengo yo, abierta con una gobernadora que la limpia y adecenta cada día para la vida inexistente de esos cuartos.

Esa noche Veracruz se volvió oscura. En la cocina, que olía milagrosamente a Timotea, apacigüé mi dolor. El olor purificaba mi fragmentada existencia. Me puse a pensar qué deseaba hacer con mi vida. Las palabras de Lucho surgían a mi alrededor, me envolvían: «Inaccesible, debes ser inaccesible para aquello que anhelas. No te compliques la vida, nada es para siempre». Frases expresadas de forma práctica, pero que, en aquellos momentos, se volvieron esenciales.

Activé mis deseos con cada uno de mis sentidos, en un intento de reconciliarme con la naturaleza y concebir luz en aquella tenebrosa realidad.

Estaba tan integrada en mi esfera con Lucho que me olvidé de frecuentar a los amigos. A mi familia. La reinvención, en ocasiones, surge de un secreto por una mera necesidad de supervivencia.

Debía concentrarme en lo que deseaba; sintiéndolo, tocándolo, escuchándolo, mirándolo, experimentándolo en mi cuerpo. Evocar ese deseo en mi imaginación como si estuviera sucediendo me llevó a verme en Madrid buscando al Hombre de Metal, y aunque me burle de mi imaginación, comencé a creerlo, a irradiar, a entender lo que Lucho vio o adivinó en aquella cena.

Verifiqué al detalle cada recuerdo de nuestra experiencia intentando encontrar un aspecto negativo, un bloqueo personal que me impidiera acometer lo que estaba dispuesta a hacer por mucha locura que me pareciese. Reconocí mi miedo al adentrarme en aquel espacio desconocido, sintiendo invariablemente un escalofrío de excitación.

En aquel año entre la muerte de Lucho y mi llegada a Madrid, entendí mis preocupaciones, mi dolor, mi miedo, mis dudas. Trabajé con mi interior para ganar confianza y fortalecer la creencia de que podía conseguir lo que deseaba, aunque hasta esa noche en Veracruz no lo supiese. Me pregunté: ¿cuál es el siguiente paso que debes dar para crear aquel deseo? Abandoné a un lado mi herida, la decepción de la muerte, y borré mi pizarra para volver a escribir en ella. Fue Lucho quien me mandó en dirección al Hombre de Metal, él me sugirió invitarlo a nuestra fiesta, él dijo que me admiraba con miradas de deseo. Que lo buscara si lo necesitaba.

Decidí actuar como si ya tuviera lo que deseaba. Llamé a Mo, consciente de que en Los Ángeles vivían tres horas por detrás y le pedí que me ayudara comprando un billete en primera clase desde Miami a Madrid.

—¿Qué vas a hacer en Madrid? —me preguntó un tanto sorprendida.

—Es por un asunto de Lucho —le contesté sin mentir, aunque sin ser completamente sincera.

—Cuando lo tenga, te aviso. ¿Necesitas salir a alguna hora?

—Mi avión de Veracruz a Miami aterrizará a las doce del mediodía, así que mejor por la noche, para que me dé tiempo a llegar.

—Muy bien. Recibirás un mensaje con los detalles del viaje. ¿Cómo estás?

—Sentada en la cocina de casa, acordándome de mis padres bajo un cielo que amenaza tormenta —le dije con un ataque de congoja en la garganta.

—¿Por qué huyes, cariño? Ven a casa, quédate con nosotros unas semanas, hasta que te encuentres mejor. Ya sabes cómo te quiere César, cómo te quiero yo. Ven. Deja que te cuidemos —me dijo con su generosa amabilidad de siempre.

—No te preocupes. Estoy bien. Pásame los datos cuando puedas y muchas gracias —contesté abruptamente, despidiéndome de ella.

Creativa y espontánea, Mo no solo me consiguió un billete a Madrid, sino que hizo una reserva en el hotel Miguel Ángel que amablemente pagó con su propia tarjeta de crédito. Con la puerta de la oportunidad abriéndose ante mí, me senté a mirar la jacarandá, primera imagen de la derrota familiar.

Me serví un tequila de la botella que mi hermana había incluido entre las viandas de bienvenida. Para ella, las cosas no suceden lo suficientemente rápido. Han pasado los años y no se cumplen sus deseos. Como solía decir mi madre: «No pierdas el momento, Julia. Que luego no regresa».

Soy incapaz de adivinar el futuro, pero puedo elegir cómo vivir. Podía quedarme allí, bloqueada en el pasado, o marcharme permitiendo que el presente sucediera. Quedó la jacarandá sometida por el viento sin las flores de su orgullo, ella árbol y yo mujer, ambas asediadas por el desasosiego. Podía mirar aquel maravilloso ejemplar durante horas mientras sus hojas se estremecían. Su caída irritaba mi paciencia. Era imposible batir la constancia del viento golpeando en su hermosura, ambas preciosas y arraigadas a una misma naturaleza. Batiéndose en silencio.

En la despensa quedó oculta fruta convertida en almíbar. Esa jacarandá era mi incertidumbre; ya sin loros, sin Lucho, con el padre ausente, a sus pies llegué a enterrar a Timotea. Y desde donde volvería a huir a mi destino.

Por la ventana de la cocina miré el árbol desamueblado, golpeado sin perdón, girando en su absurdo contoneo. Soñé esa noche tan solitaria con el deseo de la familia ausente. El anhelo a mi

lado de unos hijos para los que en diez años nunca encontré tiempo y que ahora ya no existirían.

En mi despedida, dibujé en la tierra un corazón dedicado a esa mujer, a ese hombre, ambos convertidos en paisaje.

Antes de comenzar a describir el hechizo de las piedras de los deseos, debo reconocer que Timotea me insistió en no usarlo. «Debes tener cuidado con lo que deseas, porque luego nos arrepentimos de lo que hemos pedido». Ella no veía bien utilizar la intención si era para manipular el libre albedrío de otras personas, porque, con la magia, te puede salir el tiro por la culata, tanto en el caso de cumplir el deseo o porque no se haga realidad.

Con el Hombre de Metal el hechizo de los deseos se manifestó enorme. Y yo que pensaba que no iba a proporcionarme resultados, todo lo contrario, ha sido el hechizo más poderoso de mi vida. Un deseo aclimatado por la paciencia y la voluntad. En realidad, no requiere ninguna práctica previa, ni rituales complicados ni poder mágico extremo, y tampoco es complicado manifestarlo.

Solo necesité imaginación y algunas piedras. Piedras simples, pequeñas, recolectadas en la playa de Veracruz en mitad de la noche densa.

Lo primero que hice fue decidir el deseo.

Luego salí en busca de las piedras con una bolsa de tela. Creo que me excedí, porque volví con más de una docena, sincronizadas en tamaño, convencida de encontrar el poder de la naturaleza en ellas.

Las lavé con agua dulce, las marqué con tequila a falta de aceite de salvia, tratando de potenciar el sortilegio mientras sostenía las piedras entre mis palmas. Meditaba el deseo. Dejé que la energía fluyera de mis manos, visualizando una cinta dorada a su alrededor que irradiaba mi deseo al cosmos.

Luego salí de mi estado meditativo buscando el lugar correcto para colocarlas. Decidí ponerlas en la puerta de la entrada de la cocina, un lugar abierto, sin paredes.

Era mi voz al universo.

De madrugada repetí el procedimiento con las piedras que había reservado, dejándolas en círculo con la intención de potenciar aún más el hechizo. Tres meses después de ver cumplido el deseo, regresé a Veracruz y lavé las piedras con agua salada primero, luego con agua limpia y las devolví a su lugar original. Aún pienso que aquel deseo fue un desatino más de mi fantasía.

Mi incursión en Veracruz, a escondidas, la hice con el miedo de encontrarme en una cárcel por culpa de testamentos redactados perfectamente. Voy a seguir luchando por caminar a contracorriente: si ellos van hacia un lado, yo iré hacia otro escoltada por fantasmas. Temerosa del látigo de este patriarcado indecente que pretende tomarme por pendeja. Yo quería ir a enterrar a Timotea con mis propias manos. Y lo hice, pero me fui huyendo.

Al día siguiente, cargada de miedos, aterricé en Madrid.

13

¿Cómo me fijé en el Hombre de Metal? Fue Lucho quien se fijó, él me invitó a buscarlo; tal vez, sin su sugerencia, no habría terminado a su lado. Durante la cena en Los Ángeles, Lucho me dijo: «Has visto cómo te mira ese hombre, se ve que le gustas. Es un poderoso financiero español. En menos de media hora, me ha preguntado por ti dos veces. No, no tiene vergüenza y se sabe poderoso. Cuando no esté, si necesitas ayuda, acude a él». Habló convencido. Y no olvidé esas palabras. Al parecer, le impactó, como un halago, lo afortunado que era por tenerme a su lado.

En la fiesta crucé una sola mirada con el Hombre de Metal. Una anécdota irrelevante y que no la recordaría si no me hubieran pedido prestarle atención en aquella hermosa noche. La afinidad de Lucho con El Hombre de Metal, al que dedicó varios comentarios en las semanas siguientes, me intrigó. Maldita curiosidad.

La guardia pretoriana mexicana se puso en marcha con paso firme tras la muerte de mi marido, obligándome a huir. Sus tentáculos en el poder fueron cerrándose primero con la exmujer de mi marido y luego conmigo, pero yo no estaba viviendo en México y no me pudieron encerrar. Obligada por necesidad a enfrentarme a ellos, la instrucción del caso llegó a los tribunales cargada de imaginación y apelativos malsonantes contra mi persona. Contaban con el poder político y mediático. Yo estaba sola, anclada sobre un océano de dudas. Creo que he colapsado los medios en varias ocasiones y esa fue una de ellas.

Por eso me fui a España, por eso puse el Atlántico por medio. Tenía miedo. Al fin y al cabo, desciendo de españoles, allí siempre me he sentido en casa. A las pocas horas de llegar a Madrid, estaba apretando el botón del ascensor que habría de llevarme hasta el último piso de las oficinas donde tenía su despacho el Hombre de Metal.

Moreno, callado, grueso en sus formas, había conseguido una posición envidiable. Un trabajo exquisito. De los mejores asesores entre los capitales de inversión y la política, es decir, entre el poder y «la pasta». Estiré con cuidado el vestido en el ascensor; al mirarme en el espejo, descubrí arrugas nuevas, señal de mi falta de sueño. Si tuve un segundo de miedo, me recompuse.

Estaba saliendo a un espacio desconocido con el objetivo de sobrevivir mientras la lección de Lucho martilleaba en mi cabeza: «Si necesitas ir a verlo, recuerda: no digas todo lo que sepas, ni los motivos por los que vas. Vendería a su madre si tuviera que hacerlo, pero creo que ha perdido la cabeza contigo».

Lo había estudiado por Internet antes de citarme con él, y llegué con la errónea idea de encontrar a un tipo brillante de existencia aburrida y un ego tan desbordante como el protagonista de *Los Soprano*; en esto último no me equivoqué. Era tan vulgar, tan espeluznante como Tony Soprano, aunque mejor vestido. Su carrera hasta la cima había sido meteórica, en parte por sus relaciones personales con miembros del Gobierno, en parte por su ambición sin escrúpulos, que escondía en una propaganda personal ilícita.

Cuando el ascensor se abrió en su despacho, su rostro confesó la admiración que yo le provocaba y le cogí el gusto a esa mirada embobada. No se sorprendió al verme. Enseguida se mostró disponible.

—Estoy al tanto del desastre de la herencia y muy agradecido de que hayas aceptado mi invitación a ayudarte. Me han contado las turbulentas reacciones de los socios de Lucho contra su legado. Siempre le dije que estaba a tu disposición.

Me habló en un tono amable, algo meloso. El sabor a metal en mi boca se hizo presente, la lengua se me pegó al paladar.

—¿Tienes un vaso de agua? —le pregunté aturdida ante la reacción de mi cuerpo a su persona.

—Cuando uno se mueve con destreza por los despachos poniendo atención, escucha cosas —seguía hablando sin prestar atención a mis palabras.

—¿Podrías regalarme un vaso de agua? —insistí.

Debería haber salido corriendo, lo sé. Pero no tenía a quién acudir. Bebí el agua que, finalmente, me dio.

—Lucho fue quien me animó a que te buscase. Me lo dijo en la última cena. —Callé sintiendo las lágrimas brotar.

—No te preocupes —dijo, dándome un pañuelo y poniendo su brazo alrededor de mis hombros—. Este enredo lo vamos a solucionar. ¿Qué te parece si te invito a cenar?

14

¿Qué sucede con las parejas? Pasado el tiempo de la ceguera, se rompe el espejismo, la ilusión desaparece y nos quedamos unidos a una falsedad por efecto del miedo.

Iba a ser garantía de una existencia sumida en el terror estar unida a un hombre disfuncional y cruel, estigmatizado por su sociedad, que me acusaba de sus corruptelas cuando jamás he sido cómplice de sus negocios. Con cada oportunidad, surgía una cueva escondida llena de tesoros que había sido sellada con sumo cuidado; pasado un tiempo, movía ese tesoro a alguna de sus cloacas. Compraba a su antojo favores influyendo en decisiones políticas destinadas a cambiar el futuro del grupo más débil.

Era implacable.

Reconozco sentirme tan ciega como él en el tiempo del enamoramiento, convencida de estar feliz en sus brazos. Era halagador su narcisismo, porque yo era protagonista, pero no me veía como con Lucho, no, yo era una extensión de su ego. Su fascinación por sí mismo lo llevó a inventar un amor a imagen y semejanza de su deseo.

Nuestras diferencias surgieron desde el principio; sin embargo, no hubo tiempo de masticar sentido común cuando supimos de mi embarazo. Esa alegría, que consideraba un regalo de Lucho y Timotea, anegó mi ceguera. Volví a Los Ángeles, él me siguió.

Fueron meses rápidos, cargados de luchas políticas, intrigas, influencias destinadas a organizar el nuevo orden mientras tratábamos de digerir los golpes que nos llegaban desde varios lugares del mundo. El Hombre de Metal ostentó su liderazgo poniendo a la gente en pie, manejando con disciplina sus conocidas prácticas. Perdió muchos privilegios en grupos de presión, aunque al quedar desplazado en su país, se acercó a mis amigos, a los conocidos de Lucho, que nos asistieron sin hacer demasiadas preguntas. El Hombre de Metal consiguió, no sé ni cómo, grandes sumas de dinero, adivino que hurgó en su pasado para salir airoso, un pasado cargado de campañas encubiertas, compra de adjudicaciones y algún chantaje mal manejado.

En Los Ángeles nos instalamos en la casa que había comprado con Lucho. Él en calidad de rey consorte y yo de reina madre. La llegada de nuestra primera hija fue motivo de alegría. Recién llegados del hospital, nos sentamos en la terraza a contemplar la caída del sol.

—Es hermoso este atardecer. Nuestra hija nos ha traído la felicidad, ¿verdad?

Aquellas palabras asomaban dudas que no me atreví a entender. Allí estaba, el día más feliz de mi vida, sumida en una peligrosa nostalgia interior.

—Magnífico jardín. Estoy de acuerdo. La arquitectura de la casa de la piscina es exquisita. Yo también estoy feliz.

Lo miré aturdida y me pregunté: ¿cuántas veces necesita alguien ser golpeado para no sentir los golpes? Asocié su respuesta al hábito de pensar primero en lo material, en la construcción, en el poder. Aunque nunca fue ni la mitad de poderoso que Lucho.

Durante los primeros días se sentaba en la terraza con el bebé a su lado mirando por la ventana, escuchando correr el agua de la fuente junto a nuestra habitación. Disfrutaba de no estar rodeado de una multitud de vecinos. Valoraba la tranquilidad de aquel oasis en mitad de una ciudad tan ruidosa como Los Ángeles.

Yo pensaba constantemente en Lucho, sobre todo durante el desayuno, mientras me servía un expreso sin cafeína con una corteza de limón. Habría bastado una mirada suya para saber que corría peligro. Un peligro que, de no haber vivido bajo aquella presión, lo habría intuido por mí misma.

Los ojos tiernos, ojos grises del Hombre de Metal mostraban, de vez en cuando, una amabilidad desconcertante. Se había instalado en casa de otro con arrogancia, poseyéndola a la fuerza. La casa también fue víctima de su presencia. Nos dio muchos problemas. Fueron meses en los que tuvimos que cambiar tuberías, la bomba de la piscina, renovar parte del tejado, cortar árboles que obstaculizaban la alarma de incendios. Una sangría financiera, según mi marido.

En un principio, no me molestó su agrio egoísmo; si me había mostrado tensa con ciertas actitudes suyas no fue por desconfianza, sino por la sorprendente reacción de mi cuerpo ante él. Es un mito que las cosas cambian o se arreglan con la llegada de los hijos. El nacimiento de mi primera hija no mitigó en mi lengua el sabor a metal. La pesadez del óxido en mi boca me llevó a buscar una solución de médico en médico. Nadie dio con la causa.

Con el metal, huyó el deseo. Él se confesaba atraído por mi belleza.

—Si no fueras distinguida, no me habría fijado en ti. No soy de los que se enamoran de un buen culo.

Me disgustaba su forma de hablar. Con la ironía propia de mi personalidad, le contesté con un beso. Mis besos hicieron saltar por los aires muchas promesas.

—Tienes una piel suave y cálida —dijo la noche que nos conocimos, antes de volver a besarme. Callado.

No estaba acostumbrada a los silencios de un hombre.

—¿Qué crees que quiero contigo? —preguntó y me sentí frágil.

Estaba segura de querer empezar algo serio con aquel hombre, pero hasta hoy cuestiono si mi fragilidad en aquellos momentos coaccionó mi futuro.

—Me gustas. Eres un dulce diablo —dijo, sonriendo tranquilamente.

15

Descubrí en el arte una expresión de mi creatividad, no tanto como creadora sino como catalizadora de contenido. Escapaba del Hombre de Metal obsesionándome con la idea de la concepción de una colección de arte moderno y vanguardista, reflejo de mi propia visión de la vida.

Me he atrevido en algunos momentos a gastar mi presupuesto completo en obras de arte, una extravagancia que me ha permitido liberarme del yugo de mi matrimonio. Recuerdo un día en Miami, después de comprar una escultura, decirle a la amiga y asesora que me acompañaba: «Son las once de la mañana, necesito un tequila porque me he quedado únicamente con la reserva de mis gastos para este mes». Me asusté, y no tanto por la dieta a la que me obligaba, sino por la situación durante mi divorcio, cuando no tenía idea de dónde iba a acabar viviendo con mis hijas.

Durante los primeros años de mi matrimonio, me entregué a educar a las niñas, a cuidar de la casa, pero también a construir un camino. Leía en mis descansos sobre arte, tal y como Lucho me dijo que hiciera. «Siempre hacia delante». Me mantenía informada de las novedades, acudía a exposiciones con expertos y amigos compradores, y así fui organizando mis pasos en un mundo en el que sigo porque estoy convencida de que me enriquece como persona.

Hoy entrego más tiempo a la búsqueda de la mejor artesanía en México, recorriendo el país de una punta a otra en mi labor de promover el trabajo de las artesanas, y no tanto a formalizar una gran colección, aunque es cierto que ya la tengo. He formado una compañía tipo cooperativa, en asociación con una comunidad de mujeres costureras de Oaxaca con el fin de promocionar y ayudar a exportar sus productos en el mercado internacional.

Ellas son una parte integral de mi empresa de accesorios. He descubierto que mi gusto se ajusta al suyo. Mis necesidades son las suyas. Compartimos creencias. Ellas me han unido de nuevo a mis raíces, mi corazón ha cambiado dramáticamente con este desprendimiento interior, y me siento orgullosa de ver su trabajo entre el lujo de firmas internacionales. No albergo rencor hacia las raíces españolas ni renuncio a ellas, pero mi instinto me obliga a identificarme con el espíritu de México. Una necesidad biológica, fundamental para mi supervivencia.

La terquedad es parte de su naturaleza y de la mía, ellas no quieren casas suntuosas ni alhajas, son como los caracoles cargando su ajuar consigo. Es tanto su amor a la tierra en que nacieron que apenas se mueven. No se mudan lejos, siempre rodeadas de su familia. En eso

tampoco somos diferentes, aunque viajar sea algo que entendamos de formas distintas.

Mis artesanas me han devuelto las ganas de superarme, de retarme y trabajar bajo presión; ellas son importantes para mí, y yo para la vida de ellas; juntas nos hemos liberado del engorro de vivir mantenidas por maridos que abusan de su trabajo.

Junto a ellas he vuelto a convivir con esa pieza oxidada de mi naturaleza. Sé que he acertado, su talento me invita a investigar en la historia de México, a revitalizar un legado con las tendencias del momento.

Por primera vez, en aquel tiempo convulso, no me detuve a contemplar las puestas de sol, sino a estudiar, a leer.

La tarde de mi debut como compradora me encontré con los codos apoyados sobre la mesa de la cocina y el té frío sobre la mesa. Andaba leyendo una revista de subastas cuando un cuadro despertó mi atención. Me quité las gafas de lectura, las aparté, metí un marcapáginas en la revista y la cerré. Levanté el teléfono.

—Mo, ¿me acompañas mañana a una subasta? Quiero comprar mi primera pieza en persona.

A mi cuñada le entusiasmó la idea y quedamos en que pasaría a recogerme a las ocho de la mañana.

—Cuando alguien se siente vulnerable y toma decisiones, lo hace porque ha llegado a un punto sin retorno. Vuelves a tener control.

No hablaba de la subasta, ni de la pieza que iba a comprar, quedé callada unos segundos.

—Tengo motivos de sobra para mandarle a la mierda, pero no estoy preparada.

—Lo sé y no entiendo cómo has esperado tanto.

—La costumbre —respondí, barriendo lágrimas de mis ojos.

—Cariño, debes estar con quien te guste pasar el tiempo. Es ridículo que te atormentes.

Le di las gracias y colgué el auricular. «Sí —me dije—. No puedo continuar».

En mi razón de ser como coleccionista he encontrado que comprar arte es cosa de sentimientos y emociones que quedan de alguna manera en la obra. Jamás me he dejado llevar por flechazos, o eso creo, aunque mi relato se torció cuando cometí el error de unirme al Hombre de Metal.

Pero he aprendido a reflexionar. Para mí, la trayectoria de un artista es importante, aunque también el discurso en la relación emocional con su obra. Apostar por alguien no consagrado puede ser muy satisfactorio; en mi caso, es un compromiso personal, como el que ahora mantengo con mis artesanas.

Lo que más me gusta de coleccionar es el proceso de búsqueda, encontrar ese objeto fuera de lo común que tiene una historia que contar. Junto a Lucho, recibí la famosa llamada del coleccionismo; sin embargo, no me atreví a ejercerla. Fue una tarde a solas cuando esa necesidad me invitó a reinventarme dentro del arte.

Yo, como muchos otros, soy ordenada y cuidadosa, casi obsesiva, en mi búsqueda por encontrar objetos con voz propia que hablan directamente a mis sentidos. Mi colección es, en conjunto, mi narrativa. Una constelación de objetos conviviendo con mi realidad; reflejando mis alegrías, tristezas, ansiedades y tensiones. Y me gusta.

Descubrir a las artesanas de México fue uno de esos encantamientos que surgen por el azar. Un honor que me enamora porque invertir en ellas es invertir en mí. No me mueve un motivo egoísta, qué va, al contrario: si algo me emociona es aprender con ellas, porque las admiro.

Porque me recuerdan a mi tiempo junto a Timotea. Me encuentro más cerca de las mujeres artesanas rurales de México que de mis contemporáneas en la alta sociedad. Gracias a ellas me siento embajadora de México, de su México, en el mundo.

Ellas son mis hadas y así las llamo.

—¿Por qué hadas? —me preguntó Xotzil, la portavoz del grupo, una de las pocas que ha terminado la secundaria y se puede encargar de los números junto a un administrador, aunque yo personalmente reviso que reciban la parte que les pertenece de las ganancias.

—Os imagino tan poderosas como las hadas. Las hadas viven en el bosque y se suelen esconder porque la gente no sabe cómo tratarlas.

Xotzil se rio al escucharme.

—Tienes razón. Pero también nos gusta el reconocimiento. No vas a escudarte en nosotras para conseguir tus propósitos personales.

—El agua y la sal. Os lo daré todo al final —le dije.

La conocí en una feria de turismo a la que asistí con una amiga, acompañándola por casualidad a San Cristóbal de las Casas. Me gustaron los objetos de su puesto, la pulcritud en la ornamentación, la belleza en la delicadeza. Antes de ser aceptada como su representante fuera de México, Xotzil me citó en la plaza donde nos encontramos por primera vez, a unos dieciocho kilómetros de su pequeño pueblo, poco antes de la caída de la tarde. La mujer, al encontrarme, me dirigió una extraña mirada.

—Tenga cuidado con el sereno, ese frío sabe entrar en el cuerpo. Venga conmigo, vamos más allá de la plaza, a dar un paseo por la colina. Allí viven algunas de las trabajadoras. Es poco realista querer asociarse a ellas sin conocerlas —me dijo.

—Pronto se hará de noche, ¿no crees que es mejor que vayamos mañana?

Su expresión me confirmó que no era la reacción esperada. Se despidió con un «Bueno pues, adiós» que me hizo cambiar de opinión.

Con ella me aventuré por un camino empedrado alejándonos de la plaza del mercado de San Cristóbal. El aire se volvió helado en el bosque, yo no estaba preparada y mis brazos desnudos sintieron la caída del sereno como un cuchillo. Xotzil me prestó su rebozo azul, bordado con grandes flores naranjas.

—Tenga, póngaselo. Con cubrirse será suficiente para no sentir el hielo del sereno. Le agradezco que venga. Ellas entenderán su valor y usted a estas mujeres.

Para mi sorpresa, una camioneta nos esperaba al final del camino para llevarnos hasta San Juan Chamula, donde un gran grupo de mujeres se había reunido en la iglesia central del pueblo.

El lugar me impactó, una sola nave cubierta con techo de madera y tejas, con una capilla de planta cuadrada un poco más elevada que la nave. Los muros, construidos de ladrillos y piedra sin labrar, estaban cubiertos con argamasa de cal. Lo único que destacaba de su fachada era su puerta, doble y sin adornos, con una cornisa triple decorada como una guirnalda. El extremo este de la iglesia era muy interesante por la disposición de las formas esféricas de las cúpulas sobre el crucero y sus brazos. Pequeños campanarios arcados, como chimeneas antiguas, emergiendo por encima de los cuatro pilares del crucero. En el interior, imágenes de santos y espejos ahumados por el clamor de las velas.

Ni un asiento, ni una silla; las mujeres, en su mayoría tzotziles, iban ataviadas con su tradicional falda negra. Ellas, en su fervor, mantenían celosamente su identidad, sus tradiciones

mayas, establecidas en ese valle desde hace miles de años. Creencias opuestas; católicas y mayas permanecen en un lugar donde el extranjero debe abandonar el pueblo a las seis de la tarde. Pero allí estaba yo.

Fue un verdadero honor poder encontrarme con ellas a esa hora, en su iglesia, una manera de aceptarme como a una más de su grupo. En las paredes se apoyaban figuras de cera de distintos santos que, a diferencia de su atuendo tradicional católico, portaban vestimentas indígenas adornadas con espejos para guardar el alma de los espíritus.

«Esto es una empanada de sincretismo», me dije sin hablar mientras los murmullos de las mujeres entraban en oración al verme. Plegarias rítmicas, acompañadas del gorgoteo de las Coca-Colas, la bebida gaseosa a la que parecen adictas por considerarla de alto valor curativo.

Las mujeres rezaban, rodeando en pequeños corros a las curanderas encargadas de sanar las dolencias físicas y espirituales con rituales que reconocí. Una mujer se pasaba huevos por el cuerpo para limpiarlos, y otras, más atrevidas en su ofrenda, sacrificaban las gallinas.

La intensa mixtura de creencias que confluye en San Juan Chamula es producto de la coexistencia del misticismo original con la evangelización católica. Una imagen surreal fue ver cómo Xotzil se transformaba en una más de las presentes cuando se puso un espejo al cuello, como collar, para ahuyentar a los espíritus que roban el alma.

—Yo soy una más de ellas —dijo ante mi inequívoca mirada de sorpresa.

Las velas calentaban el lugar desde un altillo dedicado a los santos; sin embargo, a sus pies podía ver la sangre todavía húmeda del sacrificio de las gallinas que, apartadas, quedaban colgadas de una cuerda.

—Debes dar una vuelta a la nave para dejarte ver por los fantasmas, de otro modo harás que entre el demonio por la puerta y nos engañe. Luego podrás caminar tranquila —me dijo una santera—. Traes dos fantasmas en tus alas.

—Son ángeles tímidos —contesté, haciendo lo que me pedía Xotzil. Cuando terminé de caminar despacio alrededor del templo, me acerqué a la mujer que lideraba las ejecuciones de las gallinas y le dije bajito:

—Mis fantasmas me acompañan donde voy. ¿Los ve?

Bajó la cabeza haciendo una seña a Xotzil.

—La joven se levantó —dijo.

Xotzil movió la cabeza y me hizo una señal para salir.

—Se fían de usted. Ya vámonos.

—Acabamos de llegar. Quedémonos un rato.

—Usted no sigue instrucciones. ¿Siempre hace lo que quiere?

—Quiero asegurarles mi intención de colaborar con ellas.

La santera levantó una mano, pasó un huevo por mi cuerpo y lo estrelló contra el suelo. Una masa negra apareció ante nosotras.

—Tus fantasmas me han hablado. Estás atrapada. Hasta que no deshagas tu mal, no puedes engendrar la empresa.

Qué decir de ese momento, aquel líquido negro me espantó. Salí huyendo.

En el hotel pensé en las palabras de la santera. «Atrapada, no puedes crear una empresa porque estás atrapada». Xotzil llamó a la puerta de mi habitación.

—Julia, me han dado un amuleto para ti. Póntelo. Te protegerá.

Se quitó del cuello un collar de semillas negras pequeñas hilvanadas por un hilo y se marchó.

Cuando regresé a Los Ángeles ataviada con mi collar, encontré al Hombre de Metal esperándome en la sala de lectura.

—¿Para qué quieres ser madre? Te has ido tres días a Chiapas sin preocuparte por tu familia. Ni siquiera has llamado para preguntar cómo estábamos. La pequeña tuvo que ser atendida en Urgencias por una caída —dijo con fingida preocupación.

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no me avisaste? —dije casi gritando.

—Fue un simple esguince. Podía haber sido grave. No hace falta que hagas drama.

Cuando él llegaba, yo viajaba, y viceversa. Intentábamos ser transversales viviendo en paralelo.

Aquel viaje trajo consigo desazón. Lo primero que hice fue buscar a una bruja que me hiciera un limpia en condiciones. Encontré una en Santa Cruz, en un pueblo del norte de California. Concerté una cita y preparé un fin de semana con mis hijas organizando excursiones al acuario, a los bosques de secuoyas y a San Francisco. No estaba dispuesta a dejarlas solas con él.

Era el primer fin de semana de octubre, llegamos las tres a una pequeña casa de estuco dentro de una comunidad de jubilados. Por la ventana vimos a una mujer, de unos ochenta años, tecleando sobre la máquina de escribir que tenía en la cocina. Lavinia Praga, quién sabe si era su nombre real, nos recibió con cordialidad, sin efusiones.

Durante cincuenta años, Lavinia había dedicado su vida a difundir Dianic Wicca, una espiritualidad feminista centrada en la diosa. Una congregación originada en Los Ángeles en la década de 1970. Arrestada por leer cartas del tarot en la playa de Venice cuando la adivinación aún era ilegal, dirigió el primer aquelarre organizado de California. Mo me había ayudado a conseguir la cita con ella.

Cuando entramos, las niñas se quedaron fascinadas de su pelo blanco, su sonrisa, su bata de seda azul con motivos marinos y sus dulces hechos a mano con chocolate amargo. Natural de Checoslovaquia, Lavinia nos preguntó por nuestros signos y nos dijo que el suyo era Acuario, símbolo de la gente independiente, insumisa, de los espíritus libres.

—Eres Escorpio. Del día 30. Seguramente no vives en tu país de nacimiento y te falta un viaje por mar para comenzar tu nueva vida —me dijo al entrar.

Mis hijas abrieron los ojos sorprendidas.

—Eres amante de los retos, pero presta atención a tu vida personal. No sacrifiques tus deseos por pertenecer a un grupo social que no es el tuyo.

Lavinia me desnudó con sus palabras. Intenté descifrarla en las escobas aparcadas por la casa, en el caldero del jardín, en la bola de cristal escondida entre la crema para la artritis y el aerosol nasal sobre su mesita de noche.

En la sala de estar nos esperaba un altar con tres máscaras idénticas: feroces rostros femeninos con negras serpientes por cabellos.

—Habéis traído a mi casa la esencia de la mujer. ¿Qué quieres de mí? —nos preguntó.

Le expliqué mi experiencia en la iglesia de San Juan Chamula. Con una mata de hojas secas comenzó a golpearme en la espalda, despacio primero, con agresividad después. Cada golpe generaba energía que iba desplazándose por cada extremidad de mi cuerpo: brazos, manos, piernas, dedos desprendían el calor de mi interior. Lavinia paró y dijo:

—Ya está. Tú misma te has liberado. —De una baraja del tarot sacó una carta: los Amantes

—. Mmmm. Es la carta de la decisión o de la indecisión. La carta de Géminis. Deja de preguntar a los demás, la respuesta debe surgir de ti misma.

Aquel fin de semana lo disfruté mucho con mis hijas, no pensé en otra cosa. Incluso me obsesioné con ser una madre responsable. Regresé dedicada a ellas. Me olvidé de mis viajes. Organizaba calendarios, juegos, encuentros con sus amigos, fiestas de cumpleaños, citas con madres, con profesores, con médicos. Olvidé a Lavinia, San Juan Chamula y a mí misma.

Hasta que Los Ángeles se volvió angosto.

16

Sin yo saberlo, se nos etiquetó de apestados. Enmascarada la antipatía con un tufo de cordialidad, empecé a sentir un peligroso ardor a mi alrededor. Mi obsesión por la limpieza se aclimató al desprecio. Cuanto más advertía el rechazo que nos rodeaba, más claro tenía que las finanzas de mi marido apestaban. La gente abandona a quien no considera de su clase. A los iguales, por mucha antipatía que exista entre ellos, se les tolera.

Me dediqué a espiar sus conversaciones tras las puertas, estudiando cada uno de sus documentos en el despacho. Me conduje con delicadeza, sin despertar sospechas. Un papel escondido dentro de una carpeta en un cajón fue mi primera pista; bajo el membrete de una compañía llamada Unlimited Resources encontré el desplazamiento de trece millones de euros que me pertenecían. Sentí un escalofrío, como si el sereno, ese viento del diablo, se hubiera quedado en mis huesos, abandonando y traicionando a las honradas mujeres de México.

Me resistí a creer que mi marido me engañaba, pero intuí mis futuros problemas financieros. Como fuera, aquella suma estaba ya lejos de mi alcance. No me atreví a confesarle lo que sabía.

Hasta que el viento se volvió dolor, un dolor en el costado que no me dejaba dormir ni descansar, no me atreví. En el primer ataque fueron suficientes dos ibuprofenos. Le dije a Emilia que se encargara de las niñas porque no me sentía bien.

—Señora, ¿quiere una sopa?

—No —le dije, tragando las pastillas con un vaso de *whisky*.

Entendía que cuanto más tiempo estuviera a su lado, más me salpicaría su mierda. Ese individuo que dormía conmigo estaba en posesión de mis negocios y era el padre de mis hijas.

Si no cortaba la hemorragia, acabaría con mi salud.

17

Descansando en la terraza de Mo, vi a un gorrión sentarse en la fuente. Me quedé maravillada con su presencia. De pronto, un gato saltó la valla; sigiloso y alerta, se acercó arrastrándose por la tierra del jardín japonés, revolviéndola, directo hacia la fuente. Fui más rápida que el felino. Agazapada en mi silla, lo detuve en el mismo instante en que lanzó su zarpa contra el gorrión sin alcanzarlo. Me arañó violentamente con malicia.

—Te atrapé —le dije, asiéndolo con fuerza mientras él, desesperado, trataba de escapar a mis garras.

Leí en el collar el nombre, dirección y teléfono del dueño.

Descubrí que vivía apenas a dos casas de mi hermano y me aventuré con el gato bajo el brazo. Era un gato gris y blanco, de cabeza pequeña, desproporcionada con su enorme cuerpo. Los ojos grandes, azules como el cielo. El pelo le brillaba, adivinaba que gracias a buenos cuidados.

—El secreto está en atacar a tu adversario cuando se encuentra desprotegido, y el gorrión no lo estaba —le dije al gato camino a su casa.

Al llegar a la entrada, descubrí un sedán azul marino aparcado y recordé haberlo visto recorrer aquella colina un par de veces, siempre a más velocidad de la permitida. Adiviné que el dueño debía de ser como aquel animal entre mis brazos.

Me abrió la puerta un hombre alto, atlético, sudoroso, con los músculos brillando por el cansancio del ejercicio.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo, agasajando con una melosa voz a su gato.

—Aquí tenemos un gato que acaba de atacar un pájaro en mi jardín y al que no debería permitir salir al exterior —contesté irritada.

—¿Quieres que lo ate? —preguntó socarrón con un marcado acento francés.

Acaricié el gato con las dos manos, instintivamente, nerviosa.

—No sé cómo, pero debe cuidarlo. Su gato es un peligro para la comunidad y no debería ir cazando animales. Además, hay muchos coyotes por la zona. Un día puede encontrarse con una sorpresa. —Según solté mis palabras, me pregunté qué demonios estaba haciendo.

—Trato de decírselo, pero no me hace caso —contestó, burlándose de mí.

Empezó a cansarme el tonito de sorna de sus respuestas.

—Parece que a usted le hacen mucha gracia las tonterías de su gato. De tal palo tal astilla —

dije, dándole el animal.

—Nunca me habían comparado con mi gato: en cualquier caso, te lo agradezco. ¿Vives aquí? Es para no ir de caza a tu casa.

—Es usted un arrogante.

Me di la vuelta irritada, pero sin poder olvidar esa medio barba en su marcada mandíbula, los hoyuelos de su sonrisa, ese cuero de cuerpo.

—Espérate, espérate. —Se puso delante de mí de un salto.

Pasé de su rostro anguloso a fijarme en los carnosos labios de su boca. Los ojos eran claros como los de su gato, azul brillante, nublados ahora por la impaciencia. Al alisarse el pelo, rubio sobre la frente, el sol sacó un destello. Me sorprendió su altura, su compostura, desconcertantemente fuerte. Vestía solo un pantalón corto de ejercicio descolorido. Lanzó una mirada de disgusto antes de decir:

—¿Por qué no me has dejado invitarte a pasar y permitirme que te agradeciera el gesto? No se te ha ocurrido por el camino otra cosa que venir rabiando con pucheros.

No dije nada. Me limité a mirar aquellos ojos claros como el agua y, cuando por fin hablé, me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Creo que debo marcharme. No he venido a pelearme con el vecino de mi hermano.

Su media sonrisa se desvaneció.

—Claro que has venido a discutir con el vecino.

Asombrada de lo mucho que me sudaban las palmas de las manos, no encontraba las palabras.

—Marcelo es un gato curioso. A veces demasiado. Tampoco creo que sea tan preocupante que le guste cazar pájaros.

—Mensaje recibido —contesté, tratando de mantener la frialdad con la que él me hablaba. El hombre esbozó otra débil sonrisa, pero no pudo suavizar la expresión sombría de mi cara.

—No quiero ser antipático. Perdóname si lo parezco. Pero no me agrada que vengan a gritarme de una forma tan insolente a mi propia casa.

No podía creer que aquel ejemplar estuviera a mi alcance y que yo me comportara de forma tan grosera con él. Pero no podía evitarlo.

—¡Tenga cuidado de mandarlo a mi casa otra vez! —le grité y subí tanto la voz que yo misma me asusté.

Se quedó quieto frente a mí. Desafiante.

—¿Qué vas a hacer con mi gato?

No recordaba un momento así en mi vida, con el aire cargado de una extraña energía.

—Cualquier sortilegio —contesté, alejándome a zancadas de ese cuerpo que invitaba a darme media vuelta y saborearlo.

Se quedó quieto, y así estuvo, mirándome, hasta que llegué a casa de Mo. Y lo sé porque me volví a observarlo al menos un par de veces.

Exhalé al cerrar la puerta. Me apoyé en ella dejando temblar las rodillas. Nunca un hombre había conseguido con una mirada que me sudaran las palmas de las manos. Era un tipo intenso, correoso.

Mo me encontró todavía pegada a la puerta.

—¿Qué haces ahí, Julia?

—Acabo de tener una extraña experiencia con tu vecino —le dije.

—¿Con Bastian? Es un cañón francés. Acaba de mudarse. Un tipo estupendo que además está estupendo. Vino a cenar con nosotros hace un par de días. Estuvimos hablando de ti. Quería presentártelo, su gato me hace compañía cuando estoy meditando en el jardín. Cuéntame, cuéntame.

Nos sentamos las dos en su luminosa cocina, todavía patas arriba a pesar de que ya era mediodía. La taza del café del desayuno seguía en la mesa de la entrada, donde mi cuñada la dejó para ir a sacar las gafas que se había olvidado la noche anterior en el coche. Su cocina olía siempre a grasa. Mo tenía ciertas manías, engorrosas a mi juicio, como aguantar hasta el día que no tenía ropa interior limpia para poner lavadoras, o empeñarse en pasar la aspiradora solo una vez a la semana para no gastar electricidad. César y Mo me intrigaban. Él gustaba de mantener su espacio ordenado, limpio, igual que yo, igual que mi madre, igual que mi abuela. Éramos de hábitos disciplinados, pero su mujer era desordenada, incapaz de tirar aquello que había dejado de usar, apegada a objetos que llenaba de cariño y recuerdos a fuerza de usarlos.

Comprendía que César había acertado trasladándose a California con ella, pero no dejaba de resultar sorprendente su actitud hacia Mo.

—¿Qué sabes de tu vecino? —Me escuché preguntarle.

Mo soltó una carcajada.

—Es un hombre muy atractivo, ¿verdad?

—Aha —asentí—. Pero también es un cretino, o al menos, a mí me lo ha parecido.

—Es francés —repitió ella como si esa respuesta fuera suficiente.

César llegó del supermercado cargado de bolsas y nos interrumpió la conversación.

—¿Sabes?, a tu hermana le ha gustado Bastian.

Y mi hermano también se rio.

—Te lo dije —soltó ufano.

—Ya, ya veo que los dos habláis de más. No me ha gustado. Ha sido muy desagradable conmigo.

—Ven, Julia, ayúdame con las bolsas.

—No. Tengo que ir a recoger a las niñas. Ya hablaremos de Bastian en otro momento.

Irme de su casa no me quitó a Bastian de la cabeza.

Ya en la mía, fui incapaz de encontrar tranquilidad, puse unas hierbas a cocer tratando de tomar algo que me calmara. Me vestí con ropa de ejercicio y me subí a la bicicleta para entregarme durante una deliciosa hora al entrenamiento en pelotón.

En otras circunstancias habría llamado a Mo para conversar, aunque supuse que estaría a gusto con César, y tal vez con Bastian, por lo que decidí no hacerlo. Pedaleando, iba encontrando la calma. Me duché al acabar, me preparé un té y esperé la caída del sol.

¿Cómo no iba a estar contenta allí a solas, contemplando la magia de un atardecer? De pronto, oí mi nombre en las voces de mis dos amores, me di la vuelta y recibí el abrazo alegre de mis hijas.

18

—Me gustaría conocerlo.

—¿A quién? —preguntó Mo confundida.

—Al vecino con el que estás tan encantada —le dije mientras ella con el rastrillo ordenaba la arena de su jardín japonés.

—¿Te interesa? Hazme un favor, mezcla los pétalos de rosa con esas hierbas. Harán bien para limpiarte.

—¿Qué hierbas son?

No me contestó, sonrió sin decírmelo. Mo era muy discreta con sus recetas, como una chef profesional.

Disfrutaba de aquel jardín encaramado en la montaña, orientado al sol de la tarde. El horizonte se teñía de colores naranjas en lo que prometía ser otro mágico atardecer en Los Ángeles.

—Temo que le impactaste tanto que no estoy segura de convencerlo.

—No te digo —contesté, sacando una carcajada a mi cuñada—. Tal vez, en lugar de rosas, debas hacer otro tipo de encantamiento con tu magia. ¿Y si vamos a su casa a echar gotas de aceite a sus zapatos cuando no esté?

—Sabes que no es posible —dijo, dándome un recipiente con los pétalos.

—¿Por qué no? Es un cuero. No me lo quito de la cabeza.

—¿Verdad que tiene un cuerpo para un despropósito?

—Oye, que estás casada con mi hermano.

—¿Y? ¿Acaso no puedo darme un taco de ojo y reconocerlo?

La conversación subió de tono y giró hacia sus partes íntimas.

—¿Imaginas su vigor?

—Pues no te voy a negar que ya lo he soñado desnudo. Inesperadamente, lo he imaginado al ducharme —le dije, bajando la voz.

—Es un ejemplar fabuloso —contestó Mo ruborizándose—. Sabes que no me gusta manipular los sentimientos de los demás, por eso no vamos a ir a su casa a echar gotas a sus zapatos. Además, sería un delito. Pero ya te digo que nos va a costar revolver su antipatía.

—¿Y eso?

—César se ha encargado de averiguar lo que piensa de ti. No te va a gustar si lo repito.

—Dímelo.

—No, aunque es una buena excusa para echarte las cartas. —Mo colocó su tapete verde de trabajo sobre la mesa del jardín—. Echemos un vistazo —dijo, revolviendo la baraja del tarot que le había traído de uno de mis viajes a Catemaco. Le encantaba y lo usaba siempre que me leía el futuro—. Vamos a ver si conseguimos que el vecino muerda el polvo —soltó haciendo un mohín con los labios, concentrándose en el asunto negociado.

Sus ojos se tornaron oscuros, como siempre que ejecutaba su magia.

—Tienes suerte de haber encontrado a César. Un hombre que te acepta y aprecia —le dije. Mo sonrió.

Encontrar el amor ya es complicado, conseguirlo junto a alguien con quien mantienes una complicidad como la que ella tenía con su marido era casi un pequeño milagro.

—¿Piensas en Lucho? —me preguntó tras un largo silencio.

—Sí. Lo hago porque me acompaña. Sin rencor ni dolor.

—¿Y en el Hombre de Metal? Y me refiero de una forma romántica.

—No, es un sinvergüenza.

—Es cierto. Nunca mereció a alguien como tú, aunque tus hijas son maravillosas. César no lo tolera.

—Lo sé. Jamás se llevaron bien. Lucho y él son completamente distintos. Lucho siempre me protegió, mientras que el Hombre de Metal se ha comportado durante nuestro matrimonio con una frialdad desconcertante.

Mo continuó moviendo los naipes.

—Eras demasiado joven con Lucho.

—Puede que joven e ingenua, pero tonta no —le contesté.

Sin hablar, hizo un gesto para indicarme que cortara la baraja. Lo hice.

—Lo quería, ¿sabes? A veces me cansa que me cuestionen por la diferencia de edad con Lucho. Lo amé y lo admiré.

—Cariño, no te fastidies. Concéntrate en tu pregunta. Parece que cualquier conversación te hace rabiar. ¿Necesitas sexo?

—Supongo que sí —le dije sonriéndome—. Algunas no estamos hechas para mezclarnos con extraños en esos términos.

—No te apetece.

—No soy de un revolcón de una noche. He tenido muchos hombres pasajeros. Lástima que yo no haya estado interesada en ellos porque me hubieran ayudado. —Me ruboricé al hablarían apasionadamente—. Me estoy haciendo solitaria en la intimidad. Mis hijas, mi colección, mi trabajo, mis negocios. Pero mi vida no me gusta, quiero sentir el amor otra vez.

—¿Te enfadarías si me entrometo un poco? —Mo se levantó para servirnos té.

—No, la verdad. Confío en ti.

—Acomódate, prometo que voy a ayudarte a conseguirlo.

La tarde se dejó mecer por las estrellas y sus palabras aliviaron mi carga de tensión.

19

—¿Te gusta el pastel de queso?

—No como azúcar.

—Debería haberlo supuesto, ¿no es cierto, Mo?

—Cada uno elige lo que le apetece comer —contestó ella divertida ante nuestra conversación.

Estábamos los cuatro en la terraza de su casa, Bastian había sido el último en llegar. Lo hizo por la parte de atrás del jardín, como su gato, de forma sigilosa, y me sobresaltó.

—Perdona el susto. No te preocupes, soy seguro para ti.

Sus palabras, además de irritarme, comenzaron a acelerarme el pulso.

—Perdona, estoy siendo descortés. Solo quería decirte que puedes confiar en mí.

—Cualquiera que entra sin llamar siendo un desconocido invita a la desconfianza.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Bueno, ya. Estáis como dos niños en el colegio. Vamos a relajarnos —dijo mi hermano, levantando un poquito la voz—. Venga, una copita. Habláis con desorden, es impropio de dos adultos.

Mo nos sirvió un cóctel de vodka y zumo de toronja que ella había preparado.

—¿Dónde has dejado tu gato? —pregunté sin mirarlo, insistiendo en aquella competición absurda.

—Le he puesto un GPS para saber siempre dónde está, no vaya a ser que venga cuando tú estés aquí.

Me quedé desconcertada y respiré hondo.

—Vamos a dejarlo. Tú ganas.

Mo puso música, César comenzó a bailar con ella. El ambiente cambió y decidí preguntar a Bastian por qué había decidido instalarse en Los Ángeles.

—Voy a estar entre nueve meses y un año. Mi empresa me ha invitado a participar en un estudio de computación con una compañía norteamericana. ¿Y tú?, ¿qué haces en LA?

La pregunta me sorprendió.

—Aquí están César y Mo, mi padre, mis hijas y su padre.

Ya más calmada, levanté mi copa e hice el gesto de brindar con él antes de tragar el líquido:

—Creo que no está contraindicado celebrar a los vecinos aún con gatos salvajes.

Me quedó raro el brindis, y aunque también brindó, no se acercó el vaso a los labios. Distante, se acomodó en su sillón y comenzó a picotear el guacamole con las galletas saladas.

—Qué rico —dijo—. Me encanta este jardín, aquí uno puede sentarse a soñar. Vaya vista de las colinas de Hollywood. Podría dormir cada noche acampado en esta casa.

—Puedes venir cuando quieras —le dijo César, dándole una palmada en la espalda—. Bastian, ven, vamos a preparar la barbacoa. Tenemos de todo, verduras para mi hermana y carne para los demás.

De pronto, la electricidad se cortó, la casa quedó a oscuras, en silencio, el agua de la fuente sonaba en el crepúsculo y Bastian, acercándose a mí, susurró mirándome con sus ojos claros:

—Magia.

La presión de la sangre se sentía densa. Suspiré. Él sonrió. Mo consiguió que la luz regresara, y Bastian, ya de pie, siguió a mi hermano hacia la barbacoa. Me hubiera encantado haber podido coquetear, encontrar una manera de limar la distancia, pero él no parecía interesado y yo no soy una mujer a quien le guste perder el tiempo. Me levanté a servirme una segunda copa. Cuanto más frío y distante era Bastian conmigo, más atraída me sentía por él. Era desquiciante.

—¿Tienes plan para Halloween? —le preguntó Mo a Bastian al colocar sobre la mesa un plato de humus.

—¿Halloween? En Francia no lo celebramos. ¿Es noche de brujas? ¿Vas a pasear, Julia?

La broma me pareció de mal gusto y le lancé una dura mirada.

—Perdona, perdona. Pareces ofendida. No me tomes en cuenta. Dime, ¿cuáles la tradición? ¿Cómo lo celebráis? —Bastian, por un momento, pareció nervioso a mi lado.

—No tengo nada concreto para ese día.

—Podrías venir con nosotros a Ciudad de México. Vamos a alquilar una casa en las montañas, cerca de un pueblo donde celebran la Noche de Muertos con mucha alegría.

Bastian se entusiasmó:

—Vaya contraste, no me lo perdería por nada. ¿Podría ir acompañado? He empezado a salir con una chica y me gustaría invitarla.

—Genial —escuché decir a Mo para mi sorpresa—. Julia, parece que tendremos compañía. Puedes preguntar a tu amigo si le importa que seamos dos más.

20

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi hermano en cuanto entré.

—He querido venir a verlo.

—Me alegro que lo hayas hecho —contestó—. Te sientes sola, ¿verdad?

Me encuentro con César en la sala de espera de la residencia. Él se agacha para darme un beso. Se lo agradezco.

—Sí, me siento sola. No sé qué está pasando.

Me abraza.

—Tal vez has estado corriendo demasiado y es el momento de sosegarse.

Lo miro dejando salir un destello de esperanza en mis ojos tristes. César es un hombre muy dulce.

—No va a ser una visita sencilla, cariño; entremos juntos. Padre se ha ido deteriorando, creo que no estás preparada para enfrentarlo sola. Ven.

Mi hermano es un ángel; al entrar, saluda al viejo con la naturalidad de dos camaradas.

Está sentado en su silla junto a la ventana. César lo empuja hacia un rincón para poder hablar sin que nadie nos oiga, aunque no creo que nadie de los que están aquí nos preste ninguna atención. Es un recinto tranquilo, en Malibú, donde se respira la brisa del mar.

—Debes cerrar la ventana, habrá tormenta —suelta mi padre.

—No está abierta, ¿ves? —Sin embargo, la ventana más separada sí lo está y César la cierra —. Hace un día espléndido.

—Lloverá —repite mi padre, exhalando cansancio.

—Mira a quién te traigo. A tu hija favorita. ¿Cómo te ha ido en la siesta?, ¿listo para dar un paseo?

Mi padre mira sin ver, absorto. De pronto suspira.

—César, Julia, ¿no habréis dejado escapar los loros?

Una frase fugaz que da paso a la nada. A la más absoluta nada. Mi hermano se emociona al oírlo y suelta una mentira piadosa.

—Los loros están en la jacarandá. Los estoy cuidando hasta que regreses. Los primos han venido a verlos.

Atónita, me acerco a mi padre y lo abrazo. Por mis mejillas ruedan las lágrimas y puedo ver que mi padre también tiene la urgente necesidad de llorar.

Aquel hombre terrible de mi infancia lleva en su corazón el arraigo familiar. Estoy hablando conmigo misma, esperando que él diga algo, pero no habla, no gesticula. Le aliso su pelo ralo, repartido a brotes, me acurruco en mis rodillas frente a su silla.

—Voy a volver con algunas fotos de mis hijas, para que las conozcas, y voy a poner velas para aliviarte. Te lo prometo.

Una enfermera se acerca a nosotros.

—El doctor quiere hablar con ustedes. ¿Podrían acompañarme?

Las noticias no son buenas, las peores: al paulatino deterioro por el alzhéimer se acaba de sumar un cáncer de páncreas, y los doctores no están seguros de poder mantenerlo en la residencia.

—Aquí no podemos darle tratamiento. Temo que van a tener que ingresarlo en un hospital. Lo siento, es un paciente ejemplar y moverlo puede alterarlo, pero es necesario su traslado.

—¿Cómo no nos avisaron antes?, ¿cuándo descubrieron su enfermedad?

—En una de sus revisiones de rutina, el especialista decidió hacerle una ecografía porque le vio un tono amarillento en los ojos que no le gustó. Hoy mismo hemos recibido los resultados. Iba a comunicarme con ustedes, pero ya que han aparecido por aquí… Lo siento.

Al salir, César se gira hacia mí y me dice: «Mira». A lo lejos aparece la tormenta cargada de viento y lluvia anunciada por mi padre.

—Deberíamos encontrar un refugio para que pase sus últimos días. Puedo llevármelo a casa —dice mi hermano.

—No, esta vez me encargaré yo. Se vendrá a la mía, también soy su hija. Vamos, no quiero verme en apuros por la tormenta.

César no se mueve, hace una pausa.

—¿Estás segura?

—Sí.

Su cara se ilumina con el rojo de su alegría.

—Mereces ser feliz, aunque no seas nada convencional —me dice con suavidad.

Quieta, le agradezco sus palabras sin olvidar la tormenta.

—Vámonos, que me da mucho miedo conducir bajo la lluvia. Organicemos los detalles de su traslado esta tarde.

21

Tras mi viaje a Nueva York, dos inspectores de Hacienda aparecieron en mi casa. Veinte minutos después, estaba sentada sobre las escaleras del porche trasero llorando. Sentía la presión. Necesitaba romper con el Hombre de Metal. Las lágrimas manaban de mis ojos tratando de entender por qué había deseado tanto al demonio aquella noche en Veracruz, tanto que ahora estaba casada con él.

Escuché la voz de Timotea: «Si no sigues tu propio camino, te traicionarás». La magia de mi nana era natural. Sobre un tapete decidí hacerme un talismán con un espejo. Un gesto para protegerme con encantamientos. Junto a mi marido, nunca podría enseñar a mis hijas a tomar decisiones con libertad. Escondí la cara entre las manos, dejando que las lágrimas mojaran mi talismán.

Necesitaba poder celestial en aquel objeto inanimado. Llamé a Xotzil.

—Me asusta cambiar otra vez, pero es mejor que seguir. Nunca he sido cobarde y no voy a empezar a serlo ahora.

Mi instinto hizo que investigara sus viajes de China a Dubái, a México, su retiro de importantes asesorías. Cuidadosamente, saboteé su posición gracias a los asesores de Lucho que eligieron ponerse de mi lado. El Hombre de Metal los había llevado a sospechar también a ellos.

Detrás de su altruista imagen, se escondía un egoísta obsesionado por su valor social, intolerante ante la necesidad de los demás. Extremadamente crítico conmigo, consideraba una pérdida de dinero mi interés por el arte. Era muy duro, incisivo, forzándome a considerar los pros y los contras de cada inversión. Determinado a trepar, consiguió una amante aristócrata con quien se asoció para atacarme. Ambos iniciaron una guerra sin límites que se mantiene hasta hoy.

Consiguió apartarme de mis amigos con su mordiente ambición, con esa conversación incansable de sabelotodo. Es un hombre previsible y aburrido, necesitado de atención, que no busca sentirse adorado, sino temido. Condicionado siempre por un éxito arrugado en el extinto pasado.

Una tarde de primavera estábamos celebrando el duodécimo cumpleaños de nuestra hija mayor cuando noté su presencia detrás de mí. Salté asustada. Primero se rio, luego le irritó mi llanto.

—¿Ya estás lagrimeando? Pareces un alma en pena.

No me preguntó qué me sucedía, ni me explicó por qué no estaba con sus familiares recién llegados desde Madrid. La visita de su hermano y socio lo tenía desquiciado, razón por la cual se hallaba aún más irritado.

—Creo que deberíamos separarnos —le dije de sopetón. Impulsada por su desprecio, no me detuve a calibrar las palabras.

Llevábamos tiempo también peleando por la comida. Él había subido de peso en las últimas semanas y yo empecé a fustigarlo con la dieta. Entiendo que es una de mis obsesiones. Debí haber imaginado sus escapadas a escondidas a la despensa, y en mitad de aquel inusual momento de pedirle el divorcio, a un tipo astuto y ambicioso como él, no se me ocurrió otra cosa que restregarle su adicción al azúcar.

—Estás todo el día comiendo galletas, chocolate. ¿Crees que eso es bueno para los niños?

Debería haberme callado. Su odio me atravesó.

—Eres insoportable —dijo.

Yo, incontenible, vertía veneno:

—Un hombre acabado. Eso es lo que eres. Un hombre acabado.

Lo tenía allí, detrás, con el sol abrasándome la espalda mientras él miraba a su hermano acercarse a nosotros.

—¿Te parece el mejor momento para decir eso? —Su tono de voz, aunque bajo, acusaba una velada amenaza.

—No lo sé. Es lo que quería decir y lo he dicho —le contesté sin sucumbir al desgarro interior.

—En la vida el momento es importante. Se puede perder la razón con las formas. Eres una desarraigada maleducada —dijo con un tono de superioridad lanzado para herir.

Arropada por espectros que me sujetaban bajo aquel sol cargado, le contesté insolente:

—Me da igual lo que me digas. Lo dicho, dicho está.

—Pues ve preparándote, porque no te vas a deshacer de mí con facilidad. Te voy a demostrar que no estoy acabado.

Miré en otra dirección para no verlo.

Entrada la noche, sacó al cínico que llevaba dentro.

—Todavía me siento atraído por ti. Estoy seguro de que podrías recapacitar; tal vez, si buscamos terapia de pareja, podamos solucionarlo. ¿Ya no me quieres?

Aquellas palabras eran una excusa para ganar tiempo. Yo sabía de sus amores.

—De qué sirve mentir. Si lo he dicho, es porque la decisión ya está tomada y he llegado a ella porque realmente lo siento. Es lo que quiero. Es cierto, he dejado de quererte.

—¡Loca, caprichosa! ¡Mexicana de mierda! —gritó, azotando la rabia de su intolerancia.

Nadie me ha hablado con tanto desprecio, rozando el racismo. Bajé la cabeza conteniendo mis palabras, incapaz de comprender a aquel necio a quien estaba unida por un papel y, lo que era peor, quien para siempre iba a ser el padre de mis hijas. Pareció recapacitar sobre la marcha.

—La verdad, creo que has perdido la cabeza. Perdona por lo que te acabo de decir. Me obligas a perder el control. He sido muy brusco, no pienso que estés loca, ni mucho menos quiero ofender a México por tu culpa. Discúlpame.

—¿Sientes haber sido brusco o haber perdido el control? —le pregunté.

—Tal vez las dos cosas. No estamos preparados para una vida juntos. Puede que tengas razón

y haya llegado el momento de encarrilar caminos por separado, pero ya te advierto que de mí no te vas a deshacer. Voy a quedarme con todo lo que tienes.

Llevaba puesta una camisa violeta de lino y unos pantalones grises que yo le había comprado. Todavía se dejaba guiar por mi gusto, todavía era parte de mi vida.

—Eres un sinvergüenza, ¿acaso no crees que sé lo de tu amante?

Se rio.

—El sexo es necesario; si no lo encuentro en casa, tendré que buscarlo en otro lado. No te hagas la tonta.

Sin contestar, entré en mi habitación. Encendí velas amarillas, llené de agua la bañera y me metí a darme un baño entre pétalos blancos. Tiré la ropa que llevaba puesta a la basura y me resultó divertido conseguir disgustarlo. Mis hijas llamaron a la puerta.

—Mamá, date prisa. Queremos ir a Hollywood a comer *pizza* con los primos.

—Claro que sí. ¿Qué os parece si después vamos a Santa Mónica, a la noria, y pasamos un rato allí?

Entusiasmadas, fueron corriendo a por sus primos recién llegados de Madrid.

22

Dedicado por completo a su ambición personal, el Hombre de Metal empezó a dejarme fuera de las reuniones empresariales de los negocios compartidos. No encajaba. Puso su objetivo en Francia, en las profundidades de un nauseabundo y arcaico *glamour*, en personajes medievales viviendo en una comunidad anclada en el pasado que mantienen sus fortunas ajenos a los movimientos sísmicos de la sociedad actual. Allí, en esos círculos, se ganó la admiración de su amante francesa. Una dama solitaria que lo presentó entre sus conocidos como un líder en quien podían confiar. ¡Un líder!

Mi destino quedó sellado en aquel romance. Al meterse con regularidad en la cama de esa otra mujer, las caretas se diluyeron. Descubrir su engaño a través de mis abogados de Nueva York por movimientos de saldos me avergonzó, pero tenía sentido porque, caído del pedestal, podría cruzar al otro lado mostrando su nueva realidad.

También yo necesitaba una demarcación segura, lejos de su nuevo ejército. Cuando la otra se sintió aliviada de que yo, finalmente, descubriera el engaño, ya no hizo falta que se escondieran. Ella se trasladó a Los Ángeles, donde se doctoró en el Hombre de Metal. Ambos se dedicaron a crear un ambiente hostil, en Estados Unidos, en Europa, sin saber que estaba decidida a enfrentarlos en su terreno.

Arreglé los papeles para empezar la separación, distrayendo mi crisis de confianza con miles de rutinas familiares. Las noticias que me llegaban de mi situación económica eran desastrosas; él interceptó las cuentas, congeló mi propio negocio, recibió la ayuda de testaferros para esconder sus bienes. Me vi abandonada a un arresto domiciliario acompañada de mis hijas y acosada por el desastre.

Mientras tanto, un trabajo surgió de la mano de un amigo mexicano que me ofreció una representación publicitaria. Con una posición de poder y representando a uno de los mejores museos de México, me pidió ayuda en el área de gestión de imagen y me convertí en su portavoz.

Así tuve la oportunidad de extender mi radio de conocidos a periodistas, publicistas, editores y fotógrafos; aquel encuentro es un testimonio de la magia que me acompaña. Ese trabajo fue el sustento de mi maltrecha economía. Con una sonrisa y una batería de mentiras cuidadosamente estudiadas, sorteaba las preguntas personales incómodas mientras promocionaba con orgullo una institución que obsesionaba a México dentro de los países con mejor oferta cultural. Yo

conectaba el museo con mi marca, amplificando la atención del mundo del arte. Exponerme supuso llamar la atención de mi ex, que era lo que no deseaba en aquellos momentos, y de su amiga. Se dejaban ver juntos en eventos que yo organizaba. Agarrados de la mano, ni me miraban, ofreciendo su espalda con vulgaridad. Yo sabía que, aun así, me echaba de menos.

Mi intuición no se equivocó. Recibí en aquellas fechas una carta suya insistiendo en encontrarnos: «Me arrepiento de perderte, quiero vivir con las niñas. Quisiera recuperarte». Lo último que yo quería era verlo, que me restregara en la cara su engaño. Pero me dolían mis hijas, mi casa, mi dinero.

En esos días, el sabor a metal quedó congelado en mi paladar haciendo imposible que tragara cualquier alimento; el agua la bebía cargada de limón para amansar ese regusto en mi boca. Apunté la fecha y la hora del posible encuentro en un papel y pedí cita con Krijsti, la bruja de una amiga a quien frecuentaba en la lectura del tarot. Debía consultar antes de abandonarme a encontrarme con el bicho y, de ninguna manera, iba a compartirlo con Mo.

Mi bruja era una mujer de Serbia acostumbrada a una clientela exclusiva. Ejercía con propiedad y gusto un trabajo que la había convertido en una de las psíquicas más buscadas de la ciudad. Era imposible verla sin planearlo con un mes de antelación.

—Krijsti, necesito verla. He recibido un mensaje de mi ex pidiendo que nos veamos. Llamo recomendada por Ana Luisa.

—Sí, ya me avisó de tu llamada. Puedes venir esta noche a las nueve y media. Me acaba de cancelar una persona y tengo esa hora libre. Tráeme una camisa suya. Vamos a poner a prueba su ego y su compromiso contigo.

Sus palabras tenían poco significado en aquellos momentos, pero me daba lo mismo. Descolgué del armario una camisa de lino que mi ex todavía guardaba en mi habitación. La única, en parte porque me gustaba y se la había regalado yo, en parte porque ni él supo que estaba allí. «Vamos a hacerle un trabajo», me había anunciado Krijsti.

Sé, porque crecí con Timotea, que hay ciertos trabajos espirituales que son *wanga*, servicios de magia negra. Aquel «trabajo» me iba a costar caro porque no hay brujo, por muy amigo que sea, que no reciba una gratificación extra por realizarlo. «Acuérdate de darte un baño de rosas blancas antes de venir. Si vamos a hacer *wanga*, hay que prepararse con antelación». Imaginaba a Krijsti preparando las hierbas, las velas y los aceites necesarios para el conjuro.

Llegué limpia, oliendo a rosas, a la frescura de una mujer con la piel recién lavada. Mi pelo húmedo aún dejaba caer gotas de agua sobre mi blusa blanca. Llevaba unos pantalones vaqueros que la bruja elogió cuando los vio.

—¿De dónde son esos *jeans*? Me encantan. Ven siéntate. Tenemos mucho en común. Somos dos extranjeras en una ciudad incómoda. Sabía que vendrías y nos entenderíamos. ¿Qué te ocurre? Hay una energía muy oscura a tu alrededor.

Hablar con Krijsti me relajó, entraba en mis emociones con la libertad de alguien que conoce el terreno que pisa, sin intención de explotar bombas sumergidas en el fango. Sobre la mesa tenía el tarot europeo que tanto me gustaba. Me dijo que lo había comprado para usarlo solo conmigo. Cartas diseñadas por un famoso pintor francés durante la Belle Époque y que habían enamorado a Carl Jung, uno de mis filósofos favoritos.

—Mueve las cartas y córtalas, con la mano izquierda. Por favor, Julia, ponte derecha. Saca seis cartas y ponías sobre la mesa.

La primera carta que salió fue el Hierofante.

—Esta me dice cómo te sientes, cómo te ves a ti misma. El Hierofante. Eres un guía espiritual en la Tierra, capaz de comunicarte con el más allá, con los espíritus. Ejerces de mediadora entre lo mundano y lo divino, un puente entre la iluminación interna y la vida externa. Sigue creyendo, porque esa luz manifiesta tu humanidad. Estás comprometida contigo, eres íntegra a pesar de las críticas que te rodean y no debes dejar que otros te aparten de tu camino.

»Las columnas de esta carta muestran los extremos, pero a ti te mueven los deseos y la razón, te vas a ver obligada a elegir entre tus emociones y tu cabeza, entre la mente y el corazón.

Sentí un golpe de realidad, mis fantasmas hablaban para enseñarme el camino hacia mí misma. Un camino del que me había desviado cuando conocí al Hombre de Metal y el miedo se me metió en el cuerpo.

—He hecho una limonada deliciosa, ¿quieres un vasito? Creo que te sentará bien, te refrescará —dijo acogedora Krijsti.

Acepté encantada porque tenía la boca seca. Me dio tiempo a mirar a mi alrededor. La habitación era espaciosa, llena de luz exterior. Una decoración minimalista invitaba a disfrutar de ese espacio diáfano con suelo de madera, techos altos, muebles de diseño blancos. Cada cosa en su lugar, como si hubieran sido creados con la intención de vivir estáticos en el rincón elegido por su dueña. No tenía nada que ver con el desorden y el caos de Mo. Allí todo estaba en orden.

—Toma, verás como la encuentras deliciosa. Está hecha con limones del árbol de una amiga que cuida la tierra con tanto cariño que sus frutales son los mejores de Santa Mónica.

Me impactó el sabor a vida, agrio y dulce, sincero, fuerte y amargo, era una sinfonía en el paladar.

—Delicioso, me ha quitado hasta el sabor del metal.

—¿Qué sabor de metal? —preguntó sorprendida, temiendo que yo pudiera estar enferma.

—No te preocupes, no me pasa nada. Ese sabor surge en mi boca cuando pienso y hablo de mi marido.

De alivio, soltó una sincera carcajada.

—¿Te parece si seguimos? Siento que has venido a mí porque necesitas consuelo espiritual. Alguien está velando por ti. Acércate a aquello en lo que crees. Considera tus opciones, mejor malo conocido que bueno por conocer, no te arriesgues.

—¿Me estás diciendo que no me divorcie? —pregunté confundida.

—Las cartas son una guía; si decides separarte, es cosa tuya. Esta segunda carta es lo que quieres ahora mismo.

El Emperador al revés.

—Cariño, siento decirte que hay una fuerza enorme dominando tu situación. Un control excesivo, casi despótico, del que debes desprenderte. En estos momentos necesitas el éxito, conseguir el apoyo de tu padre, de un marido, de una pareja, pero parece que no lo tienes. El Emperador significa estabilidad y seguridad. Pero lo tienes al revés y esa es la realidad de tu vida.

»Una vida con el Emperador en esta posición viene acompañada de una dura lección y se acerca la resolución de un conflicto reciente. Tomar la iniciativa te puede acercar a tu meta, pero solo si eres capaz de ser responsable por tus acciones. Se te dará la oportunidad de liderar en uno de los múltiples papeles de la vida. Recuerda a aquellos que te siguen.

»Esta tercera carta que voy a leerte representa tus miedos y te ha salido el Juicio. Eso quiere decir que temes las conclusiones que has estado dilatando, el miedo se ha apropiado de los cambios necesarios. Es urgente alcanzar el presente y dejar de estar paralizada. Eres como uno de estos muebles de mi casa, perfecto en su lugar, pero sin vida, estática, y aunque las cosas no se den como esperabas, es un momento para cambiar de forma dramática tus rutinas. No temas, aunque el futuro llegue a su lugar y te desplace, cualquier decisión que tomes cambiará tu vida para mejor. Estás lista para ser juzgada por el poder del universo. Es un renacimiento, perdónate a ti misma y prioriza la razón sobre la emoción. Reconcíliate con el universo. Lo peor ya ha pasado.

»Esta cuarta carta me dice lo que te espera. Tienes suerte, Julia, te ha salido la Justicia —dijo Krijsti, levantando una carta donde una mujer con un velo sobre el rostro tenía una espada en una mano y un peso de equilibrio en la otra—. Este es un poder kármico, la recompensa a tus buenas acciones del pasado. Viene un periodo de buena suerte y ni tú misma entenderás por qué estás siendo tan favorecida. Enfrenta tus problemas de relaciones y de negocios con calma, buscando el eterno balance entre la lógica y el deseo, cualquier decisión que tomes hará que la suerte caiga de tu lado. Todo sucederá cuando sea el momento.

»La última carta, el futuro. Lo que te espera —dijo mirándome a los ojos, dándole la vuelta despacio hasta que las dos vimos a la Emperatriz.

Mi intuición me hizo pensar en la abundancia, pero dejé que Krijsti explicará su visión:

—Tus poderes intuitivos te hablan antes que a mí. Es tu momento en el tiempo, escúchame con mucho cuidado. Debes creer en tu poder y abrazarlo. Confía en tu fortaleza, tendrás claridad y tomarás decisiones acertadas. Este es el arquetipo del poder femenino, tú eres la carta.

Le pagué sus quinientos dólares, por el trabajo y la lectura, y me marché, eufórica. Quería estar sola, por primera vez en mi vida me sentí capaz de lanzarme al mundo sin lazarillo.

Cuando entré en casa, encontré al Hombre de Metal leyendo en el salón. Sin inmutarse, me miró guiñando un ojo.

—¿Qué haces aquí? —le dije—. Deberías pedir permiso para entrar en esta casa.

—Yo. ¿Por qué? Esta casa es tan mía como tuya.

—No vamos a continuar. He dado orden a mis abogados de empezar con los papeles del divorcio y las niñas se quedarán aquí conmigo. Te pido, por favor, que cojas tus cosas y te vayas cuanto antes.

El aire parecía congelarse en la acogedora biblioteca ordenada por Octavio Paz como regalo para Lucho. Su sonrisa quedó helada en una sola línea. Se levantó dejando el periódico a un lado, caminó por la habitación y se sirvió un *whisky*. Sus labios me parecieron una fría raya prensada. Sus pies se estampaban contra el suelo a cada paso; bebió de un trago el líquido del vaso y se fue dejando la puerta abierta.

Mi garganta rezumaba a metal. Compuse mi vestido, me quité la chaqueta y también me serví un vaso cargado de *whisky*. Me quedé allí, sentada en el sillón, donde antes estuvo él, donde antes se sentaba Lucho. Arqueé mi espalda para alcanzar un cuaderno, arranqué una hoja y escribí mis intenciones: «Mañana seré libre».

No voy a mentir, aquel dramatismo añadía valor a mi desesperada iniciativa. A pesar de la distancia entre los cuartos, podía escuchar el ruido del Hombre de Metal abriendo y cerrando cajones. De pronto, se hizo el silencio. Me detuve a escucharlo, dejé el vaso sobre la mesa y me

incorporé. Nada.

Al acecho, fui al cuarto de baño que quedaba más cerca del despacho, desde donde él hablaba casi en susurros con alguien. En cuanto colgó, regresé rápidamente al sillón simulando naturalidad. Entró con el pecho inflado.

—He llamado a mi abogado y me ha advertido que, si dejo la casa, tus abogados pueden acusarme de abandono. Así que me quedo. Si quieres, tú puedes trasladarte a la habitación de invitados. No pienso irme ni de mi habitación.

—¿Cómo? —pregunté, herida de orgullo—. Pero si esta es mi casa, la casa de Lucho. Eres tú quien se tiene que ir, ¿qué quieres de mí?

Se acercó dejando una distancia incómoda entre los dos.

—Todo, lo quiero todo. Voy a dejarte sin nada. Te buscaré la ruina, te quedarás sola, sin tus hijas, sin esta fortuna que no te pertenece. Tienes hasta la medianoche para decidir a qué habitación te vas, a esa hora volveré, después de ir a cenar ya sabes con quién. —Se quedó allí un instante más largo del necesario y el metal de sus entrañas llegó hasta mí.

—Puedes decirle a tu amante lo asqueroso que eres —contesté.

—Ah. Te sorprendería lo poco asqueroso que le parezco a ella.

Se detuvo en el umbral y se giró. Yo iba detrás y, al detenerse, me sentí atrapada. El salón había perdido la tranquilidad, me parecía oscuro, sucio, lleno de polvo. Olía a metal rancio.

—Jamás vas a deshacerte de mí, pero puedes acostarte conmigo si lo deseas.

Busqué salir airosa sin conseguirlo.

—Crees que yo no tengo también dónde elegir.

—La verdad, no. Ahora mismo no tienes nada, ni siquiera alguien que te aguante la mano.

Escapó con una fría sonrisa. Yo colgué su camisa en mi armario, pronto también saldría de allí.

23

—¿Eres supersticiosa?

—No mucho, no.

Bastian me interrogaba en la cocina de Mo.

—Tenemos que hablar. Si vamos a ir juntos a Cuernavaca, deberíamos llevarnos mejor, ¿no crees? —me preguntó.

—No. No soy particularmente supersticiosa, aunque sí creo en las coincidencias.

Traté de no responder porque, a pesar de todo, sabía que yo me había excedido en mi antipatía. Me miraba curioso, o me lo pareció a mí. Estaba apoyado contra la mesa, los hombros firmes sujetando la taza con una mano. Tocar sus brazos se volvió mi único pensamiento hasta inquietarme.

—Para mí la superstición es puro teatro. Una manipulación personal a la que nos sometemos por miedo. Prefiero la razón a las emociones.

Entraron Mo y César acompañando a mi padre. Bastian se apartó, mirándome como si estuviera estudiando mi reacción y eso me desconcertó.

—Papá, ¿cómo estás? —dije a modo de bienvenida.

Iba a quedarse conmigo en casa, pero los médicos aconsejaron que no estuviera con mis hijas, ya que podrían confundirle. En casa de mi hermano estaría más tranquilo. Entre los dos contratamos a una enfermera para atenderle.

—Estás cansado, ¿verdad? —Me pareció que movía la cabeza. Miré a Bastian de reojo y lo vi sonreír. Su sonrisa hizo que mi estómago diera un vuelco.

De pronto, el fin de semana en Cuernavaca se presentó como un oasis en el desierto. La pena es que iría acompañado.

En el jardín, Mo nos esperaba con las sillas preparadas.

—Toma, léele este libro. Le gusta mucho.

En el aire huele al aceite de violetas de Mo. Mi padre, en calma, escucha su poema épico favorito de boca de César, quien recita la historia de un hombre que abandonó su país con ganas de fortuna para regresar a su vejez y descubrir que aquello que buscaba se encontraba dentro de sí mismo.

Los Ángeles es una ciudad atestada de gente. Cada autopista es un aparcamiento congestionado robando humanidad a las personas, que se ven reducidas a vivir en los coches. En

sus vehículos la gente come, se maquilla, consulta a sus médicos vía *Zoom*, lee el periódico, un libro, escucha un *podcast* de crímenes, sin velocidad, expulsan sus frustraciones en sus cláxones, y la tensión que ejercen al volante, su agresividad, se termina contagiando. En esa época me esforzaba en escuchar el trino de los pájaros en árboles que no alcanzo a ver. Nunca me han gustado las multitudes, en eso creo que es en lo único en lo que me parezco a mi exmarido, porque vivir en una gran ciudad como Los Ángeles necesita un auténtico ejercicio de paciencia. Es desesperante esta urbe de ruido y soledad compartida.

Avanzando entre el tráfico, decidí tomar la salida de Sunset Boulevard por impulso. Se me antojó ir a The Green Gospel; es un local enorme, dentro de un edificio de la época de la Prohibición, con techos altos y ladrillos rojos en las paredes. Un cartel anunciaba la noche del hechizo, sonreí con ganas, como no hacía en varias semanas. Aparqué deseando encontrarme con los dueños, una pareja pasados los cincuenta años con su propio aquelarre de magos y brujos. La dueña se me acercó cuando me vio entrar. Me impactaron sus ojos cansados.

—Julia, hace tiempo que no te veía. No sé si sabes que Tom nos dejó.

De pronto, entiendo su mirada.

Siento su pena. La conozco.

Le digo que lo siento.

—No sabía lo de Tom.

—Claro claro. Ven, pasa. Viene hoy Krijsti a leer un capítulo de su libro *Hechicera*, creo que la conoces.

—¿Krijsti ha escrito un libro? —Sacudí la cabeza y me dirigí con ella a un cuarto separado por unas lonas.

—¿Has venido por casualidad?

—Sí, estaba conduciendo hacia casa y se me ha ocurrido parar.

Recordé la última vez que me encontré con ellos en una cena que preparé para varios amigos del tarot en mi casa. El Hombre de Metal, altivo, estuvo ridiculizando el esoterismo hasta tal punto que Tom se marchó irritado con nosotros.

—Veo que te has cambiado el pelo —la escuché decir, y me di de bruces con Krijsti.

—Vaya sorpresa, Julia. Gracias porvenir a la presentación de mi libro. ¿Te avisó Mo?

—No —dije, preguntándome por qué Mo no me había avisado—. Supongo que la magia me ha traído, ni siquiera sabía que ibas a estar aquí.

—Sea por lo que sea, estoy encantada de tenerte en la presentación de *Hechicera*.

Aplaudí con ellas mientras desviaban la conversación hacia los ungüentos con plantas medicinales. En el evento no había mucha gente: dos chicas jóvenes vestidas de negro que no paraban de tocarse, una mujer rubia con grandes gafas de sol a pesar de la oscuridad del local, un hombre de pelo negro que apuntaba frases que escuchaba, un actor al que había visto en una serie no hacía mucho, un tercer hombre con gabardina, más interesado en las galletas sobre la mesa de refrigerios que en Krijsti, y otra pareja hetero escuchando con atención.

Desvié mi atención hacia las estanterías de libros, allí había una enorme cantidad de material espiritual. Los títulos despertaron mi interés. De pronto, una voz a mi lado me sobresaltó.

—Nos seguimos encontrando, Julia.

—Bastian, ¿qué haces aquí? ¿Conoces a Krijsti? —pregunté sin ocultar la confusión que me provocaba su presencia.

—Claro.

—¿Cómo os conocisteis?

—Nos presentó César una noche y nos hemos visto un par de veces. He venido a preguntarle si quiere pasar con nosotros el fin de semana de Halloween en Cuernavaca.

Por eso, por eso Mo no me dijo nada de la presentación de Krijsti.

—¿Ella es la mujer a la que vas a invitar?

—Ella es. Espero que estés de acuerdo. No hay nada serio entre nosotros, nos estamos conociendo.

Sonreí disimulando, evitando escuchar la sirena de alarma en mi interior. Vi cómo Krijsti iluminaba sus ojos al descubrir a Bastian entre el público.

—Vamos. —Bastian me empujó hacia ella. Pero no avancé, me quedé en mi asiento—. ¿Vienes? —insistió.

—No, prefiero esperar a que salude a sus invitados. Tú vete, anda. Yo me acerco enseguida.

Se levantó disculpándose:

—Quiero ser de los primeros en felicitarla.

Al verlo alejarse, me pregunté si iba a ser capaz de distanciarme de un hombre que me atraía tan intensamente. Me escabullí hacia el cuarto de baño; allí me refresqué observándome en el espejo. ¿Por qué sentía la necesidad de tocar a Bastian? Pensaba en los motivos por los que la magia me había llevado hasta allí, juntándonos a Bastian, a Krijsti y a mí en aquel extraño triángulo.

Decidí marcharme.

Olvidar a Bastian. En ese momento preferí la soledad. Por mucho anhelo de las manos de Bastian que tuviera, no había poder que me hiciera romper mi amistad con Krijsti. Por mucho que me atrajera y el corazón me pidiera desearlo.

Hui sin dejarme ver más.

24

Hacía tiempo que ya no tenía problemas para dormir, pero, desde que conocí a Bastian hacía unas semanas, no pegaba ojo. Era bastante reacia a tomar pastillas farmacéuticas para conciliar el sueño porque me dejan todo el día espesa, cansada y sin energía. Buscaba formas naturales para conciliarlo. Lo intenté todo: baños relajantes, aceites, masajes, terapia, pero la batalla contra el insomnio la tenía perdida. Pasaba las noches en vela, escuchando la tranquilidad de mi casa.

Me aventuré a pasear por las calles de mi exclusivo barrio, sin miedo a encontrar un alma. Caminaba fermentando cansancio para calmar la ansiedad hasta que decidía volver, consumida y sin pizca de sueño. Aun sin dormir, seguía activándome temprano para meditar y hacer ejercicio antes de mi ansiado expreso con limón.

Le dije a Mo que estaba tentada de cancelar el viaje a Cuernavaca. Me incomodaba viajar sola si todos los demás iban en pareja. Se asustó. Me dijo que le preocupaba esa reacción, que la temía, y por eso no me había dicho que Bastian había invitado a Krijsti, que no podía cancelar, que era la fiesta de mi cumpleaños. Bonito modo de celebrar. Me recordó que venía su hermano Will sin pareja, y eso fue un enorme alivio. Rumié sus palabras y decidí que tenía razón, no debía dejar que los pensamientos negativos avasallaran mis emociones. Amarse a uno mismo debía convertirse en mi prioridad. Ese amor me brindaría paz y plenitud, y lo necesitaba para encontrar fortaleza.

Preparé la maleta para un fin de semana lluvioso porque, según mi teléfono móvil, nos iba a caer una tormenta. Volví a llamar a Mo para advertirle del tiempo húmedo. Me dio las gracias y me recordó avisar a la enfermera a cargo de mi padre durante el fin de semana para que confirmara que no nos fallaría. Colgué y hablé con la cuidadora, quien me aseguró que no debíamos preocuparnos.

Salí a comprar una chaqueta para el viento y, adivinando que habrían preparado algo especial para mi cumpleaños, busqué unos amuletos para regalar a los invitados. Unos cristales de cuarzo que magnificaban la energía. Recuerdo que Timotea consideraba los cristales de la naturaleza como una fuente de energía para conectar y vibrar en sintonía. Los cristales invitan al amor, a la prosperidad, a cualquier cosa que uno necesite crear en la vida. Yo los tengo repartidos por mi casa para purificarla de los malos espíritus, de ese demonio que siempre me ha perseguido.

La magia es algo tan personal, un universo imposible de explorar si uno no cree. Tal vez soy supersticiosa y me sugestiono hasta el punto de inmovilizarme si no escribo mis intenciones, si

no canalizo los estímulos en hechizos.

En Cuernavaca había una mujer a quien deseaba visitar, todavía fastidiada con Mo por no avisarme de lo de Bastian y Krijsti; pedí consulta sin comentárselo a nadie. Era mi cumpleaños, Halloween y Día de Muertos, estaba reciclando mi vida y me encontraba sin recursos.

25

Atrapados en un juego asfixiante de persecución y distanciamiento, el Hombre de Metal y yo decidimos acudir a terapia en los primeros años de nuestro matrimonio. Con el nacimiento de nuestra primera hija aumentó su distancia con la familia, y su retraimiento me llenaba de amargura. Cada vez que nos encontrábamos de nuevo solíamos pelearnos. Luego me fui acostumbrando a su presencia sin emociones. El vacío era un sentimiento perturbador porque iba borrando la misma esencia del ser. Y así, sin que sepa cómo, sumando noches en las que te preguntas por qué sigues, pasaron años, sí, años. Increíble. Y un día te levantas y empujas tu vida por la borda.

Lo encontré en su despacho, estudiando unos documentos. Me senté frente a su mesa. Levantó la mirada sorprendido. Esperaba el ataque habitual, sin embargo le hablé con sutileza.

—Admito que he estado pidiéndote algo que no quieres darme, es el momento de tomar caminos separados, de renunciar a este matrimonio que en realidad es una sociedad financiera. Quiero estar sola. Crecer como ser humano, y otorgarte la libertad de vivir a tu antojo.

—Oh —dijo, moviéndose incómodo en la silla—. Aprecio tus palabras, pero no voy a dejarte esta casa.

—¡Esta casa no es tuya! —grité y me arrepentí.

—Fui yo quien te ayudó cuando lo necesitaste. Haberlo pensado antes. Si quieres esta casa, me pagas la mitad. Tú decides. —Se levantó claramente enfadado, dejándome allí, preocupada por el futuro, por mis hijos y su mantenimiento.

Unas semanas después empezó a ponerse nervioso. Para mi sorpresa, descubrí que le incomodaba no poder hablar conmigo. Me daba cuenta de que la indiferencia provocaba su ira. Los esfuerzos por encontrar un entendimiento fueron ineficaces y no conseguí nada, era más de lo mismo.

Una mañana anunció su intención de pasar un mes en Europa, aunque no me dijo cuándo iba a salir de Los Ángeles.

—Fírmame los papeles del divorcio que te ha enviado mi abogado, por favor. No te vayas sin hacerlo. —Expresé mi voluntad de forma clara, directa, repitiendo lo que le había pedido y volvió a ponerse a la defensiva.

—Ya te he dicho que ese acuerdo no lo voy a firmar.

Volvió a protestar por unos documentos redactados como un insulto. Planteó argumentos,

intentando persuadirme de buscar una solución en pareja, pero la experiencia me había enseñado que él no iba a cambiar y yo ya había tomado mi decisión.

—Estamos en Estados Unidos, no en España, ni en México. Aquí las mujeres podemos divorciarnos sin permiso. —Mi ira iba en aumento.

—Si quieres un divorcio a las bravas, lo tendrás. Regreso en un mes. Ya puedes ir preparando a tus abogados —dijo.

Trataba de no dejarme vencer por sus chantajes, temiendo cada vez que involucraba a nuestras hijas en su manipulación con mensajes más o menos claros sobre mi estado mental: «No sabéis la vergüenza que me da que vuestra madre tenga un altar de brujería».

Ellas, acostumbradas desde niñas a mis creencias, lo consideraban divertido. «A mis amigas les encanta», decían sin tomar en consideración a su padre.

La independencia es un valor primordial en mi existencia, y siempre la he ejercido sin preocuparme de la aprobación ajena.

—Es mi cumpleaños y voy a ir a México con mi hermano. Antes de irte a Europa, ¿puedes quedarte hasta el lunes con las niñas?

—Claro. Al final, resultará que el ejemplo soy yo.

Mantenía al margen de nuestro conflicto como pareja a las niñas para no provocarles angustia. Iba a necesitar una enorme carga de valor para sostener mi postura frente al volumen de las acometidas de mi ex en su tratamiento del divorcio. Con cada esfuerzo, con cada palabra, con cada movimiento que hacía trataba de manipular a nuestras hijas. Era un maestro en asustarme, en hacerme sentir culpable responsabilizándome del fracaso. Intentaba atropellarme frente a ellas, comprarlas con beneficios materiales a cambio de noticias o favores emocionales y, desgraciadamente, consiguió en algún momento la respuesta favorable de la mayor, quien con el paso del tiempo descubrió con «pruebas» quién era su padre.

Llamé a Will y le pregunté si durante el fin de semana en Cuernavaca se atrevería a hacer una visita a la curandera conmigo. Creo que guarda una pena de amor, pero es tan reservado con sus experiencias que nunca sabemos cuándo se encuentra dolido.

—Claro que voy. —Su sincera alegría me sacó una sonrisa.

—Sabes que eres familia, Will, estoy feliz de que vengas. Ya he conseguido cita. No se lo digas a Mo porque le vamos a estropear su agenda y nos obligará a cancelar. Nos escabullimos y desaparecemos un par de horitas, ni se van a dar cuenta. Es un viaje con varias parejas. Solo tú y yo vamos desparejados.

—La pareja perfecta —dijo antes de colgar el teléfono sin despedirse.

El hermano pequeño de Mo es un hombre muy particular. Su difícil infancia en México está salpicada de traumas; sin embargo, ha sabido salir adelante manteniendo íntegra su identidad, su condición sexual, tan atacada en nuestro país, que la vive con libertad en Los Ángeles, donde se ha convertido en líder de un grupo de apoyo a los jóvenes latinos que sufren la lacra del ostracismo por el hecho de ser homosexuales. Lo admiro muchísimo. Siempre que me ha pedido ayuda para su causa se la he prestado con generosidad porque, como él, he aprendido a luchar por triunfar tomando el camino empinado. Cuando Will habla de la situación de tantos jóvenes latinos se le llenan los ojos de lágrimas.

—Es injusto y me duele que miles de ellos no puedan hablar con libertad, por eso sigo luchando. Porque no pueden dedicar su esfuerzo a escoger lo que quieren y no se les valora.

Él trata de calmar su enojo con una renovada actitud.

—Debemos transformar la mentalidad de nuestra comunidad, los problemas emocionales tienen sus raíces en la educación. Muchos padres, hermanos y compañeros de esos jóvenes no se sienten preparados para enfrentar su situación, se frustran y se ponen a la defensiva.

A Will lo he acompañado a conferencias para congregar grupos de apoyo en favor de la libertad. Creo que cada uno debe expresarse desde su perspectiva de género. A él le encanta que le hable de forma directa, porque él tampoco se detiene ante los obstáculos.

Alguna vez le he dicho que es un luchador. Lo creo de verdad, es de las pocas personas con quienes me atrevo a compartir mis miedos sin temor a ser juzgada.

26

«El diablo es la traición», se leía en el rótulo colgado de la pared de entrada de la consulta de la sanadora de Cuernavaca. Will, al verlo, suelta bajito:

—El famoso traidor.

Pienso lo mismo, pienso en ese noveno círculo donde se encontraba lo peor de la raza humana. Para mí, la imagen de Satanás se ha usado con demasiada frecuencia para provocar miedo en la sociedad, pero exponer los vientos fríos del infierno haciendo uso de la traición para adoctrinar moralmente me sorprende. ¿Quién era aquella sanadora?

Voy hacia atrás en el tiempo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Consecuencia de mis propias debilidades, supongo. He ido preguntando, buscando, creando una niebla a mi alrededor para esconder mi realidad. La traición es autodefensa. Ese pensamiento traspasa mi piel, mi mente. Will me adivina.

—¿Has traicionado a alguien? —pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?

—No te pongas a la defensiva. Sé positiva, yo sí he traicionado. Creo que es imposible encontrar a alguien incapaz de traicionar, y dudo si traicionar a la familia es peor que traicionarse a uno mismo. Es un acto deshonesto, a veces premeditado, a veces espontáneo, que rasga a la humanidad.

—Dejémoslo. Estoy cansada del viaje y no quiero ponerme profunda.

Sé que estoy evadiendo enfrentar una respuesta.

—Creo que sobrevivir al poder necesita traiciones —le digo.

Se hace un incómodo silencio. ¿Cómo mantener la ambición sin una traición? Acondicionar el éxito requiere ciertas manipulaciones de la realidad, ejerciendo esa indignidad desde dentro. Me aterra pensar que por fin el demonio se ha adueñado de mi corazón. Si estuviera Timotea…, podría salvarme. Sin su guía me he llenado de secretos, me he vuelto fría al abrigo de una coraza de acero que resguarda mis sensibilidades.

He venido con amigos de viaje y lo primero que he hecho es abandonarlos. Voy a lo mío hasta que entiendo que debo mostrarme generosa con ellos. La traición habita entre el fuego y el hielo, entre la niebla y el barro, la bestia contra la que, para mí, luchaba Timotea.

Siento el caos entrar en mi ordenada existencia. Tal vez es por eso que las mujeres de Oaxaca no quieren ser mis socias. Recuerdo los días felices junto al Hombre de Metal, pero esa memoria

se ve interrumpida por mi rencor; durante nueve años he callado mi desazón al verle comer de pie, deprisa, sin hablar. Lo toleraba porque no deseaba enfadarme, pero un día dejé de aceptarlo. Me rebelé. Mi aversión crónica a sus modales de puerco abocó al fracaso nuestro matrimonio. Me repugnó desde el primer momento y, sin embargo, lo disimulé traicionándome a mí misma. He descubierto en mí algo, y es que evito comunicar aquello que me irrita, especialmente si es un problema menor. He coleccionado tanta irritación que me he convertido en una miserable. Mi matrimonio está acabado y yo he sido quien se ha traicionado. Ya no voy a pretender más, no quiero al demonio habitando en mi corazón. La vida es una continua repetición y no pienso traicionarme más.

—Vámonos —le digo a Will, agarrándole del brazo—. Vámonos.

—¿Por qué? ¿No quieres hablar con la sanadora?

—No, ya tengo la respuesta a la pregunta que me ha traído hasta aquí. Si tú quieres entrar, te esperaré fuera. Yo he encontrado el significado a este laberinto en el que me encuentro. Mis fantasmas me han hablado con palabras mágicas, es momento de cambios radicales, de rescatarme. Ese es mi reto. He estado ciega, completamente ciega.

Salimos andando de aquel lugar en mitad de las montañas. Mi teléfono se ha quedado sin batería y nos encontramos perdidos sin el mapa de camino de regreso a la casa que habíamos alquilado.

—Creo que hemos andado por un sendero durante unos tres kilómetros. Primero en línea recta, para luego desviarnos a la derecha. La verdad, no me acuerdo. Estoy desnortada. Vamos a tener que volver a preguntar a la bruja y me muero de vergüenza por haberme marchado sin verla.

—Estamos perdidos en mitad de un bosque. Regresemos a pedir ayuda o no llegaremos nunca a la casa. —Will insiste y yo me defiendo.

—Dejémonos guiar. La intuición nos llevará —le contesto irresponsablemente.

—Te has vuelto loca, no tienes una bola de cristal. No seas necia, Julia. Deja de decir idioteces. —Will no se mueve.

—Regresemos —digo, y él asiente con la cabeza.

Volvemos a la casa, la mujer nos espera en la puerta.

—La felicidad es responsabilidad, hay una relación entre el valor de conseguir algo y la dificultad de hacerlo, pero no es suficiente con desear. ¿Te sientes capaz de irte sin un mapa?

—La dificultad es necesaria, pero, en este caso, sería también una temeridad innecesaria —le digo.

—Hay alguien con una voz profunda, que dice llamarse Lucho, intentando hablar contigo.

Me quedo petrificada. Un escalofrío se materializa en mis huesos.

—¿Sientes su aroma?

De pronto, el olor a Lucho recorre la tierra.

—Dice que tienes que aguantar, que te sigue apoyando. Parece enfadado.

—¿Por qué? —pregunto confundida, buscando una justificación a la ira del fantasma.

—¿Está hablando con un fantasma? —pregunta Will.

—Dice que está muy agradecido por cómo lo cuidaste.

Mi corazón empieza a sangrar, vivo con el recuerdo de la persona que tanto quise. Transportada por el dolor, la médium me dice:

—Le gustaría rescatarte, perdónalo. Dice que, mientras confíes en ti, nunca necesitarás nada.

Esta terapia aplicada vía embrujo no me ayuda; si se suponía que iba a liberarme de los temores, consigue lo contrario.

—Explora, viaja, tal vez es el momento de reinventarse. —La mujer, anciana, habla rápido, sus manos acomodadas con fuerza en la cintura. Desprende una energía demoledora—. Presta atención, estás a punto de romper un equilibrio. Vas a sufrir mucho. El resentimiento te empobrece. Ese demonio vive en ti; si no haces nada, se apoderará de tu voluntad y de tus deseos.

Nuestro Lucho desaparece sin ofrecer una segunda cita.

—Ahora idos, que la noche quiere caer. Tenéis que andar hasta la laguna, bordearla y girar a la derecha cuando veáis un banco de madera, después seguir la vereda de las flores azules hasta dar con el camino, girar a la izquierda y llegaréis hasta el pueblo. Y tú —dice mirando a Will—, comienza a observar cómo manejas tu ira, de otro modo, te enfermarás muy pronto. Tu amiga te ha salvado, ella sigue en peligro y te necesitará.

Cuando termina de hablar, se da la vuelta y se mete en su casa. Will y yo en silencio emprendemos el regreso, siguiendo las instrucciones de la mujer al pie de la letra.

—Se me está despertando un terrible dolor de cabeza —digo al bordear el lago.

Él asiente sin decir palabra.

Una hora después de empezar la marcha, vemos a lo lejos la casa alquilada. Mo está sentada en las escaleras del porche hablando por teléfono, parece alegrarse al vernos. Levanta los brazos al aire y su calidez nos envuelve. Advierto cómo su hermano acelera el paso. Al alcanzarla, los dos nos abalanzamos sobre ella como dos críos, abrazándola con fuerza.

—Pero ¿qué os ha dicho esa mujer? —nos pregunta soltando una carcajada.

Me quito las botas embarradas mientras le explico a Mo nuestro encuentro.

—La casa está apartada, a las afueras de Cuernavaca, ya en el bosque. Es pequeña, pero muy coqueta. En la entrada tiene un cartel que, al leerlo, me ha hecho recapacitar. En ese momento me he dado cuenta de que, si estabais tú, Krijsti, César y Will aquí conmigo, no tenía necesidad de buscar a otra persona para hablarme del futuro. La cosa es que me ha dado un mensaje claro, funesto casi. Me ha venido a decir que voy a sufrir para conseguir lo que sea que tengo que hacer.

—Lo estás resumiendo demasiado —me interrumpe Will mientras se quita también sus zapatillas—. Yo no lo he entendido así; creo que te ha dicho que, para conseguir lo que quieres, necesitas enfrentarte a ello. Vas a sufrir, sí, pero vas a salir fortalecida. —Y luego cuenta lo que le ha dicho a él sobre las consecuencias de guardarse la ira.

—Suena a una mujer con frases calculadas. Eso se lo puedes decir a cualquiera si te dedicas a simplificar verdades. No os obsesionéis en bucle los dos, vamos a comer algo. Vaya par de dramáticos. —Mo nos empuja para entrar.

Me da la impresión de que parece aliviada.

—Vamos, sí. Necesito tomar algo para el dolor de cabeza y tumbarme un poco antes de la cena. Si no necesitas que te ayude, me voy a descansar un rato —le digo.

—Claro, no te preocupes. Baja a cenar en hora y media.

—En cualquier caso, si ves que no bajo, sube a buscarme.

Mo se encamina hacia la cocina acompañada de Will.

—Estoy muerto de sed, voy a beberme un litro de agua. ¿Quieres que te suba un vaso, Julia?

—Sí, por favor. Puede que el dolor de cabeza sea debido a la deshidratación por la altura y a no beber agua.

Agradezco la compañía de los hermanos Dare, son absolutamente maravillosos conmigo.

En la escalera me encuentro con Bastian.

—¿Ya habéis llegado? Mo nos avisó que no vendrías hasta la cena.

—Ya ves —contesto escurridiza porque deseo ir a tumbarme y no dar explicaciones.

—Me empiezo a acostumbrar a tu frialdad. ¿Es eso peligroso?

Me giro en la escalera para mirarlo a los ojos.

—Como decía Kafka, a partir de cierto punto no hay retorno, y ese es el que tienes que alcanzar para que no sea peligroso —le contesto casi grotesca.

—Si me acerco más, siento que será peligroso —replica con precaución contenida—. Intuyo que leemos lo mismo. Resérvame un rato esta noche para conversar antes de continuar resolviendo misterios —susurra, dejando el paso libre hacia mi habitación—. Conversar o guardar silencio —grita Bastian bajando al trote las escaleras.

Me siento a meditar al borde de la cama. En ese momento, oigo las palabras de Timotea, palabras que siempre me generaban inquietud, palabras dichas al aire viajando en el tiempo, desde mis recuerdos, donde vivían mis fantasmas y sus voces: «Una voluntad y una mente resistentes pueden crear lo que quieras, piénsalo. No hay necesidad de magia, de hechizos, de cantos; si usas esos rituales, debes asociar una intención a ellos. Planea cada deseo para conseguir una ventaja».

Me tumbo en la cama hasta quedar profundamente dormida. Me despierto con golpes en la puerta. En un primer momento no acierto a saber dónde me encuentro, el malestar ha desaparecido. Hay en mí una paz intensa.

Escucho una voz, aún proveniente de mis sueños: «Rompe con el miedo, la frustración y la decepción, deja de estar perdida. Haz que me sienta orgulloso de ti».

En el silencio dejado por los golpes, ha venido a mí la voz de Lucho y con ella una paz que no me abandona en toda la noche.

Me doy una ducha rápida, me pongo unos vaqueros y una camiseta, y bajo a encontrarme con mis amigos, que están en la cocina conversando alrededor de una botella de vino rosado. Han estado atareados preparando la cena de mi cumpleaños y se muestran animados.

—Dormilona, ya son casi las ocho y media. Llevas dos horas durmiendo —dice mi hermano, dándome un cariñoso abrazo.

Lo encuentro más jovial que de costumbre y lo achaco a los dos vasos de vino que preceden a mi llegada. Llueven felicitaciones de cumpleaños, gritos recordando los cuarenta años que cumplo. No olvido que los cumplo afrontando un divorcio.

—Qué regalazo —digo para mí misma.

—Felicidades —grita Mo, que ha preparado un verdadero festín para el aquelarre que me rodea, aunque no sé si debo incluir a Bastian, un tipo a quien lo místico no le atrae.

—Mi cumpleaños no empieza hasta dentro de unas horas —les digo, admirando el alarde gastronómico: ensalada de endivias, bandejas de queso y carnes frías, berenjenas rellenas, pastel de cabracho y una enorme tarta de chocolate coronando la mesa—. Esto es una barbaridad. Mo, ¿lo has preparado tú?

—Cariño, no no. He contado con la ayuda de Bastian y Krijsti —dice con generosidad.

—Yo no he hecho nada. Han sido ellos los que se han encargado de todo. Yo he estado ocupada abriendo botellas de vino y besando a Bastian para darle energía.

Nos reímos ante la salida de Krijsti. Es muy simpática, pero me gustaría no verla tan entusiasmada con Bastian.

—¿Por qué no salimos al jardín a disfrutar de la noche? —propone César, el amante de la naturaleza.

—Amor, hay muchos moscos a esta hora. Cenemos dentro y después celebramos el cumpleaños de Julia bajo las estrellas frente a una hoguera, como una auténtica noche de Halloween.

—Perfecto —apoyo a mi cuñada.

—Cuando salgáis, no olvidéis poneros el repelente. —Mo es una madre sin hijos.

César la besa en la mejilla, y yo, que estoy hambrienta, me sirvo un vaso de vino rosado antes de servirme un plato.

—Qué barbaridad, Julia. No sabía que comías así. ¿Dónde lo metes? —dice Krijsti y me molesta.

Adivinando mi suspicacia, Bastian replica:

—Ya estamos algo borrachos, nos tienes que alcanzar para no quedarte atrás.

Ya fuera, César se sienta a mi lado y me coge las manos. Lo miro y entiendo que intenta decirme algo. Mo también ha estado nerviosa escondiéndose en los quehaceres de la cena sin hablar conmigo.

—¿Qué sucede?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Acaban de ingresar a papá en el hospital. Me temo que tenemos que regresar a Los Ángeles mañana mismo. Es grave. He cambiado los billetes para que tú y yo viajemos a primera hora. Un coche nos recogerá de madrugada.

Will se acerca a nosotros para abrazarnos. Algo se rompe dentro de mí. Creo entender por qué Lucho ha venido a hablar conmigo esa tarde, porque estaba descendiendo de nuevo hacia el infierno del dolor. Alcanzar la paz es un sacrificio continuo.

Bastian nos pregunta:

—¿Cómo fue vuestra infancia en Veracruz?

Los dos nos reímos.

—Mi hermana era la protagonista de la familia. Siempre inventado, siempre atrevida. Dio mucha guerra —cuenta César.

—¿Te acuerdas de mamá? —le pregunto.

—Hoy especialmente —contesta triste. Su recuerdo llega hasta nosotros como una gran ola —. Siempre organizaba una fiesta increíble en Halloween para celebrar el cumpleaños de Julia. Veracruz es una ciudad mágica.

Es un gran alivio escuchar sus palabras.

—Creo que papá va a estar feliz de encontrarla. A su manera, la quería —le digo a César.

—Papá recibió una educación demasiado estricta, rudimentaria, católica, elitista, era inaudito verle entregar su cariño a sus loros antes que a su mujer o a sus hijos —dice mi hermano.

—A ti te adoraba.

—Conmigo era una de cal y otra de arena. Lo mismo me admiraba en grupo que me insultaba en privado —admite, bajando la cabeza.

Yo no tenía idea de que mi padre lo insultara a solas.

—Me decía que era un inútil, incapaz de terminar una carrera. Lo defraudé primero por no ser médico, luego por no terminar una carrera universitaria y después por casarme con Mo, a quien despreciaba por ser, según él, de condición social inferior.

Mi cuñada permanece callada. Ella ha cuidado a mi padre durante las últimas semanas con cariño y entrega. Me acerco y la beso en la mejilla.

—Gracias por tanto, mi familia te debe mucho. ¿Por qué no encendemos velas y escribimos intenciones? Hay mucho sentimiento brotando en esta noche de cumpleaños. Es un triste adiós, la tristeza hay que celebrarla porque es una lección —les pido a todos.

—Otra estación —dice Mo, recordándome a Timotea.

—Yo prefiero pasar, a mí eso del misticismo no me interesa. No creo en la superstición —dice Bastian dejando estupefacta a Krijsti, que lo regaña.

—Venga, déjate de excusas. Escribamos una frase dedicada a Julia en un papel.

—Hacedlo vosotros. Voy a servirme más vino.

El silencio se apodera de nosotros. Krijsti nos sobresalta furiosa:

—Eres un arrogante. Si estuvieras en el lugar de Julia, ¿te gustaría que tu familia y tus amigos te trataran con esa indiferencia en tu cumpleaños?

Will agarró a Bastian del brazo.

—Estás siendo muy grosero.

La tensión va en aumento.

—A ver, a ver. No hay necesidad de agresividad —pide César.

—Ella es agresiva —dice Bastian enfadado con Krijsti.

—Si no quieres participar en las intenciones, no lo hagas. Nosotros vamos a hacerlo —contesta Krijsti.

Bastian agarra la botella de vino y entra en la casa dejándonos la sombra de su temperamento.

—Olvidémoslo. Es un idiota. Mo, ¿tienes un cuaderno para que escribamos nuestras manifestaciones en papel? —dice Krijsti.

—Sí. Espera. Lo traigo. ¿No crees que deberías ir a hablar con Bastian? —le pregunta mi cuñada, regalándome una extraña sonrisa que despierta mi curiosidad.

—No, es un idiota —contesta Krijsti.

Cuando terminamos de quemar los papeles de las intenciones, mi hermano avisa que se va a dormir. Mo lo acompaña.

—Dejad los platos, ya los recogeré por la mañana.

Krijsti, bastante borracha, se ha quedado dormida en el sofá y Will fuma fuera. Yo decido quedarme bajo las estrellas. Allí me encuentro a Bastian.

—¿Quieres algo? —dice, sentándose a mi lado.

—No, gracias. Ha sido una noche complicada.

—Perdona si te he ofendido. No era mi intención, pero me molesta que me obliguen a hacer lo que no quiero.

—Me ha sorprendido tu actitud —digo con franqueza.

—¿Por qué?

—Creo que Krijsti se había hecho ilusiones contigo y has estado muy grosero, has contestado de una forma que no solo has rechazado lo que ella cree, sino también a ella.

—Me he sentido atosigado. Te advierto que no me arrepiento, me parece que ahora las cosas están más claras. Me agobia su intensidad.

—Es probable que ya no podáis ni ser amigos.

—No lo éramos antes. Podemos vivir el uno sin el otro. Me interesa más saber lo que tú opinas de mí.

—Pues ya te he dicho, creo que eres impetuoso. ¿Era necesario hablar con tanta imprudencia?

—¿Te parezco imprudente?

—¿Te das cuenta de que preguntas lo que acabo de contestarte?

—No me parece que esté haciendo eso. Lo que no acierto a entender es por qué siempre que hablamos no conseguimos mantener una conversación sin enfrentarnos. Parece que estamos compitiendo en una guerra de egos, y, sin embargo, siento que congeniamos.

—¿En serio?

Bastian soltó una carcajada contagiosa.

—Desde que te conocí estás a la defensiva. Me hubiera gustado invitarte a cenar, conocerte en otras circunstancias. Eres una mujer muy atractiva.

Le agradezco su interés, que con sus palabras me ayude a olvidar mis problemas.

—Tal vez hayas llegado en el momento equivocado. No lo sé. Es incontestable que me atraes como la gravedad, pero no puedo rendirme. Ahora mismo necesito centrarme para tomar decisiones, cualquier distracción será una ilusión —le digo.

Veo un delicado color rojo en su rostro.

—¿Ves?, hablas tan directo como yo, y no te ataco ni te crucifico con juicios por ello. Tú lo has hecho conmigo. Hablar claro nos protege. Uno debe saber lo que no quiere y decirlo. Entiendo que las formas hieren, lo siento. Krijsti debería dejar a un lado sus miedos, su inseguridad, sus complejos, aquello que le impide ser ella misma. Está todo el santo día con las cartas del tarot arriba y abajo. Si quedamos, depende de la carta que sale. Tanto hablar de conectar con la naturaleza y es incapaz de conectar con la gente que tiene alrededor.

Me levanto molesta.

—No me gusta que hables así de mi amiga. Voy a entrar, que me estoy entumiendo. A ver si consigo dormir un par de horas.

—Espero que tu padre mejore. Te llamaré.

Lo miro pensando que es muy probable que no vuelva a verlo. Cuando estoy a punto de cruzar la puerta, me abraza. Sus músculos rodean mi cuerpo haciéndose deliciosamente irresistibles. Me da un beso en la mejilla. Titubea al dejar que sus labios rocen los míos. Mi cuerpo pierde gravedad entre sus manos, me cuesta recuperar el sentido común.

Digo «Buenas noches» casi en un susurro y subo en silencio a mi habitación. En ese momento, el orgullo desaparece. El temple, la resistencia. Necesito besarlo. Vuelvo. Sus labios tensos, dulces, responden ansiosos, esperando los míos.

—Vamos a necesitar más de un beso para dar consuelo a esa pena —le escucho decir.

Vuelve a besarme. Acaricia mi pelo cuando me aparto mientras yo intento tragarme su

imagen. Su rostro declara su incertidumbre ante mi reacción. Me agarra la cintura con ambas manos y me dice:

—Creo que debes ir a descansar.

El poder de sus ojos me traspasa. Su rechazo envuelto en esa entrega es respeto.

—Tienes razón —le digo. Por mucho que lo desee, no tiene sentido entregarme esa noche.

—Te llamaré —repite, y vuelvo a advertir mi derrota en sus palabras.

Lo beso y sonrío.

—Buenas noches, Bastian.

Me llevo ese beso como *souvenir* y lo guardo en el cajón de las memorias favoritas. De las que se escancian en tránsito.

«Sé fuerte», me digo, recordando las palabras de Lucho al recorrer el camino de la despedida. Sé que Bastian me observa y giro la mitad de mi cuerpo; lo veo apoyado en actitud traviesa con un codo contra la pared.

—Buenas noches, hermosa, y feliz cumpleaños.

—Gracias —me despido conjurando una promesa en ese beso envenenado.

A las dos horas un coche nos recogió para llevarnos al aeropuerto. Antes de salir, Mo se acercó con una taza de café. Había hablado con el hospital, desde donde le habían informado que nuestro padre se encontraba estable.

—Toma —dijo al darme la taza, acariciando el amuleto de su cuello.

Ella no reza, ella conjura su magia para proteger a quienes quiere, como hacía Timotea. Siempre alejando a los demonios.

—Estás muy guapa con el pelo recogido. El moño acentúa tus facciones. —Sonrió; sé que intentaba animarme.

Mi hermano me reclamaba desde la puerta.

—Date prisa. No me fío del tráfico y debemos atravesar Ciudad de México para llegar al aeropuerto.

La incertidumbre se apoderó de los dos. Le di un beso a Mo antes de subirme al coche.

Enseguida abandonamos el bello bosque de Cuernavaca. Por la autopista despejada, cuarenta minutos después aparcamos frente al aeropuerto. En la sala VIP, César y yo hablamos.

—Si muere, ¿dónde crees que debemos enterrarlo? No te extrañes por la pregunta, es una conversación obligada —me dijo César.

—Lo sé. ¿Tú crees que deberíamos llevarlo a Veracruz, junto a mamá?

—Yo creo que sí. Me encargaré de ello. Si quieres venir, podríamos ir juntos. Aunque también podemos organizar un funeral en Los Ángeles y otro en Veracruz.

—Sí. Sería lo correcto —contesté cansada.

Sus ojos negros habían dejado de brillar y emanaban tristeza.

—Cariño, no te aflijas. Es ley de vida, era algo esperado —traté de consolar a mi querido hermano.

—Nada consuela a un hijo que pierde a un padre —contestó agarrando mi mano.

—¿Te acuerdas de los loros? Cómo le gustaban…

—Es cierto. Le costó mucho desprenderse de ellos. Nunca lo reconoció, pero te admiraba mucho.

Su respuesta coincidió con una sacudida del suelo, un temblor fugaz. Asustados, nos

quedamos quietos. Callados.

—Dejemos de hablar de su vacío antes de tiempo.

Había ignorado los sentimientos de mi hermano, un hombre amable y bondadoso. El poder de la magia de Mo lo protegía de sus demonios, pero su falta de ambición había podado sus sueños, que ahora estaban plagados de lamentos.

Codiciaba ser como Lucho, como el Hombre de Metal, incluso como Bastian; hombres que, de alguna manera, se parecían a mi padre.

—La gratitud, la lealtad y el respeto no conducen más que al fracaso —dijo bajito.

—No digas aquello en lo que no crees —le contesté.

—Sí lo creo, mírame. Tengo un trabajo de detective sin apenas clientes.

—Siempre puedes reinventarte. Te gusta dibujar, ese es un talento de pocos.

El anuncio de nuestro vuelo para embarcar interrumpió aquella incómoda conversación.

Me desperté en el momento en que aterrizamos en Los Ángeles; fui capaz de dormir las cuatro horas de trayecto hasta que el empujoncito de la azafata, en su afán de abrocharme el cinturón, me despertó.

27

Llamé a mi hija mayor, pero no me contestó. Ingenua de mí por creer que un domingo por la mañana temprano estuviera despierta, porque no es madrugadora. Esperé hasta llegar al hospital para hablar con ella.

El médico de Urgencia nos recibió en su despacho para analizar la situación de mi padre.

—Está ingresado en la UVI, podéis entrar uno por uno. Lo hemos conseguido estabilizar, pero temo que sea cuestión de días.

César se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Quieres entrar tú primero?

—Sí —contesté, levantándome de la silla—. Gracias, doctor.

Me vestí con un traje de plástico para evitar intoxicar las pocas defensas de mi padre con virus exteriores. Fue desolador encontrarlo dormido en una cama, frágil, pequeño, delicado. Con las manos amoratadas por los pinchazos, manos secas de sangre. Acaricié un ralo mechón de su pelo, lo besé en la mejilla, lo acuné y se despertó.

—¿Julia?

Escuchar mi nombre en su boca fue el mejor regalo del universo. Habíamos pasado la mayor parte de nuestras vidas enfrentados, sumidos en la soberbia. No recordaba a mi padre sin la vaga sombra del rencor. Brotaron las lágrimas. Aun cuando él apenas me reconoció, ese velado instante de lucidez me transportó a Veracruz, a su casa, a su jacarandá y sus loros. Las palabras tienen efecto en nuestro estado de ánimo. Sin que yo lo supiera, ese era el mejor regalo que recibí ese año.

—Papá, te quiero mucho.

—Y yo a ti, hija. ¿Dónde está César?

—Está fuera, ahora entra.

—Quiero ir a casa, no sé dónde estoy.

La enfermera entró para limpiarlo. Salí y fui en busca de mi hermano.

—César, papá está despierto, lúcido, incluso me ha reconocido. Ha sido increíble. Ha preguntado por ti. En dos minutos puedes pasar. ¿Te importa si me voy a casa y regreso en un rato? Quiero darme una ducha.

Con solo cuatro horas de sueño, me encontraba cansada.

—Claro, yo me quedo aquí. Ve a ver a tus hijas.

—Gracias —le dije y enfilé la salida pidiendo un Uber.

Mis hijas se habían quedado en casa con una muchacha porque su padre, al parecer, tenía planes. Como siempre. La mayor me llamó el viernes, enfadada por no tener a nadie que la llevara al cine con sus amigas. Volví a llamar a mi casa desde el Uber, pero seguían sin contestar. Era deprimente. Los padres no merecemos tanto egoísmo.

Al abrir la puerta me sorprendió el silencio. Calculé que ya deberían estar despiertas, sobre todo si la mayor había invitado a sus amigas, como habíamos quedado. Fui a su habitación. No había nadie. Subí a la sala de cine, tampoco. El pulso se me iba acelerando. Bajé a la cocina. No estaban allí. Las busqué en la piscina, nada. Mi corazón empezó a cabalgar a otra velocidad. Corrí a los cuartos de las muchachas. Me encontré a Luisa viendo una telenovela.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la cocina? ¿Dónde están mis hijas?

—Ay, señora. Perdóneme, pensaba que estaba sola en la casa. No esperaba que llegara tan pronto. Me habían informado de su regreso para mañana. Emilia se ha ido con las niñas a la casa del señor. Vino a buscarlas ayer por la noche.

Respiré tranquila, y, ya más calmada, reaccioné:

—Está bien. Prepárame un zumo de verduras y un café, por favor.

Salí en busca de mi teléfono y marqué el número de Emilia, preguntándome por qué nadie me había avisado. No contestó. Pensé en llamar a mi exmarido, pero la sola idea de escuchar su voz me irritaba. Preferí esperar y volver a intentarlo con Emilia.

Regresé a la cocina y le pregunté a Luisa si, de casualidad, tenía el número de teléfono del marido de Emilia.

—No, pero se lo puedo conseguir. Váyase a duchar. Cuando termine, se toma el zumo y ya le doy el número. Estará más tranquila.

—Gracias —le dije, pensando que me había apresurado en mi miedo. No, no había motivo para asustarse. «Están con su padre y su nana, tranquilízate, Julia».

Me tomé mi tiempo dándome un baño de sales, dejando al agua caliente relajar mi cuerpo, y con la mente en otro espacio. Creo que estuve casi cuarenta minutos en el baño, luego me di una ducha rápida con agua fría. Llevaba el pelo goteando cuando entré vestida con ropa de ejercicio en la cocina, donde Luisa había preparado zumo, café y una tostada de pan integral que agradecí, aunque no me la comí.

«Hoy la luna llena tendrá un tono rojizo; luna de sangre. El eclipse completo será visible en el cielo en el área de Los Ángeles durante aproximadamente catorce minutos a partir de las 4.11 horas».

La voz de la radio atrapó mi atención.

«Una superluna, lo que significa que es más grande y más brillante de lo habitual. Las superlunas ocurren cuando nuestro satélite se acerca más a la Tierra».

Timotea la llamaba la Luna de las Flores porque ante ella surgen las flores silvestres. Agarré mi iPad y busqué la noticia en una de las aplicaciones de astrología que he bajado. De pronto, el teléfono de Luisa sonó.

—Señora, es el marido de Emilia.

Al otro lado del auricular, una voz grave hablaba con preocupación.

—Señora, me acaba de llamar mi mujer a escondidas, parece que el señor ha viajado con ella y las niñas a Nueva York. Ella regresará esta noche y, en cuanto pueda, se pondrá en contacto

con usted. El señor le ha quitado su teléfono. Las niñas viajan con su padre a París.

—¿Cómo? Eso no es posible. Si yo tengo los pasaportes…

Entonces caí en la cuenta de que él habría podido hacerse con los pasaportes españoles. Maldito bandido.

—Gracias. Si consigues hablar con ella otra vez, dile por favor que se comunique conmigo en cuanto le sea posible.

—Sí, eso me ha dicho que quiere hacer. Está con el conductor y no le permite llamar hasta que salga el avión del señor. Sé escapó a hablarme desde el teléfono de una de las cocineras.

—Gracias de nuevo por tu llamada —dije, furiosa con mi ex.

Colgué y llamé a la Alborotadora, la abogada determinante en el divorcio de una de mis amigas.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo primero es ir a la Policía a poner una denuncia. Te encuentro en la comisaría de Beverly Hills en quince minutos.

Grité de rabia sin contenerme.

Tenía que detenerlo antes de que saliera con ellas del país. Una vez en Europa, iba a ser difícil traerlas de regreso. Sentía los malos augurios de la luna roja, el fin de un ciclo en mi vida.

Necesitaba meditar, encontrar cómo iba a enfrentarme con el Hombre de Metal. Lloré desesperada, confundida por ese nuevo dolor. Fui a mi altar, rogué, encendí velas y me comprometí a encontrar a mis hijas. Era una situación tan injusta…

Mi abogada me pidió calma. Había conseguido hablar con un inspector de la Interpol, pero el avión privado de la novia de mi marido había salido desde un aeropuerto privado con destino a Londres y no podía hacer nada por el momento. Scotland Yard estaba al tanto y los detendría, por mucho que el Hombre de Metal hubiera falsificado mi firma en un documento creado con el único fin de viajar con nuestras hijas sin permiso. Había utilizado una vieja carta para certificar mi aprobación. Una vez puesta la denuncia, no le quedaría más remedio que enfrentar las consecuencias.

Durante el trayecto en taxi, me preguntaba cómo me había permitido llegar a esa situación. ¿Cómo era posible que yo, acostumbrada a cuidar cada detalle, dejara estancado en aguas turbias mi matrimonio? No solo mi matrimonio, sino el futuro de mis hijas. Me moví incómoda en el asiento, advirtiendo que no tenía sentido achuchar al taxista, no podía ir más rápido, ni iba a salir antes el avión, pero la ansiedad me consumía.

Recibí un mensaje del cónsul: «Es necesario que firme ante notario una carta en la que indique que no ha consentido el viaje de sus hijas». Llamé a mi abogado y se le ocurrió que podía mandarme un notario de urgencia al aeropuerto. Entonces sí, entonces advertí que todo sucedía demasiado rápido.

«Siempre hay un poquito de luz en la oscuridad, ya llegarán otros atardeceres cuando se apaguen los nuestros». Las palabras de Lucho acudieron hasta mí haciéndole presente.

En la Antigüedad, la luna roja era un presagio de cambio, hoy sé que es así. Decía Timotea: «Una luna roja es sufrimiento, pero también el inicio de una etapa de sabiduría. Si algo te perturba, perderás tu anclaje y serás arrojada fuera».

Por ellos, por mis espíritus ambulantes y por mi padre, tuve la idea de llamar al cónsul de España en Los Ángeles, de quien una amiga española me había pasado el contacto. Fue lo

suficiente amable como para ofrecerse a que nos viéramos esa tarde de domingo. En cuanto nos reunimos, me aclaró:

—Conozco a su exmarido. Nosotros firmamos los pasaportes esta semana, pero nos dijo que usted estaba al tanto del viaje.

Le molestó el hecho de que mis hijas desaparecieran sin mi permiso con pasaportes españoles. Sentí alivio al escucharlo, aunque eso no significaba nada.

—Este es mi número personal y mi *email*. Escríbeme si tienes información de tu marido.

Era incapaz de articular esa enorme bola de miedo que me envolvía. Debía ir al hospital. El aire me faltaba en los pulmones.

28

El lunes seguía sin dormir. Emilia no había llamado y no conseguía hablar con mis hijas. Sentía las lágrimas acomodarse en mi garganta, pero el llanto no llegaba a los ojos.

Me eché hacia atrás en la silla de espera del hospital, pensando en el Hombre de Metal —su cara pálida, cuadrada, el pelo oscuro, sus formas gruesas, el traje mal cortado—. La historia de nuestro matrimonio era la de muchas mujeres para las que sus maridos reservaban un maltrato vicario. Pensé en las madres católicas que educan hijos así. Mujeres acostumbradas a juzgar a los demás, sabedoras de todo y de nada, pretendiendo ser ingenuas o novatas ante hechos conocidos. Detesto su halitosis, producto de un estómago malvado.

Mi ex quería cortar el cordón umbilical de mis hijas. Aquello era un tipo de violencia intrafamiliar con la intención de hacer daño, a mí y a las niñas. Convertirlas en instrumento de nuestro divorcio me preocupaba por mi integridad psicológica. Sufrir trastorna la capacidad de tomar decisiones, pero yo no estaba dispuesta a aceptar ninguna carga de culpa porque no creo en la culpa.

Su violencia vicaria era un mecanismo de coacción para que le diera parte de mis bienes, porque el Hombre de Metal no quería educar a las niñas, sino el beneficio económico. Sin embargo, temía las consecuencias de este maltrato en ellas porque intuía que ni él ni su nueva pareja respetaban a mis niñas. Maldita sea. Una profunda sensación de frustración me consumía.

Escribí un *email* a la Alborotadora. De pronto, leyendo entre los cientos de mensajes recibidos por mi cumpleaños, descubrí uno de mi cuñada en España, la mujer casada con el hermano del Hombre de Metal:

«Julia, imagino que estás viviendo momentos de terror. Estoy viajando a Londres para encontrarme con él y con tus hijas, puedes marcar mi número 346793422. No uses tu teléfono, para que no vea nadie que eres tú. Avísame por *email* a qué hora llamarás».

Sus palabras provocaron mi llanto. Por fin pude llorar lágrimas.

«Imagínate cómo estoy —le escribí—. Necesito hablar con mis hijas. Decirles que voy a ir a buscarlas. ¿Puedo llamarte ahora?».

Fui corriendo al cuarto de la muchacha y le pedí a Luisa su teléfono.

—Te lo devuelvo en un rato.

En mi teléfono entró un mensaje de mi cuñada: «No llames ahora, hay mucha gente. Te aviso en cuanto se vayan. Dame un número distinto al tuyo y te marcamos nosotras. Creo que ellos te

van a obligar a viajar a Londres para negociar».

Me sorprendió que escribiera «ellos», lo cual me incitó a pensar que la nueva pareja de mi ex y sus saludables finanzas tenían mucho que ver con aquella situación en la que me encontraba. Yo sabía que el Hombre de Metal no tiene capacidad para alquilar un avión privado. Llamé a mi abogada para explicarle la situación.

—¿Conoces algún bufete británico que se pueda hacer cargo del caso? ¿Sigo teniendo la patria potestad allí?

—Sí. Él está utilizándolas para negociar. Vete a buscarlas, pero no las saques de Londres. Negociemos con sus abogados.

Colgué y reservé un billete de avión en el primer vuelo a Heathrow. Me dolía marcharme con mi padre al hospital. Unos minutos después sonó el teléfono de Luisa.

—Mamá…

Escuchar llorar a la pequeña me partió el corazón; la mayor parecía haber llegado a un entendimiento con su padre. En su voz sentí el rechinar del rencor. Una punzada de miedo me llevó a intuir una siniestra trama contra nosotras a través del mecanismo de compensación. La manipulación había empezado a causar efecto en su comportamiento hacia mí. ¿Sería posible?

Las madres sabemos que no se nos puede infligir mayor daño, porque no existe, que la ruptura con un hijo, y un padre cruel suele recurrir a esa artimaña. Perder contacto con ellas no fue tan doloroso como la indiferencia de mi hija mayor. Ellas y yo éramos víctimas de una mente diabólica, o de varias mentes diabólicas. Por dinero, el Hombre de Metal había llevado a cabo lo que me dijo que haría cuando le anuncié nuestra separación. Él me había quitado lo más importante que tengo en mi vida, mis hijas. Me las había robado.

—Es un manipulador patológico —dijo César cuando le informé de que por fin había podido contactarlas y de que tenía que volar con urgencia a Londres—. No te preocupes. Vete y haz lo que tengas que hacer. Yo me quedo con papá. Ven a visitarlo antes de viajar, porque es posible que ya no esté cuando regreses.

Fui a buscar un libro a la biblioteca antes de salir para el aeropuerto y encontré uno sobre la mesa, imaginando que fue el Hombre de Metal quien lo dejó allí. En la portada se leía: «Picatrix. El hijo es la esencia de su progenitor». Me lo llevé para leerlo en el avión. Hice la maleta y fui al hospital.

29

—Es importante que mantengas una actitud serena ante el juez. Hemos pedido una cita de urgencia en los juzgados y nos la han concedido. Ellos deben aparecer con las niñas —me advirtió la abogada, socia en Londres del bufete de la Alborotadora.

—¿Las van a obligar a testificar? —pregunté indignada.

—Depende. Tenemos suficientes pruebas para que no sea necesario. Pero la mayor podría hacerlo, si quiere.

Un gusanillo se me puso a andar en las entrañas. Metí la mano en el bolso y acaricié la piedra contra el mal de ojo que llevaba para protegerme.

Entramos en la sala de audiencias. Pequeña, con sillas de plástico y metal, en nada se parece a los tribunales que suelen salir en las películas. El juez era un hombre joven. Me vine abajo al ver a mis dos niñas sentadas detrás de su padre junto a su nueva pareja. Una rubia fibrosa con gafas de sol oscuras que buscaba llamar la atención en aquella estancia iluminada por bombillas amarillas.

Sentí ganas de ir a abrazarlas, me contuve, pero la pequeña, al verme, corrió hacia mí escapando del grupo. Me cogió por la cintura muy fuerte y me dijo:

—Mamá. Has venido. Papá decía que no vendrías.

La abracé, la besé, le agarré el rostro intentando beber su llanto.

—Estoy aquí, cariño. No te preocupes. No creas todo lo que te dicen. Siéntate con tu hermana. Ya estoy aquí.

Evité mirar a mi ex, a sus abogados, aunque sentía sus ojos puestos en mí.

Había elegido ponerme un traje de Dior, tacones Louboutin, el rostro lavado sin maquillaje, aunque con un poco de brillo en los labios. Gestioné mi imagen con la precisión de un cirujano, sabiendo que el cansancio no desvirtúa la cautivadora naturalidad de mi belleza. Está mal que lo diga, pero es una realidad.

De reojo, al sentarme, advertí la cara roja de mi exmarido, la ira acumulada. Sigue sintiéndose atraído por mí y eso lo irrita. Algo iba ganando en aquella batalla por la custodia a punto de comenzar.

—Esta mujer ignora a sus hijas. Viaja cada semana —escuché decir al inicio de su presentación al abogado de mi exmarido—. Debemos evaluar cómo se comporta en su residencia en detrimento de la educación de las menores. Es una madre que acude a la brujería y a algunos

rituales, proyectando sus miedos sobre ellas. Su educación se mezcla con dosis de superchería, y las niñas imitan su conducta. Las niñas cuentan que han acudido a limpias, a encantamientos… Si miráramos ahora en su bolso, encontraríamos amuletos, y tenemos conversaciones como evidencia.

—Técnicamente, tales grabaciones no deberían estar permitidas —advirtió mi abogada.

Mi corazón palpitaba con fuerza. Estaba siendo acusada de bruja. Con mi mano agarrada al talismán, observé al juez mientras escuchaba las cintas con el propósito de evaluarme.

¿Quién era ese juez inglés para juzgar mi estilo de vida? ¿Qué tenía que ver eso conmigo o con mis hijas?

El abogado entregó los correos electrónicos que mi ex y yo nos habíamos estado escribiendo, también para su revisión. Cuando su letrado se sentó, se levantó enérgica la mía. Iba vestida con pantalones grises, zapatos planos, camisa blanca, y el pelo negro recogido en una coleta. Se paseaba de un lado a otro, exponiendo sus argumentos con claridad:

—Si un padre tiene el hábito de menospreciar al otro, los niños se sienten desarraigados y obligados a elegir. Esto es frustrante y confuso para ellos, ese hombre solo busca evitar pagar la custodia y no le importa el daño que pueda causar para conseguirlo.

Ambos abogados hablaban con tanta dureza que me preocupaba la desazón que pudiera causar en mis hijas. Las miré; la pequeña jugaba con un teléfono aturdida por una conversación que no entendía; la mayor, sin embargo, estaba muy atenta. Puede que tanto criticarme tuviera efecto en nuestra relación, antes nunca había conseguido distanciarnos.

Los argumentos de mi letrada provocaron que el juez pidiera testigos. Quería saber si él me había criticado delante de amigos y familiares, para demostrar si estaba influyendo en la mente de las niñas. Creer en el poder de la naturaleza no es peligroso para mis hijas, al contrario, es una educación que las ayuda a conectar con el planeta. Su abogado insistía en presentarme como una bruja, lo mío no se equiparaba a la adicción al poder y al dinero de su cliente.

Fue una sorpresa ver a mi cuñada sentarse en el banquillo como testigo.

—Julia es una gran madre y no creo que pueda decir lo mismo este señor que abandona familias cuando se le antoja.

Sus palabras causaron efecto en el juez, que empezó a preguntar si mi ex tenía hijos mayores. Poco a poco se descubrió la estrategia del padre para alejar a las hijas de su madre.

De pronto, su abogado pronunció el nombre de mi hija mayor. Le estaban pidiendo que subiera al estrado como testigo. Temblé ante el testimonio de mi hija, como si fuera una hoja de papel en el viento. Mi hija adolescente se iba a ver obligada a enfrentarse a sus padres. Me pareció muy pequeña para encontrarse en aquella situación.

Por sus palabras, supe cómo su padre le había negado hablar conmigo. Cómo habían tenido que dejar su casa, sus amigas, sus rutinas, su colegio, obligadas a viajar sin mi permiso de Los Ángeles a Nueva York primero y luego a Londres. Aquello, a todas luces era un secuestro. Pero al fin, la puñalada.

—Lo cierto es que prefiero quedarme con mi padre. Me trata mejor.

Sus ojos lo buscaban al hablar, en ningún momento me miró; distante, fría, su actitud sí consiguió hacerme sentir culpable.

La abogada me agarró la mano por debajo de la mesa, sabía que me estaba inquietando. Fui cortés y le permití que me apretara los dedos. No me gusta que me toquen en público si me

siento vulnerable.

Mi hija preguntó si podía retirarse, pero el juez le pidió que permaneciera sentada.

—Es su turno para interrogarla —le dijo a mi letrada.

Apreté sus dedos y ella entendió mi súplica.

—No hay preguntas.

—Ya puedes retirarte. Muchas gracias —le dijo el juez.

Los hijos deberían sentirse libres de comunicarse con cualquiera de los padres cuando lo deseen, la violencia vicaria es muy dolorosa. El juez se marchó a estudiar el caso en su despacho.

Durante la espera, mi ex desapareció con las niñas y su pareja. Yo me quedé esperando con mi letrada en la sala.

Media hora después, la secretaria del juez llamó a los dos abogados y, a los pocos minutos, también a nosotros.

—Me han dado una copia impresa de las faltas de asistencia de sus hijas en la escuela. Ausentarse de clase es una irresponsabilidad grave que ha ocurrido bajo su cuidado.

—Bueno, es que nosotros viajamos mucho —dije.

Maldito sea, él era tan culpable como yo de esas ausencias escolares.

—Voy a darle la oportunidad de enmendar sus errores. Creo que su marido trata de alinear el afecto de sus hijas, y eso no es aceptable. Le voy a dar la custodia, pero debe trasladar su residencia a Europa. Su marido es ciudadano europeo y no puedo dejar que se las lleve a Estados Unidos. Usted tampoco es ciudadana de Estados Unidos, su pasaporte es europeo. Deben residir aquí.

Caí sobre la silla. Mi letrada, rápida, exigió el pago de los colegios para mis hijas en Londres; privados, donde las niñas puedan estar internas durante el tiempo que yo me organizara para aquel obligado traslado. No me sentía preparada para abandonar Estados Unidos.

El juez pidió una compensación económica astronómica para mí si el padre quería mantenerlas en Londres. En ese momento, el pánico abandonó mi cuerpo, supe sin lugar a dudas que no iba a pagar lo que pedían. Después de un intenso tira y afloja entre el juez y las partes, mi abogada me dijo que habían llegado a un acuerdo. Estaba dispuesto a dejarme a las niñas si yo me comprometía a vivir en Europa en el futuro. Compartiríamos los gastos y venderíamos la casa de Los Ángeles.

Accedí. Aun así, esa noche recibí un mensaje de mi ex amenazando con meterme en la cárcel si volvía a llevármelas conmigo. Y por la mañana, en el avión de regreso, mi hija mayor me acusó de irresponsable, de romper la convivencia. Adiviné la oferta de su padre.

—Te ha dicho que puedes estudiar en Suiza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó delatándose.

—Ya sabes, soy bruja.

Su risa me desconcertó.

—Sí, eso es lo que dice papá.

—¿Yo soy la bruja? Hay que fastidiarse.

También me lo llamó Bastian en casa de Mo, cuando cuestionó nuestra afición a los estudios esotéricos:

—Eres víctima de la superstición creada por los colonos sobre los indígenas mexicanos.

—Me estás acusando de superchería. ¿No te parece una actitud muy machista?

—No, no soy machista. Si no quieres encontrar una explicación relativamente lógica a ciertos eventos probados científicamente, allá tú. Mi diagnóstico no es machista, sino realista. No entiendo que me hables de exorcismos y bendiciones para limpiar maleficios provocados por un eclipse de luna.

—Debería lavarte la cara con agua de sal por dejar al diablo recitar tus palabras —dije con sorna, y Bastian sonrió.

Con mis temores a cuestas, recordé a mi padre. Les dije a mis hijas que su abuelo estaba en el hospital, que iríamos a visitarlo en cuanto aterrizáramos. Estaban cansadas, yo también; las dejé dormir.

30

Mi hija mayor me dejó clara su decisión nada más llegar a casa.

—Mamá, he hablado con papá y he aceptado estudiar en un colegio en Suiza el próximo año.

—De ninguna manera. Si quieres ir a un internado, deberás esperar un par de años. ¿Te ha dicho tu padre si lo va a pagar él? —le pregunté irritada.

—Sí, ya me dijo que me saldrías con eso. Sí, lo pagará. ¿Tú crees que es normal que estemos hablando del precio del colegio y no de mi futuro?

—Tal vez tengas razón y deba morderme la lengua antes de hablar.

Mira que me lo repito cien veces al día, tal y como me enseñó Lucho, pero no he podido. No he podido. Resulta que tengo mis cuentas congeladas, no puedo ir ni al supermercado, y mi exmarido le ofrece a la niña irse a estudiar a uno de los mejores centros escolares del mundo. Si tan agobiado está, según dicen sus abogados, ¿cómo puede permitirse semejante extravagancia? Ay, si las madres habláramos de tanta agresión vicaria. No digo que los padres también la sufran, pero, en mi caso, es él quien la ejerce.

—Tu padre solo tiene dinero cuando le viene bien. ¿Te parece si lo hablamos en otro momento? —le dije a la niña, que, huraña, me despreció:

—Nunca tienes tiempo para mí. Si lo paga, ¿por qué no me dejas ir?

Estaba a punto de estallar. Entre visitar a mi padre, reorganizar el colegio y las citas con los abogados, me sorprendió la llamada que entonces recibí de Xotzil desde San Juan Chamula.

Había tenido la iniciativa de crear una cooperativa con las costureras del pueblo y tenían un proyecto que presentarme. Cuando nuestro exterior se desmorona, nuestro interior se transforma. Quedamos en encontrarnos *online* para una reunión digital el siguiente lunes.

—La siento un poco achicopalada —me dijo Xotzil en el teléfono—. ¿Sucede algo? —preguntó con preocupación.

—Me estoy divorciando —contesté con un breve suspiro.

—Eso suele ser una alegría —dijo divertida—. La destrucción es necesaria para volver a construir, para nosotras esa es una oportunidad imposible.

La suya me pareció la actitud de una mujer milenial, algo así como: «No me venga a llorar siendo una privilegiada, que a nosotras nos va peor». Puede que tuviera razón.

—Sí. Es cierto que hay mujeres en peor situación, pero solo puedo mirar desde mi perspectiva. Que te vaya bien —contesté bajando la voz.

Pensé en las mujeres de San Juan Chamula, muchas sobreviviendo junto a hombres cuyo único fin era juntar dinero para su chupe. Yo trato de salvar mi dinero, ellas también. Ellas repiten una vida ni mejor ni peor a la de sus madres o sus abuelas o sus hijas. Familias que son versiones de nosotros mismos. Son como yo, con su risa y su llanto, su tristeza, su alegría y su miedo, su vergüenza y su cariño; lo que no hay, porque el tiempo no da, es descanso y, aun así, siempre se ponen la falda del domingo sin arrugas.

Decido irme al gimnasio a por un chute de endorfinas. Ellas tampoco han ido nunca al gimnasio. Me siento egoísta y decido que voy a asociarme con ellas. Nos ayudaremos.

31

Los ojos vidriosos de mi padre brillaron al escuchar mi voz. Parecía que, en aquella nube vacía de memorias, un instante tuviera luz. Agarré su mano, asiéndome a ella como lo hacía en mi infancia, aún con temor a romper su delicada piel amoratada por las incontables inyecciones. Una piel quebrada. Era un árbol seco y abrazaba su tronco antes de convertirse en ceniza.

—Parece que la hubiera estado esperando, se le han iluminado los ojos —dijo la enfermera, viendo el mismo chispazo que yo vi.

Ella lo descubrió igual que yo, porque ha estado cuidándolo durante los últimos días.

—¿Podría entrar también mi hermano? Para despedirle juntos —le pregunté.

—No. Lo siento. Nada personal, las reglas son así y hay que cumplirlas. No podemos hacer excepciones con ninguna familia —contestó con seriedad.

Lo intenté con el médico encargado de la planta en cuanto salió la enfermera.

—Doctor, ¿sería posible que mi hermano y yo nos despidamos juntos de mi padre?

—Debería hablar con la enfermera, ella es quien está al cargo —respondió categórico.

Hubiera podido ir con César a verlo muchas veces antes, y ahora, ahora que le quedaba un único suspiro, era imposible reunirnos.

Nos quedamos a solas, mi padre y yo. Los minutos se fueron demasiado rápido. Lo vi llorar. Lloré. Creo que no quería irse. No, no quería dejarme, pero se fue.

Cuando el calor ruge en huracanes, el sargazo se apodera de la costa. La ciudad de Veracruz se prepara para las tormentas con sacos de tierra y maderas vistiendo las ventanas de las casas. El sargazo solitario queda olvidado por los hombres y mujeres que consigue atrapar en el verano, cuando ellos huyen sudorosos a sus playas.

—Todavía me pregunto por qué no vino a hablar conmigo cuando me marché —le dije a César, que no acierta a entender el rencor que siempre me ha acompañado—. Además, no quiero hablar de ello. Pensarlo me provoca dolor. Estoy agotada. Voy a darme una ducha. ¿Recibes tú a la tía Tere? Creo que viene ahora.

—Nunca te diste cuenta del poder que Timotea ejercía sobre ti, ¿verdad? Papá la temía, igual que mamá. Los has culpado sin ponerte en su lugar —me dijo, obligándome a detenerme.

—No me vengas con esa excusa. Eso son excusas. Nuestra casa fue un patriarcado a la antigua con la religión católica como santo y seña de la familia. La Cuaresma, los domingos, el ayuno…, las gracias en la mesa. Nos educaron a golpe de temporada católica, pero no nos

llevaron al cine, ni a la feria, ni me explicaron por qué tengo la menstruación. Sin Timotea, sería una pobre inculta.

—Exageras, estás ciega con esa adoración que traes por la santera. Te repito que ella no era ese ídolo maravilloso que te has inventado. Ella hizo que tú te separaras de nosotros, pero nunca pudiste verlo. ¿Te acuerdas del tiempo que pasabas durmiendo? Según papá, ella te daba unas hierbas para drogarte. Hablabas en sueños. Eras casi un zombi.

—Sí, me acuerdo. Timotea siempre dijo que era para protegerme. ¿Qué tiene de malo?

—Pues eso, que fue ella quien decidió por ti. ¿No lo ves? Has cumplido los deseos de otra persona, no los tuyos y sigues igual.

—Pero ¿qué dices? Entiendo tu frustración, tu dolor, tu tristeza. Pero, por favor, no dirijas tu ira contra mí. Hablas casi como mi exmarido.

—Julia, eres una terrorista emocional contra ti misma. Deja de hacerte la víctima. Tú no te equivoques. No eres víctima de nadie. Te digo que estás equivocada. Ojalá pudieras verlo. Pretendes vivir de una manera sin darte cuenta de que los demás vemos la realidad, eso demuestra hasta dónde puedes llegar para esconderte y proteger tu ego.

Callé, tratando de recapacitar.

—Sabes que el silencio no es una opinión, nunca lo es. El silencio es una manera de aceptar al opresor. Una huida —continuó César.

—¿Por qué me atacas? —le pregunté otra vez.

—Quiero que nos veas, que veas a la gente a tu alrededor, a la gente que te quiere. De nada sirve que te hable si no me escuchas. No te preocupas por los demás, no nos respetas y esperas que escuchemos tus problemas sin dilación. Tu opinión es tu forma de actuar, y no tiene nada que ver con la realidad de la que hablas. Respetar a tu familia significa eso, respetar. Piénsalo, porque ahora tienes dos hijas y ellas están aprendiendo a enfrentar sus vidas contigo como ejemplo. Diviértete en tu solitaria ducha.

Tronaba la tormenta sobre el mar cubierto de sargazo mientras el agua fría anegaba mi mente, calmando mi cuerpo. Abrí las ventanas del baño para poder oler la tierra mojada. Me fascina ese olor a mar, a sargazo y a humedad.

Al salir, escuché la conversación que subía por las escaleras. Mi hermana Lucía y mi tía Tere habían venido a vernos.

—Esto no ha sido una tormenta, ha sido casi un huracán —escuché decir a Tere, de quien, a pesar de los años, no he olvidado su extraña voz.

—La ciudad está desbordada —replicó mi hermana, levantándose al verme para darme un beso.

Me quedé mirándola callada.

—Supongo que el mar se habrá tragado a algún marinero —siguió mi tía.

Mi hermana reportó entonces una noticia escuchada ese mediodía en las noticias locales.

—Dicen que se han perdido dos pescadores que volvían de faenar, pero han rescatado al resto. Hay aviso de fuerte viento hasta mañana. ¿Qué os parece si yo organizo el funeral?

Las mujeres de mi familia, menos yo, hablan de esa extraña forma. En su lengua, las ideas surgen sin seguir una conversación, las van insertando abruptamente, y ellas, que se han acostumbrado porque así se han educado, mantienen su charlatanería sin pensar en que otros, no allegados, es probable que no las entiendan. De espaldas a ellas es imposible distinguirlas, a

menos que quien hable sea mi tía, con su voz encerada en dos tonos más altos, incapaz de respirar mientras la vorágine de ideas se arroja por su boca.

Pedí a la cocinera que preparara el café.

—Imagino que estaréis agradecidos de que haya mantenido esta casa en condiciones —les grité a mis hermanos.

—Claro, claro —contestó Lucía, y giró los ojos en un gesto inequívoco de resignación.

Al abrir la puerta de la cocina a la calle, en la esquina derecha del marco, descubrí que seguían las piedras que recogí hace trece años en los días previos a mi viaje a Madrid. Siguiendo mis órdenes, la señora encargada de la casa se había preocupado por mantener todo intacto. Allí estaba ese círculo de piedras, símbolo de una superstición arraigada en las creencias de Timotea. Las agarré, las lavé y las guardé en una bolsa con la intención de tirarlas esa misma noche, si el tiempo me lo permitía. Iba a devolverlas al mar.

César regresó al salón.

—Cambio de planes. Tenemos que ir a la notaría a escuchar el testamento de papá.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Vamos, vamos.

El abogado, hermano de mi padre y marido de la tía Tere, nos advirtió que era un documento redactado hacía diez años. Para mi sorpresa, decía que me dejaba en herencia la casa familiar. Para César fueron las tierras de cultivo y la planta de aguacate. A Lucía le tocó una casa de verano en la costa. Cuando lo oyó, se indignó.

—¿Por qué heredas tú la casa de Veracruz? —gritó sorprendiendo a todos—. ¡No hay derecho! Esto no quedará así. Siempre es igual con Julia —dijo, agarrando su pequeño paraguas mojado.

Las familias deberían donar los bienes antes de heredarlos, así no habría peleas entre hermanos. Me disgustó verla enfadada.

Es curioso cómo la aversión entre hermanos, la que no se supera con el tiempo ni con la edad, nos va endureciendo. Desde que llegué a Veracruz, sentí a Lucía molesta conmigo. Luego me enteré que fue porque no la llamé desde Los Ángeles para contarle lo que había pasado con el Hombre de Metal.

Mi hermana ha tenido en Veracruz una existencia tranquila en compañía de su hija y de mis tías. Su conducta sigue siendo la de una mujer cargada de manías, con deudas que deja de pagar porque sabe que alguien llegará en su rescate. Vive a costa de préstamos ajenos, principalmente de mi padre, que ya no puede darle nada, o de César, o indirectamente míos. Desposeída de una casa que ella esperaba vender, sus cuentas mentales se fundieron en cero. Tal fue su desesperación que contrató al hijo de Tere, nuestro primo, como abogado para defenderla. Lo descubrí cuando él me llamó:

—Julia, no hay duda de que eres una mujer con suerte —soltó con esa suficiencia de los pequeños poderosos—. Has heredado la casa de la abuela en la mejor pedanía de la ciudad.

Sin amilanarme, le contesté que sí, que antes era de la abuela y luego fue de mi padre.

—Ahora es mía —le dije.

—Esta es una llamada de cortesía. Voy a representar a tu hermana como abogado y me pareció justo avistarte.

Solucionar cualquier enfrentamiento en juicios es, por experiencia, una maldita forma de separar a seres queridos. En este caso, estaba segura de que surgiría la cuestión de la maltrecha economía de mi hermana, y si mi padre, ya enfermo cuando hizo el testamento, se había visto presionado por sus hijos al redactarlo. Rumores alimentados por las lenguas de las señoras que cuidan nuestras casas.

El testamento se leyó de nuevo en presencia de mi primo y de representantes legales de todos los que estaban mencionados en el documento. En posesión de la casa, su hija Julia. En posesión de las tierras, César. Parte del dinero de sus cuentas se cedía a la Iglesia, y allí estaba un representante del cabildo eclesiástico. Para su hija mediana dejaba la casa de la playa. Es cierto que era menos valiosa, pero no por eso menos importante en mi familia. Juntos pasamos muchos veranos en aquel lugar a las afueras de la ciudad. Una casa a la que hacía tiempo que nadie iba y necesitaba reparaciones, gastos que mi hermana no podía afrontar.

Salió la palabra «ilegítimo», acusándonos a mi hermano y a mí de haber convencido a mi padre de cambiar sus disposiciones una vez llegó a Los Ángeles. Testamento ilegítimo. Lo que había que oír. Lógico, según mi hermana, que nosotros la robáramos. La herencia, según ella, se debía repartir entre los tres y venderlo todo. Claro, nosotros, César y yo, deberíamos de hacernos cargo de la deuda con el Estado.

Se nos informó de que el contenido del testamento se llevaría a cabo siempre y cuando pudiéramos demostrar que mi padre estaba en plenas facultades cuando firmó aquel legajo. Miré con indignación a César. Él movió la mano hacia abajo para calmarme. Yo no podía quedarme en Veracruz mucho más tiempo, debía regresar a Los Ángeles y mi hermana lo sabía.

—Julia debe volver a Estados Unidos, ¿verdad? Está deseando vender la casa. Un reparto es lo más justo —soltó sintiendo su triunfo.

Pero la casa era mía y la iba a pelear. Perdería la de Los Ángeles a manos del Hombre de Metal, pero no la de Veracruz. Ya estaba bien de que me robaran. Una copia del testamento se envió a mis abogados en Estados Unidos, pero también tuvimos que buscar letrados en Veracruz. Mi hermana creía que podía conmigo, pero yo sería implacable en una ciudad donde se la juzgaría por avara. Al salir, hizo el comentario de siempre.

—La belleza no te va a servir de mucho en este momento.

Siempre igual, siempre compitiendo conmigo con su reclamo perverso y sin sentido.

Ese mismo día recibí una oferta por la casa, me daban una cantidad exorbitante por vender aquel inmueble ubicado en una de las mejores calles de Veracruz sobre un terreno enorme y próspero. Era valioso porque cualquier empresa lo podría utilizar para oficinas, para un edificio de apartamentos, para un centro comercial. Yo adivinaba su potencial, pero era mi casa. Allí estaban mis raíces y, por mucho dinero que necesitara en aquellos momentos, me negué a vender. César tampoco entendió mi negativa.

—Tengo un compromiso con papá —le dije—. Tal vez no lo entiendas, tal vez por eso me dejó la casa. Él no estaba ido cuando hizo el testamento, eso lo sabes igual que yo. Voy a demostrarlo. Su nombre debe ser respetado. Voy a poner a trabajar a mis abogados en este problema.

Mi hermana tardó dos llamadas de teléfono en hablar con el Hombre de Metal. Juntos afianzaron una alianza que terminó por minar mi relación con ella hasta el día de hoy.

Que mi hermana utilizara a mi ex convenció a César para ponerse de mi lado. Él hubiera

preferido recibir parte de la casa y venderla, porque necesitaba dinero. Yo lo sabía. Mi hermano era un buen hijo, lo había sido siempre, y estaba destrozado por la muerte de mi padre; ver a mi hermana furiosa con él tramando contra mí le reavivó sus deseos materiales. Sin tener en cuenta nada más, culpó al Hombre de Metal de mi situación y le gritó a mi hermana:

—¡No entiendo que vengas a exigir nada cuando te pegas a gente muy cuestionable!

—¿En serio? —dijo mi hermana, poniéndose brava—. Fue ella —y me señaló con el dedo índice— quien se casó con ese hombre al que cuestionas. Tú fuiste su amigo, déjame recordarte. Sois unos cínicos que os dejáis llevar por el viento que os conviene. Me queréis quitar todo, pero no lo voy a permitir y os advierto que no voy a consentir que se quede con la casa.

El frente estaba abierto entre ellos y nosotros. Mi hermana recibió apoyo logístico de los abogados de mi exmarido, que vinieron a la ciudad para investigar el comportamiento de mi padre desde el momento que se le diagnosticó el alzhéimer. Cuestionaron los miles de dólares que nosotros habíamos invertido en cuidarlo, los motivos por los que lo llevamos a Estados Unidos, e incluso fingieron simpatía por mi familia.

Decidí quedarme en Veracruz mientras se solucionaban los asuntos legales. Mo se hizo cargo de mis hijas, que la adoraban, y se trasladó con ellas. Me daba miedo quedarme en México, donde los hijos de Lucho mantenían viva su promesa de enemistad hacia mí, pero, tras doce años de pérdidas en sus negocios, ya no eran tan poderosos como antaño.

Quien sí buscó provocar fue Hombre de Metal. Me atacó, según decía, por reincidente en abandonar a mis hijas. Él estaba dispuesto a cuidarlas en Londres. La confabulación entre mi hermana y el Hombre de Metal provocó que mi tía Tere, la madre del abogado de mi hermana y su más feroz apoyo en los momentos difíciles de su vida, se indignara cuando mi nombre salió en los periódicos acusada de frívola. Fue mi secreta aliada. Ella buscó y encontró cartas de mi padre donde afirmaba sentirse culpable por mi abandono familiar. Cartas fechadas mucho antes de que brotara su enfermedad o redactara su testamento. Cartas donde revelaba su intención, por esa culpa que lo consumía, de compensarme con el fin, decía, de atraerme a mis raíces.

Cuando gané el juicio, rápido e indoloro para mi bolsillo, ofrecí dinero a mi hermana para comprar la que debía ser su parte y hacerme cargo de los gastos de su abogado. Mi primo, obligado por su madre, me llamó para disculparse.

—Julia, sé que he sido tremendamente molesto contigo. Espero me perdones —dijo, haciendo chasquear la mandíbula.

Recordé aquel sonido que hacía cuando jugábamos de niños.

—Dale las gracias a tu madre, ella ha sido quien ha ganado por mí. Gracias por llamar —dije y colgué sin darle tiempo a responder.

Aquel frente fue el romance necesario con Veracruz para renovarme. No había tenido tiempo de llevar las piedras a la playa y quería recuperar mi afecto por la ciudad, de la que me siento orgullosa de corazón. Me dije que no iba a abandonar mis raíces porque era una mujer de palabra. No esperaba ganarme el respeto de mis tías, de mi familia veracruzana, quienes, descontando a mi hermana y mi primo, me rindieron su cariño.

La misma tarde que se deshizo el conflicto fui en coche a ver a la tía Tere.

—Tengo pastel de chaya, muchacha. Me alegro de que vengas a verme. Quién sabe si alguna vez volveremos a encontrarnos, soy mayor y tú tienes una vida muy ocupada, pero no dejes de llamarme de vez en cuando aunque estés lejos. —Me abrazó sin guantes, de una forma que no

había hecho nunca.

Salí de allí en dirección a la playa con mi bolsa de piedras. Al bajarme del coche sentí el maravilloso olor a mar y a sargazo. Dejé al viento atravesarme. Caminé en su dirección. Me quité los zapatos para sentir la arena en los pies hasta llegar al sargazo. Mis dedos entre su enredadera. Fue necesaria esa unión para devolver cada piedra, consciente de la majestuosidad de la naturaleza.

Cuando uno se escucha a sí mismo, con verdad, escucha el sonido del caudal del alma. Dejé a un lado mis problemas para contemplar las formas del presente entre espuma y algas, formas con esencia del pasado. Tiré las piedras, abandonando en cada una de ellas los deseos de Timotea.

32

Estaba preparando un paquete de regalo para mi tía Tere cuando recibí el aviso de una llamada de Bastian. Faltaban dos semanas para la Navidad y me sorprendió, porque pensaba que ya se había marchado de Los Ángeles.

—Vaya sorpresa —dije con un entusiasmo imposible de disimular.

—Perdona que no te haya llamado antes, estuve fuera y he vuelto a Los Ángeles a cerrar mi casa antes de mudarme a Austria. Quería despedirme de ti y hacerlo con un mensaje de texto siempre es muy frío, ¿no crees?

Aunque no dijo nada de una cita, yo no estaba dispuesta a perder la oportunidad.

—Si tienes tiempo, podemos vernos —le dije—. Mañana voy al Museo Hammer, ¿te apetecería venir?

—Me encantaría.

Me pareció que se despedía con una alegría inesperada. Al colgar, sentí una alfombra de hormigas en mi estómago caminando arriba y abajo. Es aterrador recuperar ese cosquilleo cuando la persona que lo provoca tiene la intención de mudarse a más de diez mil kilómetros de distancia. «Te estás engañando», me dije en una conversación con mi yo interior, único ser a quien no puedo engañar.

Decidí ir temprano, a eso de las cinco de la tarde, para ver la exposición del pintor alemán Neo Rauch. Quería llegar antes que Bastian y disfrutar a solas de las pinturas, junto con una docena de inversores exclusivos a quienes se nos brindaba la oportunidad de disfrutarlas sin la presión del gentío. Es un privilegio fascinante poder recorrer los museos en *petit comité*, y lo hago a conciencia, sin distracciones.

Bastian apareció cerca de las seis y mereció la pena verlo llegar. Su entrada fue admirada por casi todas las mujeres que me acompañaban, también por algunos de los hombres. Pelo húmedo, camisa negra, pantalones vaqueros sueltos sobre unas piernas largas, deformadas ligeramente en arco por sus años de montar a caballo. Un hombre más fibroso que musculoso.

Las rodillas me temblaron. Estaba yo frente al cuadro de un centauro titulado *Handrail*. Un mural de dos metros de alto y otros dos de ancho, donde una mujer descalza da la mano a un dios mitad hombre mitad caballo. De haberlo preparado, no hubiera podido resultar más extraña aquella cita. El poder del centauro era sobrecogedor, los humanos éramos enanos a su lado, solo Bastian supo robarle protagonismo. Parecían compartir el misterio que surgía entre los dos,

hombre y caballo de inquietante calidad. Ambos enfrentados, ambos resistiendo una interpretación racional. Extrañamente mudos, sus cuerpos, en la pintura y en la realidad, se insinuaban en la sala provocando la poderosa atención de todos.

—¡Qué guapa estás! —me dijo ante el resoplido de mis amigas.

Olvidé el escenario en que me encontraba y abracé a aquel semidiós sin motivo y sin vergüenza.

—Me encanta esa efusión —dijo él, plantando un beso atrevido y sensual en mi boca.

Sentía un tintinear desconocido, como si mi adolescente hubiera despertado de pronto. Jamás he reaccionado así, con tanta urgencia, al abrazo de alguien. Agarrados de la mano, recorrimos rápido la exposición de sala en sala. Olvidé a mis amigas, a la publicista del museo, a los galeristas.

—Vámonos de aquí —dijo Bastian, esquivo, sin haber mirado un solo cuadro, o me lo pareció a mí, que solo tenía ojos para admirarlo a él.

Nos fuimos a la terraza de un club privado del que soy miembro en Sunset Boulevard. Bastian me preguntó qué me gustaba de un pintor como Rauch. Le expliqué mi inclinación por los pintores atrevidos, artistas que se escapan de las reglas de una sociedad cada vez más rígida.

—El nuevo mundo que estamos construyendo es inexpugnable porque nos estamos quedando dentro de sus cimientos. Digan lo que digan, este orden del milenio está lleno de personas sin imaginación, y eso me da escalofríos. Gente racional que te obliga a ser racional. Tal vez, por eso, también me interesa la magia. Rauch hace estallar en pedazos ese mundo impecable y racional que niega la imaginación.

—Mmmm —respondió indeciso—. No estoy muy convencido.

—¿No lo crees? —le pregunté con coquetería.

—Tal vez soy más racional que tú —me dijo, pasando su mano por mi mejilla.

Bebimos, reímos, nos dejamos llevar hasta ese punto concreto en que la cabeza ya no ejerce poder sobre el resto del cuerpo. En un momento, me agarró.

—¿Te parece si pedimos un Uber y vamos a mi casa?

En el asiento trasero del coche, su mano en mi espalda, tibia, por debajo de mi camisa, me hizo dar un respingo.

Bastian no tiene por qué preocuparse, nunca será vergüenza nacional en el apartado que más lustre da a los franceses. En honor a su causa, y comparándolo con Rauch en la pintura, su vigor fue capaz de inundar mi imaginación —lo admiré—, aun a pesar de su comportamiento altanero y distante a la hora de mostrarse en público. Estaba preparada para rechazar a Bastian cuando lo conocí, tanto como a Rauch cuando me ofrecieron su primer cuadro, pero un segundo en la habitación con cualquiera de los dos hizo saltar mis expectativas por los aires. Ambos imponen su voluntad consumiendo el espacio, recordando que la fuerza interior puede dominar una sala. De manos fuertes, pobladas de pequeñas heridas por su afición a construir barcos de madera, una pasión descubierta en la intimidad de su habitación, Bastian era una mina inagotable de novedades. Descubrí en la intimidad que le gusta ducharse hasta tres veces al día.

—Sudo mucho y hago ejercicio —me dijo con un travieso brillo en sus ojos, ese día más grises que nunca.

—Puede que suene esotérico, pero creo en fuerzas telúricas que nos hacen conectar con el lugar donde venimos al mundo —me dijo Bastian, desnudando un secreto que lo acercaba a mí.

Es un hombre sin rival, a menos que el centauro de Rauch baje del cuadro. Un virtuoso del saber vivir. Arte de existir en estado puro. Me pregunté cuánto costaría el cuadro.

—Te siento lejos, con cierto aire de majestuosidad. Vente al barro —pidió en una de sus oleadas.

Incluso de nalgas respondí a sus palabras riendo, resoplando como las viejas del museo.

—No me digas nada más —le pedí entre sus brazos ante una nueva oleada.

Volví a casa en taxi. Bastian me despidió apoyándose en el marco de la puerta, un brazo en alto, el otro sobre la cadera. Era una postura que aprendí a reconocer en él. Quedaron atrapadas en el viento las preguntas que quería hacerle, pero a los vientos de Santa Ana es mejor dejarlos pasar. Distraje mi mente en su medio torso desnudo, cuestionando mi insaciable apetito. Estaba consumida de deseo por un hombre, un antojo humano reposado y delicioso. Sentí que había estado demasiado tiempo a dieta.

—Creo que voy a ir a darme una vuelta en bicicleta —es lo último que dijo Bastian antes de despedirse con la mano y cerrar la puerta.

De camino a casa, llamé a Mo.

—No vas a creer con quién he estado.

—Con Bastian —me dijo ella tranquila—. Él nos avisó de que iba a encontrarse contigo. ¿Por qué?, ¿ha pasado algo?

—Es el demonio en persona —contesté, bajando la voz para evitar ser escuchada por el conductor. Fue mencionar al demonio y escuchar la carcajada de mi cuñada.

—Sí que lo es, sí. Voy para tu casa y me lo cuentas en persona.

—Vale —dije cargada de una ansiedad electrizante.

El viento se levantó a ráfagas secando mi piel, los labios, la mente. Un viento que traga a su paso lo que encuentra en su camino por los cañones de las montañas, prendiéndolos de fuego hasta llegar a la pradera, a mi casa, a mi horizonte. El viento se infiltra subversivo seduciendo a intervalos, borrando con las llamas lo que la memoria guarda. Me preguntaba dónde se detendría. Son mis secretos. El agua calma al espíritu sediento.

Debía llegar a casa y cambiar las ofrendas de agua. En mi altar siempre hay un vaso de agua en oración a ese lago que guarda el mundo del silencio. Es mi alquimia, mi manera de combinar los elementos. Daba igual si aquella plegaria iba cambiar el rumbo del universo, esa noche un vaso y una vela pedirían por Bastian. Moléculas de energía hechas palabras para conseguir levantar la piel quebrada con una llamada. Estaba paralizada ante tanta presencia.

33

De niña me encantaba ir a la playa de vacaciones. Mis abuelos eran dueños de una casa enorme a la que acudíamos todos los primos. La casa fue humilde en sus orígenes, pero le fueron añadiendo habitaciones a base de mordidas y donaciones para el gobierno local.

Encerrada en la parte de atrás, en la zona construida primero, vivía doña Ita, la hermana de mi abuela. Alta, flaca y flexible como las modelos de los escaparates de los grandes almacenes. Mayor, porque rozaba los ochenta, su edad fue siempre imposible de interpretar, tanto que mi madre juraba haberla visto hacer brujería para mantenerse joven. Al principio me daba miedo, luego despertó mi curiosidad y en el último vértice de mi preadolescencia, cumplidos los doce, tuve el valor de hablar con ella.

Doña Ita murió de avanzada edad, y mi madre, cuando supo de cuántos años, se fue horrorizada a rezar en la iglesia. Aquel agosto fue el mejor de todos los meses que pasé en la casa vertebrada, destinada a destruirnos cuarto a cuarto dejando secuelas irreparables.

Pero no había llegado septiembre todavía y doña Ita estaba viva. También la tía Tere estaba viva y presente en la casa, pero en la zona noble, la principal, desde donde ignoraba con sus guantes puestos la mera existencia de doña Ita.

Era finales de junio, mi padre todavía tenía que trabajar un mes más en el hospital y mi madre, cansada del calor de Veracruz, dejó a Timotea al cuidado de mi padre, empacó la primavera, quitó el polvo al verano, tapó los muebles con sábanas y nos subió en un coche a mis hermanos y a mí con destino a la playa de mis abuelos. Así llamábamos a la casa: la playa de los abuelos. En realidad, no era de ellos, sino de doña Ita. Mi abuela llegó para cuidarla, mi abuelo la siguió, hicieron un huerto de aguacates, luego una plantación, una distribuidora… Allí nos permitían vestir con pantalones largos, por los mosquitos. Nos dejaban correr en la arena, saltar, gritar, olvidar las rígidas normas que habían quedado a una hora distancia.

El abuelo había muerto y la abuela se pasaba el tiempo con el sacerdote del pueblo dando paseos con su chófer de casa en casa, recaudando dinero, jugando a las cartas, rezando el rosario, saboreando las exquisitas penurias de una comunidad a la que mi abuela explotaba con ese poder correoso de tardes cristianas para entretener al aburrido sacerdote. Al cura no había manera de sacarlo de la casa; le gustaba pasearse por la cocina, escudriñar a doña Ita y quejarse a mi abuela de su presencia.

—No está bien su hermana. Debería instalarla en un hospicio para su cuidado. Esos baños, en

esa actitud…

Mi abuela respondía que sí, que un día de estos; llevaba muchos años diciendo que sí a mi abuelo y haciendo lo que le daba la gana, como para que el cura le metiera en líos con la dueña de la casa. Dueña, por otro lado, que estaba cuerda como un reloj suizo.

Teníamos varios rituales cuando llegábamos a la playa. El primero era llevar regalos de la ciudad a los locales, como si Veracruz fuera Ciudad de México o París. Llevábamos maquetas de trenes para el cartero, levadura para el panadero, perfume a la lavandera y jabón a la cocinera; a la costurera, a los vecinos, al dueño de la vaquería, al huevero se le preparaban pasteles que luego repartíamos según su importancia en la lista de mi madre. Las dos juntas entregábamos los presentes; a cambio, obligados, nos trataban con cordialidad, nos devolvían regalos, nos saludaban más cordiales, en un extraño ritual que nos unía.

La segunda mañana de ese verano mi madre se levantó pronto, la seguí, la vi contemplar en silencio la llegada del sol con un té en la mano sentada sobre la hierba mojada. Oyó mis pisadas y me hizo una señal para que me sentara a su lado junto a la puerta de la cocina, en la parte de atrás de la casa.

—Quédate conmigo.

A los pocos minutos se abrió la puerta contigua. Doña Ita, desnuda, salió a darse un baño de sol, liturgia infortunada; brazos en alto, piernas abiertas, cuerpo arriba y abajo estirándose sin pudor a los rayos incesantes. Fue una sensación mágica verla perdida en aquella burbuja de color ámbar. No sé si nos vio o nos ignoró. En el momento que consideró que su ejercicio había terminado, se metió a ducharse antes de salir a desayunar.

Miré a mi madre y le pregunté:

—¿Sabías que iba a salir?

—Sí. Lo lleva haciendo años —contestó.

Me quedé maravillada con aquella revelación. Doña Ita dejó de darme miedo. La espiaba mientras, desnuda sobre la cama, dejaba hacer al sol sobre su cuerpo. Cada día salía temprano por la mañana, pero, como descubrí en mis escapadas, también se disfrutaba con su desnudez a solas en su habitación. En las horas que el sol se dejaba medio cuerpo en su ventanal, ella se unía a él intrépida, sobrecogedora, casi ladina.

La tarde que me descubrió, me pilló por sorpresa. Se me había desabrochado un cordón del zapato y, al atarlo, salió ella avisada por mis ruidos. Las dos nos miramos; yo aterrada, ella descubierta, o yo descubierta y ella aterrada. No lo recuerdo. El caso es que me invitó a entrar.

—¿Quieres ver mi armario? ¿Tú quién eres? ¿Andrea?

—No. No, tía —dije yo, que no quería líos con mi prima mayor—. Soy Julia.

—Julia, Julia. He oído hablar mucho de ti. Dicen que eres como yo. Ven, acércate. No veo muy bien. ¡Es cierto! Qué alta. Acompáñame. Vamos a mi armario. No es fácil encontrar ropa para mujeres como nosotras.

Hurgó entre sus cosas, a conciencia; de aquel angosto rincón sacó el más monumental de los regalos que me han hecho en la vida. Unas sandalias de tacón grueso con lunares firmadas por Fiorucci.

Entonces no sabía quién era el diseñador italiano, aunque no tardaría en averiguarlo. No sabría decir si se nos hizo tarde, o si seguía siendo pronto.

—Llévatelas, me traen mala suerte. Las llevaba puestas cuando decidí venir a este maldito

pueblo. Nunca te olvides de ti. Ya vete, que me tengo que vestir.

Salí huyendo de su habitación con el botín abrazado a mí. «Nunca te olvides de ti». Corrí a mi cuarto; mis hermanos, que dormían conmigo en la habitación, seguían de pesca. Me puse el objeto de mi deseo. Me impactó verme tan alta. Me sentí inmensa, como un faro en una isla. Empecé a pasear arriba y abajo; primero tímidamente, intentando no caerme; cuando le cogí el truco a los tacones, con agilidad, moviéndome con desparpajo, mano en la cintura, espalda hacia atrás; abrí un armario con espejo y me desnudé. Me observé andando con aquellas sandalias. Imaginé en el espejo los rayos de sol sobre mí. Era la misma que se miró en el espejo de Timotea. No la había perdido. Nos encontramos. Escuché pasos, me vestí, guardé los zapatos con cuidado debajo de un mantel y me eché a la calle.

Mi madre volvió a sentarse conmigo a desayunar. Yo ya estaba allí, esperando a la doña. Mi madre preparó dos tazas de té y unas tostadas. El sol iba llenando ese espacio único, pero no fue hasta que los naranjos vibraron que salió ella; desnuda, ajena, enérgica. Antes de retirarse nos vio, se quedó sorprendida y me señaló:

—¿Julia?

Asentí con la cabeza y recibí la mirada de mi madre.

—Elisa —le dijo a mi madre—, esta hija tuya se parece mucho a ti. Me pongo una bata y salgo a desayunar con vosotras. Está bonito el sol, ¿verdad?

Encontré una ternura muda en las palabras de aquella extraña mujer de la familia; su pelo olía a fresco, a recién lavado, y se movía por la cocina con una vitalidad arrebatadora.

—Os voy a preparar un desayuno imposible de olvidar. —Empezó cortando una papaya—. Ha crecido aquí, en nuestra tierra. Recuerda recordar lo que te digo porque en la vida todo tiene valor material y espiritual.

Empezó a relatar las propiedades de cada fruta, de cada grano de aquella papilla enorme, que hoy llamaríamos *smoothie*. Iba condimentada con una chispa de canela, con miel, con zumo de limón, con chile dulzón.

En ese laboratorio culinario, mi madre se quedó más convencida del microuniverso malicioso de doña Ita. Yo, sin embargo, hubiera podido seguir bebiendo de aquellos huesos mucho más de los pocos días que iba a recibir.

—Los indios creen que una mujer bajó de las estrellas a plantar sus jardines y sus árboles; esa mujer abrió las puertas de la naturaleza. Aquellos que guardan el secreto de las plantas han evolucionado, y ya no están a su servicio. Las usan en su beneficio.

Mi madre sonrió.

—Ita, ¿este verano me vas a dejar acompañarte al mar? —le preguntó, cambiando de tema.

—Claro, Elisa. ¿Acaso hemos pasado un verano en el que tú y yo no nos bañemos? Mañana será un día caluroso. Podríamos ir las tres a la playa.

Así fue como mi madre, doña Ita y yo establecimos nuestra próxima cita.

—Voy a probar el desayuno —les dije.

—¿Sabes? Bañarse al sol purifica el alma. Los hijos aprenden de sus madres, no las lecciones que recitamos, esas son fatales y fugaces; las hijas imitan a las madres, aceptan sus triunfos y sus derrotas, las asimilan, por eso terminan repitiendo sus errores.

En la excursión a la playa las escuché hablar; ellas, ajenas a mí, caminaban agarradas del brazo, despacio, compartiendo una camaradería que no le había descubierto a mi madre con

ninguna de sus amigas.

Ita había dejado su vida en Nueva York para cuidar de su hermana cuando su marido enfermó; divorciada, había perdido la residencia estadounidense y no podía regresar al que consideraba su país. Se había quedado a vivir en la costa de Veracruz. Mi madre la entendía, ella también se sentía trasplantada en su matrimonio. Ambas saboreaban un llanto parecido.

Yo miraba a mi madre con curiosidad. El rubor de sus mejillas me sobresaltó.

—¿Qué sentido tiene esconderse sin vivir? Deja a tu hija volar.

Aquella mañana chapoteamos en el agua las tres, mujeres libres al abrigo del mar. La bruja del sol abrió la espita por la que mi madre y yo encontramos una vía de comunicación.

Aquel idílico tiempo estival se rompió cuando la vi llorar amargamente al enterarse de la muerte de doña Ita una tarde de septiembre, desnuda sobre su cama.

Mi madre me dejó estando yo con Lucho, en pleno apogeo de una relación que me consumía. Cuando tienes veinte años, no piensas en la muerte, que alcanzó a mi madre deteniendo su corazón de forma inesperada. Yo estaba en Nueva York cuando César me llamó. Lucho me acompañó al funeral. Fue la única vez que mi padre y él se vieron. En el entierro me acordé de las palabras de mi madre cuando estaba con la tía Ita: «Nunca hagas cosas buenas que parezcan malas».

Mo aparcó delante de la puerta de mi casa, dejando el coche tan cerca que pude escuchar su portazo al cerrar.

34

Un instrumento en el que he conseguido ser una virtuosa, lo digo sin ningún pudor, es el poliglotismo. Desde mis primeros meses con Lucho, que me instruyó en el arte de los idiomas, me he entregado en cuerpo y alma a aprender idiomas, porque añade otra dimensión a mi interés por entender el universo. Yo, que había tomado alguna clase de inglés en el colegio, dominaba el castellano y pare usted de contar. Cuando Lucho me invitó a aprender idiomas, como tantas cosas que aprendí a su lado, accedí desde el primer momento.

Empecé con el inglés; primero clases diarias, luego viendo en la televisión películas en versión original. Me dediqué a escuchar canciones, de las que me aprendía las letras, a repetir oraciones y palabras que dejaba pegadas en pósits por toda la casa: en ventanas, dentro de cajones, en el cuarto de baño. Poco a poco entendí los verbos y sus conjugaciones, los adverbios, las reglas sintácticas, los acentos de cada país anglosajón, y en un año fui completamente bilingüe. Es cierto, no miento. Conseguí hablar y entender perfectamente el inglés en un año. Lucho se quedó tan fascinado que me retó a aprender otras lenguas.

Aproveché la oportunidad de descubrir el rico universo de culturas que se me brindaba a través de los idiomas. Cuanto más me abría a una lengua, más fascinante me parecía lo que aprendía de ella, porque tras cada frase había acciones cargadas de costumbres desconocidas, incluso de emociones para las que otros idiomas no tienen palabras.

Si vives en el extranjero y no dominas la lengua nativa, terminas viviendo aislado, en silencio permanente, abocado a comunicarte solo. El instrumento de las lenguas es una de las obsesiones forjadas por mi perfeccionismo. Fui obediente en las clases de Lucho, aprendí francés, japonés, algo de chino e italiano. Gracias a ese intenso aprendizaje, hoy puedo vivir en París sin miedo a sentirme extranjera, comprar y vender arte en Nueva York y Pekín, y tener una compañía con socios italianos a los que puedo gastar bromas en su idioma. Entre dos, cuando uno no habla el idioma del otro, hay silencio, y a mí no me gusta el silencio. Me incomoda la soledad.

Mi exilio de México fue un reto familiar. Quería demostrar mi capacidad de supervivencia, de la que siempre he sacado pecho. A mí me da igual subir una montaña y hacer *camping* entre osos que tirarme en paracaídas con mi familia. Claro, he sentido el dolor del exilio, eso me ha llevado a dudar en ocasiones, sobre todo me he planteado las raíces de mis hijas. Ellas son de mi tribu de viajeros, pobladores del mundo con hogar ambulante. A los amigos los tengo repartidos por cada rincón del planeta, la mayoría foráneos por decisión propia.

En mi caso, tras la muerte de Lucho me quedé fuera de un gran grupo social al que no pertenecía, ni por edad ni por situación. Me vi obligada a reinventar mi propia comunidad, que fue trasplantada de nuevo con la llegada del Hombre de Metal. Los viajes constantes no ayudaban a mantener las amistades ni en Estados Unidos ni en España. Yo me quedaba al cuidado de mis hijas y, sin darme cuenta, iba anestesiando a la familia.

Mo se convirtió en nuestro flotador. El bálsamo para apaciguar el dolor. Me obsesioné con nutrir mi cuerpo de salud, con el ejercicio físico que paliaba la ansiedad. Tomaba clases de tenis por la mañana, hacía yoga por las tardes, pilates, *training* con pesas. Después organizaba planes para las niñas. La lengua materna me salvó. Me agarré a Mo, a mis hijas. Descubrí mujeres insulares en mansiones de lujo. Con ellas establecí tardes de tarot, noches de brujería y tequila, de risas y exilio. Un grupo de mujeres de Colombia, Perú, Argentina, con las mismas ideas que yo en Los Ángeles. Mujeres de paso asumiendo el papel de extranjeras y la incomodidad como único confort, porque sin estabilidad se consigue una felicidad que solo unos pocos artistas entienden. Tal vez por eso me siento tan unida a los pintores.

Cuando Mo dio el portazo en mi casa, sabía yo que mi hermano ya le había anunciado mi decisión de marcharme a vivir a Francia.

—¿Por qué a París? —me preguntó nada más entrar.

—Porque son civilizados y hablo francés —dije bromeando.

—Dime la verdad, ¿por qué te vas?

Le expliqué mi situación: había llegado a un punto en el que necesitaba dar estabilidad a mis hijas. Tenía pasaporte europeo, estaba obligada a vender la casa de Lucho, mi casa, mi jacarandá en LA, y no tenía sentido quedarme. Si las niñas iban a verse obligadas a viajar constantemente para estar con su padre, lo mejor era cambiar de aires. Y sí, Francia me parecía el lugar adecuado, porque es un país que abre los brazos a los extranjeros. Ni por un momento se me pasó ir a Madrid.

—Te vas a París por Bastian —dijo Mo.

—No. No es un motivo, no. Además, él estará viviendo en Austria. Ahora mismo quiero pasar tiempo sola, necesito reconstruir mi existencia en otro lugar. Mo, vamos a seguir viéndonos; donde yo viva, tú tienes una habitación. Pero mi tiempo en Los Ángeles ha terminado.

Cuanto más lo decía, más realidad se hacía mi deseo de mudarme. Las palabras cocinan los deseos. *Les mots cuisinent les souhaits*. El proceso de abandonar un país en el que has vivido más de una década puede ser desalentador, porque te obliga a cuestionar el alcance de cada decisión, pero estaba decidida. Los extranjeros no contamos con ese ritmo homogéneo de los no trasplantados: los meses, años, fiestas y cumpleaños; al contrario, recordamos la vida por esos extraños eventos en los que avergonzados fuimos extranjeros. En París siempre voy a ser incurablemente distinta a las parisinas, una exótica a la que se admira o se odia, o las dos cosas al mismo tiempo. Cada tribu a la que he pertenecido —social, política, de poder, familiar o incluso con mi aquelarre— me ha permitido comprender los códigos que las configuran. Entender lo que me une a una comunidad es otro idioma que me inspira. Me enseña cómo ser mejor persona. La generosidad y la franqueza son dos pilares de mi personalidad a los que me aferró por ser actitudes universales y no excepciones culturales.

Aun en su desazón, Mo fue capaz de protegerme. Con su mano en la mía, me empujó hacia el

altar agarrando por el camino varias rosas blancas que siempre hay en las habitaciones de mi casa. Las flores blancas limpian el ambiente de malas energías, de esos obstáculos que intoxican con sus amenazas.

—Desde este momento cruzamos un puente. —Mo hablaba con la misma voluntad con que me hablaban mis espíritus ambulantes, digamos que en trance. Yo comprendía que estaba conectada al otro lado—. Pon esos pétalos en agua y echa en ellos aceite de estragón. Vamos a limpiar la habitación antes de comenzar —me dijo.

Recitaba su plegaria, y yo, sin darme cuenta, aferraba con mi mano derecha la medalla de san Benito, protección que siempre va colgada de mi cuello. La habilidad de Mo para hablar con los poderes superiores era desconocida para mí, pero sabía que era muy capaz de conjurar a los espíritus. Era normal que guardara el secreto con el que podía entrar en contacto con el otro lado.

Muchos santeros guardan el secreto, porque eso les permite aumentar su poder. Mi fe se manifestaba en mis ojos, en mi silencio. Mi cuñada sabía que yo necesitaba estabilidad, amor y suerte. Sacó dos velas de su bolsa, una roja y otra amarilla.

—Venga, escribe la palabra que quieras sobre la roja.

Al devolvérsela, bañó la vela con miel y canela, la prendió y dijo una plegaria. Luego me dio la amarilla, a la que añadió veinte gotas de aceite de estragón.

—Deja que se consuman.

Creo que nunca le he agradecido aquella noche, aquella entrega desinteresada de sus poderes, aun a pesar del dolor por mi partida. Mo deseaba lo mejor para mí.

—Tus espíritus ambulantes deben estar contentos, pero recuerda que los fantasmas son pesadillas interiores.

A pesar de las apariencias, de su trabajo, Mo nunca se ha considerado una hechicera. Ella prefiere ser llamada sanadora, una mujer al servicio de la energía. Una facilitadora para abrir caminos cerrados. La ciencia del más allá sigue siendo extraña y difícil de escuchar para los no creyentes, pero hay un lugar donde los poderes se conjuran, y yo creo en ellos. «Mis fantasmas son reales».

35

Un hombre sitiado a punto de enarbolar la bandera blanca siempre es peligroso. En los días previos a la firma del divorcio, cuando se vio en la posibilidad de renunciar al cobro de la mitad de la mansión que yo había heredado de Lucho, el Hombre de Metal me puso en evidencia en una cena escudándose en mi falta de interés. Movido por su afán de enriquecimiento personal, pasó toda una velada en Madrid revelando detalles íntimos que poco o nada interesaban a sus amigos. Luego fui informada con detalle de sus palabras.

Mi presente no se puede explicar sin ese pasado, sin esos días de llanto y de dolor. La persona que mejor ha sabido aprovecharse de amigos y matrimonios ha sido mi ex, el Hombre de Metal. Un tipo que sirve de asesor en consejos de administración a costa de manipular sus conexiones. Un buitre de pupitre con un poder cortado a la medida de la puerta giratoria de sus conocidos. Sus paraísos capitales no son los míos, como tampoco sus trajines, de los que sale limpio. Siempre tentado a trapichear, creo que ha sido capaz de vender a amigos de su propia familia; no lo tengo confirmado, aunque lo sospecho. Algún día espero que caiga, porque su rastro deja un olor a tufo, un sabor a metal capaz de envenenar.

«Prepárate para ir rápidamente por el camino negro», me decía en cada uno de mis encuentros con mi ex. Aunque el volcán había explotado, seguía durmiendo con miedo, en una ciudad capaz de sobrevivir a cosas peores durante siglos. La tierra se movía bajo mis pies, pero antes se le había movido a otras mujeres, poetas y magas que apretaron sus dientes en noches sin sueño.

Es curioso cómo, pasado un tiempo, uno se acostumbra a ver y a observar en la oscuridad, hasta tal punto que resulta difícil resistir el tipo de premio que uno recibe en esos momentos, un premio que normalmente no apreciamos en condiciones normales. Poder ver en mi agujero negro calmó la ansiedad, esa necesidad de andar rápido con dirección a ninguna parte en la que me estaba consumiendo y que desapareció con mi divorcio. Ya no se me olvidaban las cosas, ya no dejaba amuletos en el congelador, ya no llenaba el bolso de piedras, ni dejaba las llaves siempre en la misma esquina, ni guardaba tiques de compra, ni besaba los pies de ninguna diosa esculpida. El agua fluía dejando un sonido de calma a su paso, la podía escuchar, para mi sorpresa, al girar la llave del baño o de la cocina. No hay sonido más agradable que poder volver a escuchar el fluir del agua. Ese fue mi premio y, repito, un premio que no hubiera apreciado en otras condiciones.

Xotzil me reclamaba. Hemos conseguido entendernos porque hay cierto tipo de mujeres necesitadas de descubrirse, mujeres con ganas de experimentar el viaje, en un sentido de contemplación espiritual y mutación personal. La aventura con las mujeres de Chiapas me obligó a querer y desear por ella, nunca una sin las otras. Sin mis padres, el tiempo de orfandad me acompañará siempre. Son invisibles porque existen en espíritu, como una extraña luz capaz de iluminar los momentos más oscuros. Su propuesta me sorprendió.

—¿Te gustaría representar nuestros productos y promocionarlos?

—Claro —contesté, viendo la oportunidad llamar a la puerta de mi casa—. ¿Qué os interesa?

—Estamos haciendo bolsas para accesorios de lujo. Nos gustaría asociarnos con firmas que quieran unirse a cooperativas de mujeres autóctonas de México.

—Es una idea estupenda. Podéis incluso hacer accesorios —le propuse avasallando.

—Tal vez en el futuro, somos pocas y queremos tener la capacidad de cumplir las entregas.

Firmada nuestra hermandad, Mo me recordó con cierto maquiavelismo patriótico que mi papel de embajadora acarreaba mucha responsabilidad.

—Si te comprometes, tendrás que dejar de pensar solo en ti misma.

—Sabes que, desde la llegada de mis hijas, ya no pienso solo en mí —repliqué quisquillosa.

—Estas mujeres deben ser tan importantes como tu familia —mi cuñada insistía en su mensaje.

—¿A qué viene este sermón? ¿No tienes fe en mí? —pregunté irritada.

—Claro que sí. Me parece sorprendente la sincronía entre la llamada de Xotzil y tu decisión de irte a vivir a París —apostilló con cierta sorna.

—Las cosas pasan por algo. Jung sabía de lo que hablaba cuando dijo que existía una sincronía en el universo. Ellas me han ofrecido una asociación a partes iguales, pero les he dicho que la proporción justa debía ser 65 por ciento para ellas y 35 por ciento para mí.

—No me negarás que la santera supo esperar su momento. En otro momento no hubieras repartido igual —dijo Mo.

—Tal vez, no lo sé.

—Francia me espera —dijo sonriendo.

—Sí. Un país que, en términos relativos y absolutos, cuenta con la población más numerosa de extranjeros de la historia moderna. Tiene sentido.

—Vamos a echarte de menos —dijo, acercándose a mí.

—Lo sé —dije, dándole un abrazo.

Al día siguiente me levanté temprano. Paseando por la casa, me topé con la joven de mi pasado, en unas escaleras parecidas. A los catorce años escuchaba a mi madre suplicar a mi padre más libertad para sus hijas.

Ella tenía miedo de que un día nos marcháramos, igual que yo tuve miedo de que ella me dejara. Nos hemos mirado, mi fantasma y yo, le he dicho que era la última vez que nos íbamos a encontrar. En mi adolescencia buscaba no solo la libertad, sino alcanzar la perfección. Pensaba que formar un matrimonio donde hubiera dinero, fortuna y éxito haría que mi padre se sintiera orgulloso de mí. En estos años acumulando miedos, complejos, preocupaciones, experiencias, he vivido pendiente de aquel ego que se sentaba en las escaleras. Jamás he tenido libertad porque seguía escuchando a mis padres y peleaba por sus normas incluso lejos. Ya no están, puedo ser perfecta y también puedo abrazar mis imperfecciones.

Le hablé a mi fantasma explicándole mi necesidad de dejarla en el pasado. Me senté a su lado advirtiendo un futuro libre de esas ataduras. Un futuro que exigía una educación distinta para mis hijas; necesitaba superar la idea que yo había creado de mí misma y lo que significaba la libertad y el éxito. Naturalmente, años después, lo recordaré diferente.

36

Pasado un tiempo, aprendí a transformar los titulares sobre mi vida. Dejé de ser parte de una pareja, dejé de huir para entregarme a construir mi interior espiritual. En honor a mí misma, ya no menciono el nombre de mi ex, ni permito que se le relacione conmigo porque hace años que no hablamos. La última vez que hablé con él fue a través de nuestros abogados en un tribunal de París, y de eso hace ya varios años. Lo siento, por respeto, no quiero hablar de eso, ha pasado mucho tiempo, y nadie se sentaría en una cena y respondería preguntas sobre su ex mientras su actual pareja está presente. Trato de ser reservada con mis sentimientos en público, quiero proteger mis relaciones, daría la vida por mis hijas, y por respeto evito contestar ninguna pregunta.

Aunque la pareja perfecta es un invento creado para vender cuentos, debo confesar mi felicidad desde que Bastian llegó a mi vida. Los primeros meses en París fueron miserables, hasta el punto de que dudé en mudarme a Madrid, donde siempre me he sentido muy a gusto. París es fría, inhóspita sin amigos, un solar muy chic para ponerse un hermoso vestido. Los extranjeros no le pertenecen, no tienen un grupo social estructurado, ni se les da poder político, no somos escuchados. He vivido en la sombra de dos matrimonios casi veinte años, me convertí en un personaje reconocido por asociación y no iba a dejar que esta ciudad acabara con mi recién adquirida confianza.

Descubrí pequeños comercios artesanos, originales, aprendí a sobrevivir en esta inmensa urbe. Empecé a hacer lo que llevaba haciendo desde los catorce años, construir mi interior, creer en esa magia. La obstinación es un elemento de mi carácter, por lo que aparqué miedos, tristezas, recuerdos, y me sumergí en aquel aprendizaje. Me metía en la cama temprano para madrugar y levantarme a escribir intenciones con las que voy sacando adelante mis sueños uno por uno. Día a día.

Creé mi propia compañía y, una tarde, de forma inesperada, llamó Bastian.

—Hola, estoy en París.

Me confesó que había esperado mucho, que había dudado, que no estaba seguro, pero que no podía quitarme de su cabeza. Creo que fue rozando la primavera cuando volvió. Si le costó llamarme, cuando lo hizo, ya estaba convencido. Siguieron meses intensos, dedicados a conocernos. Una noche, después de una cena, me llevó caminando por la orilla del Sena hasta el jardín dedicado a Federico García Lorca, frente al Ayuntamiento, y allí, en aquel hermoso

escenario, vimos a una gitana vendiendo romero. Me acerqué, atraída por su soledad. Tenía una bonita sonrisa. Le pedí una ramita y se la compré.

Ya me iba cuando acercó su mano con los nudillos para fuera, de la forma en que uno la aproxima a un perro. De pronto, la giró y me miró con una extraña expresión en su rostro.

—¿Puedo? —preguntó en español.

—Sí, claro —le contesté.

—Las sombras se abandonan en París, pero nunca estará sola —dijo, dejando su mano extendida tras soltar la mía.

Quería propina y se la di. Cuando me giré, Bastian había desnudado un hermoso brillante de su estuche. Mi sorpresa, inequívoca.

Auténtica, deliciosa, según me dijo él después. Esperé su pregunta. Muy formal para mi gusto.

—¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

—Sí —dije, sintiéndome borracha de adrenalina.

Fue un raro éxito recibir sus palabras, era nuestro triunfo hacia la estabilidad conyugal. Ya no siento el aliento de un muerto en mi boca y los momentos complicados se deliberan en pareja.

Al noviazgo fugaz, siguió la boda, convencidos de nuestros sentimientos.

—Confío en ti —me dijo al pronunciar sus votos.

Era una entrega correspondida. Yo le escribí que me estaba enseñando a amar en libertad. Algo que no había sentido antes.

Los dos aprendimos a amar sin secretos, o así lo creía yo, pero las pasiones se resecan con el tiempo, y nueve años después Bastian acabaría siendo un capítulo cerrado. Otro álbum de fotos.

Era momento de hacer un ritual de limpieza, uno de los más bellos hechizos jamás creados. Organicé las Navidades en Veracruz junto a mis hijas. De mis amores quedaban los jirones, veranos e inviernos unidos en su totalidad. Las olas del mar sobrevolaban el sonido de nuestras voces mientras disfrutábamos de una hoguera hecha para nosotras. Empezaba de nuevo, por lo que me llevé algunos regalos y fotos de Bastian, memorias que me permitían visualizar el pasado material. Era necesario quemarlas, para visualizar el futuro.

Pensé en Timotea, y les dediqué una frase suya a mis hijas: «Cada paso que damos lo hemos dado antes y lo volveremos a dar de nuevo, hasta dar con la rama del árbol que nos sacará del camino, una rama que agarramos solo cuando sabemos que la necesitamos».

Agradecimientos

A Jordan Riefe, por su paciencia a la hora de escuchar y ayudarme a entender la trayectoria de los personajes.

A Carlota Gamboa, por su ayuda a entender el universo desde otro punto de vista.

A Fabiola Kramsky, por tener la paciencia de leerlo y animarme.

Pero, sobre todo, a Adriana Abascal, por creer en el mundo de la magia y enseñármelo.

Esta es una obra de ficción inspirada en hechos reales. La ficción aumenta según avanza el libro. Un texto libre de ataduras reales donde me he tomado la libertad de imaginar a alguien a quien conozco y admiro. Una biografía que habita en la ficción.



MARÍA ESTÉVEZ nació en Madrid y estudió en la Universidad Complutense de la capital española. Es una periodista trotamundos especializada en cine. Empezó a trabajar en la revista Tiempo y de ahí se marchó a Londres. Después vivió en Nueva York y ahora reside en Los Ángeles, donde colabora desde hace más de una década con las revistas Vogue, GQ y Condé Nast Traveler, además de ser corresponsal en esta ciudad de la Agencia Colpisa y miembro del Women Film Critics Circle. Enamorada del flamenco, María Estévez pertenece a la familia Ortega: su abuela era la bailaora Regla Ortega, sobrina de Rafael el Gallo. Ha publicado los libros *Reina del duende* y *Tu maldita voz en mi memoria*.